

Impresiones de un viaje á América

TOMO V

Llanos de S. Martin

1553357  
T.V

José M.<sup>a</sup> Gutierrez de Alba

Impresiones

de un viaje á America.

Tomo V

Del 2 de Enero al 6 de Marzo de 1871

abr 14/71

Excursión

A los Llanos de S. Martin

1871

El Tolima - Penalidades del camino - La Compañia de  
Colombia - La Cordillera Oriental - Los Llanos de S.  
Martin - Los indios salvajes - Las fiebres - Los produc-  
tos del suelo - Facilidades de grandes explotaciones.

# Parte décima.

## Continuación de Bogotá.

### Excursión a los Llanos de San Martín.

Provisto ya de todos mis pertrechos; compradas ~~las~~ ~~h~~ <sup>mis</sup> mulas ~~de~~ de silla y ~~de~~ carga, pues las que hubiera encontrado de alquiler no habrían podido satisfacerme; teniendo a mi ~~servicio~~ dos excelentes criados, el uno del Cauca, Gabriel, que ya ~~lo~~ estaba antes, ~~me a mi servicio~~, y ~~el~~ otro, llamado Liberato, que al efecto hice venir conmigo desde Ubaque, acostumbrado como llevo dicho, a usar la bodoquera ó cervatana, de que se valen para matar los pájaros pequeños con bolitas de greda, para no estropearlos con el plomo, encargué los demás preparativos al dueño del hotel, <sup>en que me hallaba,</sup> ~~xxxx~~ ~~xxxx~~ Liberato es una especialidad para disecar toda clase de aves; es, como el primero, nadador excelente; y tanto el

uno como el otro reúnen las cualidades necesarias para ser hombres útiles en esta clase de expediciones, penosas en sumo grado, y para las cuales se necesitan juventud y fuerza, agilidad y rigor, y más que todo costumbre de caminar á pie, atravesando unas veces el frío páramo, y otras los abrasados terrenos, donde el sol tropical lanza sus rayos como otros tantos dardos de fuego.

Los individuos de la comisión exploradora, el intrepido é infatigable Dr. Romualdo Cuervo, á quien ya conocen mis lectores, á pesar de sus 69 años, era el que más contento se mostraba y el que nos sobrepujo á todos en actividad para hacer sus preparativos. Los jóvenes Saenz y Michelsen, consagrados al estudio de las ciencias naturales casi desde la infancia, con un celo impropio de la juventud, que suele amar los placeres más que la ciencia, gozaban de antemano con la idea de descubrir nuevos objetos para enriquecer el Museo naciente, establecido en la capital de la república.

3.

Yo por mi parte, ávido como ellos de emociones, y ansioso de conocer un territorio casi inexplorado, donde la naturaleza ha derramado á manos llenas sus más preciosos dones, donde el hombre civilizado no se ha atrevido sino muy rara vez á penetrar hasta ahora, y donde existen aún ~~las~~ tribus indígenas ~~en~~ en su estado primitivo, no cabia en mí de gozo á la sola idea de ser el primer europeo que en estos tiempos, <sup>de positivos</sup> alcanzase tan envidiable gloria.

En vano mis amigos de Bogotá, perexosos por naturaleza, trataron de disuadirme de mi propósito, ponderándome lo peligroso y molesto del viage, las fiebres de carácter maligno que suelen acometer á los que recorren aquellos terrenos incultos, la escasez de medios en un país completamente deshabitado en muchos parajes, la repentina variedad de climas, los torrentes y rios que hay que <sup>vadear ó pasar á nado</sup> ~~atravesar~~ sin otros recursos que los naturales, los inmensos bosques poblados de fieras y reptiles ponzoñosos, y en fin cuanto puede arredrar á un hom-

bre menos decidido que yo á entregarse en brazos del azar, por conocer á fondo los grandes y bellísimos encantos, que como una virgen pudorosa guarda la *Naturalæxa* para el que levanta por primera vez el misterioso velo que encubre sus primitivas formas. Yo contestaba á todos con esta lacónica y expresiva frase: "Deseo conocer los Llanos, aunque supiera que iba á morir en ellos." A esta respuesta nada tenían que objetar, y todos se contentaban con desearme un viage próspero, consolándose con la idea de que iba acompañado de personas que sabrían hacerme más llevaderas nuestras comunes penalidades.

La víspera de nuestra partida, estuve á despedirme de algunos amigos, y entre ellos del Presidente de la República, que me invitó á tomar un thé en familia, y me autorizó para llevar á sus expedicionarios hasta el punto que tuviese por conveniente.

He aquí la relación diaria de nuestro viage

Lunes, 2 de Enero de 1871.

El señor ~~Estro~~, su esposa y una de sus hermanas me habian manifestado ~~su~~ deseos de acompañarme en la primera jornada, y despedirme en La Mesa ó en Las Juntas de espulo, donde pensaban pasar algunos dias en el campo, disfrutando de una temperatura algo calorosa pero sumamente sana y agradable. Pudiéndose ir en coche hasta el extremo de la sabana, he enviado hoy mis caballos y mulas con mis dos criados y un peon para que regrese con los primeros desde La Mesa al potrero ó hacienda de uno de mis amigos, á cuyo cuidado los dejo hasta mi vuelta, <sup>porque el caballo es inútil para estos viajes.</sup> Mis compañeros de expedición van delante, y nos reuniremos mañana en la hacienda de S. José, propiedad del sr. Michelsen, <sup>la cual</sup> ~~que~~ se halla en nuestro camino, casi en el extremo de la planicie.

El sr. ~~Estro~~ me ha invitado á pasar la noche en su casa para salir de ella temprano á tomar nuestro carriage.

Martes, 3 de Enero.

A las nueve de la mañana hemos salido en un coche hasta Cuatro-Esquinas el sr. ~~Estevan~~, su señora, su hermana y yo, siendo despedidos en Bogotá por algunos amigos. - Allí nos detuvimos á almorzar en una especie de posada, donde nos trataron medianamente, <sup>permaneciendo</sup> ~~deteniendonos~~ como una hora, y saliendo para San José, que se halla á corta distancia. En la posada ó venta recibí un escrito laconico de dos de mis compañeros, que me precedían algunas horas, para reunirse con el joven Michelsen, que nos esperaba desde el día anterior en su hacienda.

El escrito decía así:

"Nuestro querido amigo y compañero:  
Desocúpese pronto, nosotros lo esperamos en San José. El tiempo urge. Apure."

"Saenz = Cuervo."

Quando llegamos á San José, <sup>era ya algo tarde y</sup> mis compañeros habían partido con sus cargas, dejándome recomendación muy expresa de que me apresurase á alcanzarlos.



Despedimos allí el carruaje; cargáronse mis mulas; la Srta. ~~Estévez~~ montó uno de mis caballos y yo el otro; el sr. ~~Estévez~~ y su hermana en dos buenas mulas, y salimos los cuatro á galope siguiéndonos los criados con las bestias de carga, mis armas y mi hermoso perro Dogotá, que por primera vez emprendía un largo viage.

No me detengo á describir el camino de la capital á La Mesa, por haberlo hecho ya en mi primera excursión á este sitio. Ento- do él no encontré sino una variación poco importante, y es que los cámbulos, floridos entonces y adornados de un bellissimo man- to rojo, lo habían trocado<sup>r</sup> ya por otro de esmeral- das, no menos lindo que el primero. Por lo de- más, otra multitud de flores habia susti- tuido á las que en aquella ocasión encan- taron nuestros ojos y deleitaron nuestro ol- fato, las mismas bandadas de loros, quaca- mayos, pericos y otras vistosas y parleras aves, cruzaban el espacio sobre nuestras ca- bezas, atronándonos con sus alegres y desen-

tonados chirridos. La naturaleza conserva-  
ba por todas partes el eterno aspecto prima-  
veral con que mis ojos la habian contempla-  
do.

Poco más de una legua nos faltaba que  
caminar para llegar á La Mesa, término  
de nuestra jornada, cuando divisamos á  
lo lejos, trepando por una colina, el grupo  
que nuestros compañeros y sus criados for-  
maban. Picamos largo, y pronto nos reuni-  
mos con ellos. Habia empezado á caer una  
ligera llovizna, de que nosotros no habia-  
mos hecho caso, pero mis compañeros, más pre-  
cavidos, <sup>que yo, llevaban puestos sus zamorros,</sup> se habian cubierto con sus capotes in-  
permeables, habian enfundado con los hules  
sus sombreros de anchisimas alas, y se ha-  
llaban perfectamente preparados para re-  
cibir un diluvio.

No es posible imaginarse, sin verlo, el as-  
pecto que un viagero presenta con este ori-  
ginal y caprichoso traje. El encauchado qui-  
tano ó tela engomada de que iban cubiertos  
es una especie de capa cerrada con una aber-

tura central por donde pasa la cabeza y se ajusta al cuello; estos capotes, fabricados en Quito están formados de dos telas de algodón ordinario, de distintos dibujos sobre color oscuro, unidas por una disolución de cautchut ó goma elástica, que las hace completamente impermeables; pero á primera vista se creeria ser una capa de percal sin aplicacion ni objeto alguno para el que no conoce el secreto, como me sucedió á mi, acostumbrado á usar un barragán inglés de otro color y de otra forma, aunque aplicable al mismo uso.

Yo me habíame provisto, antes de salir de Bogotá, de un sombrero tejido en Suiza con la palma llamada nacuma, sumamente sólido y de alas tan anchas, que no bajaban de 12 centímetros. Creía, <sup>yo</sup> que mis compañeros, al verme, iban á asustarse de la especie de paraguas con que iba cubierto; pero me engañé, y casi estuve á punto de ruborizarme, al ver á mis compañeros, mejor garantidos que yo bajo este concepto, y so-

bre todos á nuestro anciano doctor, que lleva-  
ba en la cabeza, literalmente hablando, una  
estera circular de 60 centímetros de diámetro  
con su copa correspondiente. Quitarme, al llegar,  
mi sombrero, cambiamos todos un cordial sa-  
ludo, y llegamos ~~todo~~ á La Mesa á la cai-  
da de la tarde.

Como los hoteles ó posadas de la pobla-  
ción no son muy grandes, mis compañeros  
de expedición se alojaron en el llamado Fe-  
quendama, y la familia Estévez y yo en el  
frances donde había estado la vez primera, y  
donde volvimos á encontrar al célebre taita  
Pablo.

Miércoles, 4 de Enero.

Nos hemos levantado temprano, y á pe-  
sar del cansancio de la señora Estévez, mien-  
tras mis compañeros contrataban mulas de re-  
puesto hasta Colombia, última población que  
debíamos encontrar antes de los Llanos, hemos  
ido al Picacho á disfrutar con mi anteojo del  
bellísimo panorama que desde allí ofrece el  
ancho y profundísimo valle del Bogotá y

*Vistas notables de Colombia*



*Valle del Bogota' hasta el páramo de Sta. Isabel. (V. desde La Mesa)*

Viéndose á lo lejos el páramo nevado de Santa  
Isabel, que cerraba el horizonte.

la gran cordillera que lo ciñe, nos hallába-  
mos á 1.280 metros sobre el nivel del mar, y  
la temperatura que no pasaba de 23° centígra-  
dos era bastante agradable para los que aca-  
bábamos de dejar otra de 16° aproximadamente.  
Allí estuvimos largo rato contemplando las ver-  
des colinas habitadas un tiempo por la belí-  
cosa tribu de los panches, y el lugar que an-  
tes ocuparon los pueblos que en 1778 se tras-  
ladaron al sitio en que hoy se halla La Caba-  
sa, que cuenta unos 6.000 habitantes. Allí cogi-  
mos algunas flores que nos prometimos con-  
servar como un recuerdo, y entre ellas la de  
la sensitiva ó mimosa silvestre, muy abundan-  
te en aquel terreno. Después pasamos al la-  
do del est. á contemplar el amensísimo valle  
del espulco, <sup>no menos pintoresco que el del Bogotá, y cerrado por  
las montañas nevadas del Tatamá, donde hay un volcán apo-  
gado.</sup> El resto de la mañana se em-  
pleó en hacer algunas compras indispensables.

Contratadas las mulas, que entre todas,  
inclusas las mías, llegaron al número de  
20, á las tres de la tarde se empezó á cargar,  
y á las cuatro nos pusimos en camino para  
ir á pernoctar en Anapoima, <sup>un pueblo</sup> distante unas

cuatro horas.

Mi despedida de la familia ~~Estro~~  
fue tan sentida y triste como lo es siempre la  
de buenos y leales amigos, <sup>que acaso no han de volver à verse.</sup> Al perder de vis-  
ta el lugar en que se encontraban, nos hici-  
mos el último saludo con los pañuelos, <sup>como</sup> un  
adios doloroso, <sup>por si era el último. Tales eran los peligros</sup> ~~se escapó simultáneamente de~~  
<sup>que voluntariamente iba à exponerme!</sup>  
~~nuestros labios.~~

A poco de salir del pueblo, el camino se  
dirige hacia el S. O. entre árboles corpulentos,  
después se baja una cuesta muy pedregosa, don-  
de se ven algunas casitas de paja, y empera-  
mos à encontrar algunos calentanos, desnud-  
os, según su costumbre, de medio cuerpo ar-  
riba, y sin más vestido que un pantalón li-  
gero enrollado hasta la mitad del muslo  
y un sombrero de palma en la cabeza. Des-  
de el fin de la cuesta se divisa en toda su  
extensión el espléndido valle del Bogotà,  
con sus poéticas y humildes cabañas medio  
encubiertas por los platanales y casi siem-  
pre rodeadas de <sup>grupos de</sup> ~~las~~ palmeras, ~~de~~  
<sup>las</sup> que ~~protegen~~ <sup>la sombra de</sup> con su copa altiva y

*Vistas notables de Colombia*



*Valle del Apule hasta el nevado del Tolima (V. de La Mesa)*



gallardas. El viento soplabá del E. donde las  
nubes se habían agrupado y el relámpago  
y el trueno, cercanos ya, empezaban á infun-  
dirnos serios temores. Por fortuna, el viento  
triunfó del E. y la tormenta se dirigió hacia  
el S. derramando torrentes de electricidad y  
de copiosa lluvia sobre las crestas más eleva-  
das de la cordillera. Entonces se presentó á  
nuestros ojos un espectáculo bellissimo. A la  
parte del S. O. se habían agrupado algunas  
nubes, oscuras en su base, que se confundía con  
las montañas, y de un blanco resplandeciente  
en su cúspide, que se perdía en el espacio,  
desvaneciéndose como el humo. De pronto un  
rayo del sol poniente iluminó la base con  
una tinta de un rojo vivísimo, mientras la  
parte superior quedó oscura y opaca, la nube  
afectó <sup>entonces</sup> ~~la~~ forma de un gran penacho, y  
por espacio de algunos minutos conservó una  
semejanza perfecta con la erupción de un  
gran volcán, abierto súbitamente en las leja-  
nas cumbres. El sol desapareció á poco, desvane-  
ciendo nuestra ilusión óptica, y las incier-

tas sombras del crepúsculo empezaron a velar los objetos, borrando paulatinamente las líneas de sus contornos, que poco después se perdieron en la oscuridad de la noche. Esto nos impidió apreciar las bellezas del valle de Anapima, a donde llegamos ya tarde, alojándonos en una posada que se halla a la salida, como a un kilómetro de distancia.

En este pueblo, que se halla situado en el antiguo lecho de un río y sobre un terreno cubierto de piedras rodadas, sentimos ya mucho más calor, pues su temperatura llegaba a  $27^{\circ}$ . Su elevación sobre el nivel del mar es de 680 metros. Sus casas, casi en su totalidad son de paja; tendrá unos 5.200 habitantes, y su erección en parroquia data, según *F. Pérez*, de 1.760. En sus cercanías hay aguas termales sulfúreas.

Jueves, 5 de Enero.

Durante la madrugada y una gran parte de la mañana han caído recios aguaceros, que nos han impedido salir temprano de nuestra posada. Desde el cobertizo que hay

9.

delante de la puerta hemos logrado matar algunos pájaros, que mi criado Liberato se ha entretenido en disecar con otros que traíamos del día anterior, siendo entre todos los más notables, una tortolita pequeña, que por allí abunda mucho y á la que dan el nombre de abuelita<sup>(1)</sup>, y un cardenal de capa negra y cabeza y pecho de un bellissimo color de escarlata.

Junto al rancho habia muchos y grandes árboles de diferentes especies, entre los cuales llamó mi atención el majao, de cuyas bayas carnosas extraian los indigenas una tinta negra de que usaban para tñirse el cuerpo, alternando á veces con el azul y el rojo.

A las diez y media cesó la lluvia y enviamos delante nuestras cargas, saliendo nosotros á eso de las once, por esperar que estuviese algo oreado el camino. Este sigue en direccion al S. por una explanada que se extiende algunos kilómetros entre dos altos cerros, y que á cierta distancia parece una explanación artificial para tender los rails de una via fer.

---

(1) La misma que habiamos encontrado en Puerto-Rico.

rea. Despues continuia por un terreno suma-  
mente quebrado, atravesando algunos arroyos,  
de los cuales uno es tan especial, <sup>lleva</sup> que sus aguas  
enseñenadas <sup>con arsenico, en tal cantidad,</sup> ~~por causas hasta ahora descono-~~  
<sup>mucho, pudiera</sup> ~~ciertas,~~ producir la muerte. ~~del que ora beber~~  
<sup>l</sup> ~~Las.~~ Advertidos nosotros, antes de salir de  
Anapoima, tuvimos mucho cuidado de que no  
bebiesen nuestras mulas, y no costó poco traba-  
jo impedir a mi perro Bogotá, que iba cansa-  
do, caloroso y sediento, que <sup>tal vez</sup> fuese a buscar su fin  
en aquella cristalina y fatal corriente.

A un lado y otro del camino dejamos al-  
gunas pobres rancherías y muchos trozos de  
terreno desmontado y convertido en fértiles pra-  
deras entre extensas manchas del bosque pri-  
mitivo. Tambien cruzamos un valle, donde se da todo el año  
la albahaca silvestre, cuyo perfume se nota a larga distancia.

Continuamos luego, siempre en la misma di-  
rección, por las cumbres de unos cerros, cuyo terre-  
no calizo contiene una gran multitud de <sup>conchas.</sup> fósil-  
es. Dejamos a nuestra izquierda la cuenca  
del Bogotá y a la Derecha la del Aspulo, cuyas  
corrientes <sup>casí</sup> paralelas siguen la faldas de las dos  
opuestas montañas, hasta su confluencia, que

(1) ~~Probablemente brota el agua y pasa por terr-~~  
~~ras arsenicadas.~~

29/5

encontramos más adelante, y á cuyo nivel se baja por una cuesta sumamente áspera y difícil por los muchos guijarros sueltos que contiene.

El lugar en que los dos rios se confunden, llamado Las Juntas de espulo, es un valle amenisimo y de una fertilidad pasmosa. En él hay establecidos algunos tanques ó fábricas de añil, que dan muy buenos productos, y unas cuantas cabañas espaciosas que sirven de venta y posada para los transeuntes. En el ángulo que forman, al juntarse, los dos rios, hay un hermoso grupo de moreras gigantescas, á cuya sombra reposamos un poco, mientras comian nuestras mulas algunos haces de hojas de maiz que al efecto compramos. Sobre el espulo hay un puente de madera y hierro de unos 3 metros de ancho por 25 de largo. La amenidad del sitio y el calor sofocante de que íbamos abrasados, nos hicieron detenernos desde la una y media hasta las tres de la tarde, contribuyendo á refrescarnos, tanto como la sombra, la ligera brisa que sopla.

ba de la parte del S. y que venia embalsamada por las flores del valle.

A las tres volvimos á montar, pasamos el puente y seguimos la margen derecha de los dos rios <sup>y ya</sup> unidos que llevan el nombre de Bogotá hasta que desembocan en el Magdalena.

El cauce es por aqui bastante ancho; y á causa de una isla que se levanta en el mismo punto de la confluencia, las sucias y negras aguas del espulo siguen por la orilla derecha y las blanquecinas ó amarillentas del Bogotá por la izquierda, sin mezclarse hasta haber corrido un largo espacio; como si cada uno conservase cariño á su color y quisiese mantener ileso su autonomia, desdenando confundirse en una misma corriente. Sin embargo, esta se estrecha más adelante sobre un lecho de grandes piedras, y allí las aguas acaban de confundirse, adquiriendo un color plomizo que conservan hasta llegar á la gran arteria que las absorbe.

Más adelante encontramos los restos de

Curiosidades de Colombia



Tuntas de Apulo = Confluencia de este río con el Bogotá.

11.  
un antiguo puente, y dejamos en las faldas de uno y otro lado grandes Desmontes cubiertos de gramíneas, entre las cuales se elevan aun los esqueletos de algunos árboles, secos por el fuego, y que extienden sus ramas descarnadas, que en lugar de follaje, solo se cubren alguna vez de bandadas de pájaros viajeros. El terreno por donde sigue el camino es á veces muy deleznable; y para que no lo arrastren las lluvias, hay maderos tendidos transversalmente. Este sistema, observado en todos los caminos de Colombia, y sustituido á veces con gruesas piedras, impide que los torrentes abran profundas zanjas y destruyan del todo sus imperfectas y de suyo trabajosísimas vías. Sin estas precauciones, seria imposible transitar de un punto á otro, principalmente en las estaciones lluviosas.

En el camino encontramos algunas mariposas bellisimas y varios coleópteros de muy largas antenas sobre el corte de un árbol que aun no habia acabado de secarse. Cogimos de unas y otros ~~algunos individuos~~ y continuamos nuestra marcha hasta las



cuatro de la tarde, hora en que llegamos á una especie de aldea, llamada Portillo, compuesta solo de unas cuantas chozas y situada á una y otra orilla del Bogotá, donde se estrechan mucho las dos montañas y ántes hubo un puente, cuyos estribos se conservan en parte. Hoy se pasa por medio de canoas y las caballerías á rudo.

En una de las chozas suspendimos, para descansar, nuestras hamacas; colocáronse las cargas bajo el ancho alero de su techo pajizo; y mientras nos disponían la comida, nos entretuvimos en <sup>admirar</sup> ~~recoger~~ ~~semillas~~ de algunas flores, entre ellas ~~de~~ una preciosa enredadera, llamada con razón la bellísima, por sus grandes racimos de color rosado y el verde brillante de sus hojas cordiformes. De esta llevó la cantidad suficiente para procurar su aclimatacion en diversos puntos de España.

El calor subió hasta 23° centígrados, á la sombra, á las ocho de la mañana.

Siernes, 6 de Enero.

Tambien han sido la madrugada y

Curiosidades de Colombia



J. M. G. del.

Paso del río Bogotá en Portillo.

12.  
La mañana de fuerte y continua lluvia.  
A pesar de eso, salimos poco despues de las  
nueve, y á las diez y cuarto llegamos á Jo-  
cuma. Esta poblacion que fué en tiempo  
de la colonia una ciudad relativamente im-  
portante, fundada á orillas del Bogotá,  
en 1544, por Hernando de Sargas, fué destrui-  
da en 1673 por una avenida del rio, y sus  
moradores la trasladaron al lugar que hoy  
ocupa en una llanura más elevada y  
como á un kilómetro distante de la már-  
gen Derecha del mismo rio, que la surte de  
aguas potables. Al tiempo de la conquista ocu-  
paban su territorio los indios panches, más la-  
biosos y no tan guerreros como las tribus del  
mismo nombre que habitaban las sierras próxi-  
mas. Hoy su poblacion pasará apenas de 6000  
almas. Su clima, aunque caloroso, pues suele  
llegar hasta 36° es muy saludable, brotan en  
sus alrededores varias fuentes sulfurosas, y á ellas  
concurren á buscar la salud muchas personas  
atacadas de enfermedades cutáneas y par-  
ticularmente elefanciacos, que, si no se curan

del todo, hallan alivio á sus dolencias.

Hace algunos meses que estos últimos habian acudido en tan gran número, que, alarmados los vecinos del pueblo y temerosos de un contagio, trataron de hacerlos salir de grado ó por fuerza. Consiguieronlo al fin, pero en aquellos dias hubo dos incendios consecutivos, que destruyeron la mayor parte de sus casas, casi todas pajizas, inclusa la iglesia, que aun no ha llegado á reedificarse. A nuestro paso pudimos observar las profundas huellas de esta catástrofe, que no se borrarán del todo en mucho tiempo, á pesar de lo fácil que es la reedificación de las pobres chozas destruidas.

Focaima se halla á 431 metros sobre el nivel del mar, y en sus cercanias se encuentran minas de cobre y oro, beneficiadas en los primeros tiempos de la colonia. (1)

---

(1) Refiere el P. Zamora y tambien Piedrahita, que habiendo descubierto los esclavos de un vecino de Focaima, nombrado Juan Diaz Saramillo, una mina de oro abundantísima, llegó el tal á ser uno de los más ricos pro-

Allí nos detuvimos como hora y media, mientras nos dispusieron un ligero almuerzo, que lo hizo soportable nuestro apetito. Después continuamos nuestra marcha por el ameno valle, que se ensancha considerablemente, formando las montañas un extenso círculo, que se cierra más adelante: sistema que vimos observando en toda la extensión de la cordillera y que no deja duda de que el centro de cada uno de estos anfiteatros, que se comunican hoy por las gargantas de los montes, fueron otros tantos lechos de lagos andinos, que sucesivamente se fueron desocupando por la misma acción de las aguas que contenían, ayudadas por el desbordamiento de los superiores, ó por algún cataclismo de época ignorada y remota.

La vegetación en el valle es menos rigurosa que en las alturas. El árbol que abunda

---

pietarios del reino, é hizo traer de España para la suntuosa casa de mampostería que construyó pavimentos de loza fina, ricos artesonados, y otros adornos, cuyos despojos sirvieron después para enriquecer varios templos; entre ellos el monasterio de la Concepción de Bogotá. Refiere además la tradición, hablando de Juan Diaz Jaramillo, de quien

más es el cautchut de diferentes especies. Los cactus son también muy abundantes y sobre todo las flores, cuya belleza y variedad son extraordinarias.

A poca distancia del pueblo encontramos otro valle amenísimo, bastante poblado de rancherías; y cerca de un arroyo que tiene por nombre Quebrada colorada, por ir sus aguas teñidas de color rojizo, encontramos dos tanques de añil y un grupo de chozas que constituyen una aldehuela llamada Guailama, donde celebraban la fiesta de los Reyes con un baile original.

---

se decía que las hormigas le llevaban el oro a su casa, que habiendo fijado su residencia en el pueblo llamado La Mesa, que más tarde conservó su nombre, quiso un día asombrar a sus amigos con el esplendor y el fausto de sus inmensas riquezas. Para ello les dió un convite donde hizo servir los manjares más exquisitos y costosos en una vajilla de fabuloso precio; y no contento aún con estas demostraciones de su vanidad, presentó a los presentes un plato de grandes aceitunas hechas de oro macizo, que produjeron en los convidados la admiración que él esperaba. Uno de éstos, hombre sesudo, que en más de una ocasión le había reprochado sus vanidosos arranques, tomó y guardó una de las aceitunas, diciendo a Juan Díaz, que la guardaba para entregársela cuando dejase de ser poderoso y la necesitase. Rióse el faramullo de esta profecía; terminó la fiesta y retiráronse los convidados. Andando el tiempo, y a consecuencia de sus muchas prodigalidades, el opulento Juan Díaz faramullo llegó a ser pobre; pero tan pobre, que tuvo que acudir a la caridad pública. Hallábase un día pidiendo limosna en la plaza de La Mesa, cuando se le acercó un hombre emborrachado hasta los ojos; y, entendiendo la súplica, le entregó un objeto. Al tomarlo el mendigo, lanzó un grito ahogado y cayó espánimo en los brazos de los que le rodeaban. Cuando volvió en sí, un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos, que no se enjugaron hasta que aquella misma noche el dolor puso fin a su existencia. El objeto que le fue entregado era la aceituna de oro, recuerdo de su fastuoso convite; y por disposición suya sirvió para hacer al día siguiente sus funerales.

14.  
lisimo, al compas de tres instrumentos más ruidosos que armónicos.

Movidos por la curiosidad, nos acercamos a una de las cabañas, donde ~~tenían lugar~~ <sup>estaba</sup> la fiesta; y sin desmontarnos, pudimos observar sus principales detalles. En un rincón estaban sentados los tres músicos, uno de los cuales tocaba un enorme tambor formado de un tronco hueco, otro rasqueaba un tiple, especie de guitarra de diminutas proporciones, y el tercero una carraca hecha de un palo de chonta (1), cascado longitudinalmente exprofeso y ligeramente acanalado en toda su extensión, a lo ancho. Sobre esta superficie sinuosa pasaba á compas el filo de un hueso duro y plano, que me pareció ser el homoplato de un pequeño cuadrúpedo, y este rozamiento producía un ruido roncoco y desapacible, que apenas podían modificar los retumbantes golpes del tambor y oscurecían casi completamente el son monótono del tiple. En el centro de la pieza, no muy grande ni desahogada, bailaban ~~una~~

---

(1) Palma muy dura y de tronco delgado.

especie de fandango, pero más pausado, varias parejas en que habia algunos hombres ~~disfrazados~~ de mujer con adornos de lentejuelas, cintas de abigarrados colores y gargantillas de cuentas de vidrio. En el traje varonil abundaban tambien las cintas, y aunque el vestido de los dos sexos se componia solo de camisa y pantalon, ó camisa y enaguas, el calor era tal, que los bailarines estaban bañados de un sudor copioso, que corria en abundancia por sus rostros enrojecidos, y sin embargo no interrumpian el baile sino para hacer ~~ligeramente~~ una libacion<sup>es</sup> de aguardiente ó de guarapo. (1)

Una de las cosas que llamaron nuestra atencion en aquella concurrencia, y la habia llamado ya desde Tocaima, fué que apenas se veia un individuo de cierta edad que no padeciese de coto ó de carate (2).

Dejamos la fiesta de Guailama, despidien.

---

(1) Agua y azucar fermentada.

(2) Coto: protuberancias en la cara anterior del cuello. - Ca.

rate: manchas en la piel, de varios colores, procedentes de una afeccion herpética.



15.  
donos de sus alegres moradores, y continuamos  
nuestro camino por un terreno pedregoso, en mu-  
chas partes estéril, y cubierto de ligeras colinas  
de arena roja y blanca.

Más adelante, á la entrada de un bos-  
quecillo y bajo un grupo de árboles espino-  
sos, encontramos una porción de cruces toscas,  
fijas en el suelo y colocadas sin orden, aun-  
que todas dando frente al camino. El D.<sup>o</sup> Guor-  
ro se descubrió y nos invitó á orar con él por el  
alma de los cristianos, cuyos mortales restos  
yacían en aquella apartada selva, probable-  
mente junto al mismo lugar donde habían na-  
cido y pasado su existencia ignorada y tran-  
quila. No había allí paredes que rodeasen a-  
quel recinto mortuario, ni túmulos levantados  
por la vanidad sobre el polvo de los que ya no  
pueden ostentarla; allí no había más que algu-  
nos toscos maderos colocados en forma de cruz  
entre un bosque solitario y un camino casi  
tan solitario como el bosque; y, sin embargo,  
aquellas humildes tumbas despertaron en mi  
espíritu ideas más grandes y un respeto re-

ligioso mil veces más profundo que el que ha-  
bia experimentado en situaciones análogas, al  
visitar los cementerios suntuosos, donde el már-  
mol y el bronce traducen en artísticas formas  
las miserables ilusiones de lo que se llama en  
el mundo grandexa humana!

Desde Anapima habíamos encontrado  
con frecuencia un árbol muy parecido al  
naranja, aunque de hoja más tupida y pequeña.  
En el punto en que nos hallábamos llegó á ha-  
cerse casi exclusivo durante un largo espacio. El  
nombre de este árbol, tan bello por su elegante for-  
ma, como por lo brillante y tupido de su folia-  
je, es naranjillo ó naranjuelo; de hoja perenne  
como el que le sirve de tipo, ofrece al viajero som-  
bra agradable, espesas ramas donde ocultar su  
nido, <sup>á</sup> ~~en~~ las avicillas del bosque, y madera muy  
útil al campesino para la construcción de sus  
cabañas.

Más adelante, á un lado y otro del ca-  
mino, encontramos bosquecillos espesos de ali-  
gustres, ese arbusto tan estimado en Europa,  
llamado generalmente del Japón y que se em-

*Curiosidades de Colombia*



*J. M. S. de A.*

*Cementerio de indigenas.*

plea como adorno en muchos jardines.

En los arroyos y terrenos húmedos se crianse tambien algunas matas frondosas de la gigantesca gramínea llamada guadua ~~y~~ en otras partes lleva el nombre de bambusa, caña de tamaño prodigioso, que tiene aquí, y en toda la América, donde <sup>quiera que</sup> se produce, infinitas aplicaciones, ya para la construcción de viviendas, ya para hacer los cercados, que limitan las propiedades e impiden que los animales domésticos entren o salgan; pero no para librarlos de ~~los~~ ~~que~~ ~~son~~ ~~atacados~~ ~~de~~ ~~manabos~~ ~~por~~ ~~sus~~ ~~pe-~~ ~~que-~~ ~~ciertos~~ ~~enemigos.~~ ~~es~~ ~~y~~ ~~numerosos~~ ~~enemigos.~~

Las cabañas de tierra caliente ofrecen poca seguridad a este respecto, pues sus paredes formadas en muchas partes de hojas de palmera horizontalmente colocadas sobre los maderos verticales, y sus puertas, consistentes en un marco forrado de <sup>un cuero sin curtido,</sup> ~~piel de toro,~~ no pueden oponer resistencia alguna; así es que donde existe el temor del ataque del tigre, las familias duermen en un sobradillo, levantado cerca del techo, y suben a él por una escalera, que tienen cuidado de quitar durante la noche.

Las montañas, acercándose y desviándose sucesivamente de la cuenca del río, seguían formando valles más ó menos extensos, pero siempre en declive hácia el Magdalena á donde nos íbamos acercando.

El sol se hallaba próximo al ocaso, cuando llegamos á una pequeña ranchería llamada el Piamonte, donde pedimos posada. No habiendo más que una estrecha pieza y un cobertizo abierto á los cuatro vientos, colocáronse en él las cargas, soltáronse á pacer las mulas, é improvisamos una comida con nuestros escasos recursos y un poco de carne hecha tasajo, que nos vendieron en otro rancho próximo á razón de seis varas por un real del país, equivalente á dos de nuestra moneda. Este modo originalísimo de vender la carne por varas, llamó mucho mi atención; no así la de mis compañeros, acostumbrados á tan extraño sistema. Para vender la carne de este modo, la cortan en tiras muy delgadas y estrechas, la salan y ponen á secar al sol, único modo de conservarla. Dispuesta así, la dividen en porciones

17  
de tres y seis varas de longitud para la ven-  
ta, y así el viajero la puede conducir con facili-  
dad por un país en donde á veces se pasan mu-  
chas jornadas sin encontrar alimento alguno.  
Es verdad que el tasajo es una sustancia du-  
ra y desagradable, principalmente para el pa-  
ladar de un europeo; pero con él, un plátano  
verde asado entre el rescoldo y un trago de agua  
no se corre el riesgo de morir <sup>de sed ni</sup> de hambre.

El D.<sup>o</sup> Cuervo y el joven Michelsen prefi-  
rieron, para dormir, la estrecha cabaña, en com-  
pañía del patron, <sup>(que vimos despues que estaba</sup> enfermo de lepra), y algunos  
de sus hijos. Allí suspendieron sus hamacas, mien-  
tras Saenz y yo tendimos las nuestras deba-  
jo del cobertizo, si no á la luna de Salencia,  
~~por lo mismo~~ á la de Colombia. Nuestros cria-  
dos prefirieron tambien el aire libre y se acos-  
taron junto á nosotros.

La brisa templada, los bosques ilumina-  
dos por una luna clarísima; el canto del  
currucuu, <sup>(1)</sup> del bujío, <sup>(2)</sup> y otras aves nocturnas y  
el lastimero quejido del ai ai ó perico lige-  
ro, suspendido con largas uñas de las ramas

---

(1) Especie de corneja, cuyo canto es la onomatopeya  
de su nombre. -

(2) Id. id.

de los árboles, formaban una armonia agreste que nos hizo muy pronto conciliar el sueño, interrumpido á veces por los ladridos de mi fiel Bogotá, que, echado bajo mi hamaca, se levantaba de cuando en cuando para arrojar de nuestro domicilio á algunos cerdos intrusos, cuya visible intencion era la de merodear en nuestros viveres, no muy abundantes.

Más de una vez, al despertar del profundo sueño en que el cansancio me tenia sumido, dirigí con dolor mis pensamientos al lugar donde un año antes, en el mismo dia y á la misma hora, habia dejado ~~una~~ parte de mi alma.

Sábado, 7 de Enero.

Al despuntar la aurora, un nuevo concierto de las avecillas del monte, en que sobresalía el armonioso canto del gallo, simpático amigo del hombre y centinela constante de su hogar en todas las latitudes y en todos los climas, y un vientecillo frio y sutil me despertaron. Mientras dormian todos los demás, me levanté, encendí una buena hoguera y me senté á calentarme solo, triste y meditabundo.

Al poco rato, fueron sucesivamente levantándose los criados y mis compañeros. La mañana estaba serena y clara. Hicimos nuestro desayuno, y despues nuestro almuerzo, con ánimo de no descansar hasta el Magdalena para tener tiempo de hacer cómodamente, nuestro pasaje y el de nuestras bestias y cargas.

Dispuesto todo para marchar, nos despedimos del Piamonte y continuamos nuestro viaje por un valle de mayor anchura que los anteriores y que va á morir en el gran rio.

No lejos del lugar en que habiamos pernoctado, encontramos otro cementerio de labradores indigenas, parecido en un todo al primero. A orillas del camino dejamos tambien extensos prados de albahaca sumamente olorosa, muchos algodoueros silvestres y cultivados, cuyas flores de un blanco amarillento, al abrir, adquieren pronto un vivo color rosado, con el que mueren, ántes de que aparezca el fruto. En este valle se veian paciendo muchos caballos mutilados de una ó de ámbas orejas, por el infinito numero de garrapatas que en



él existen y que no solo acometen á los anima-  
les sino que tambien se apoderan del hombre  
y le hacen sufrir horribles tormentos.

A nosotros se nos prendieron varias duran-  
te la noche anterior, principalmente á los cria-  
dos que habian dormido en el suelo. Yo me ar-  
rangué tres de estos insectos repugnantes, su pi-  
cadura me produjo agudos dolores, pero se cal-  
maron pronto con el uso del agua ligeramente  
acidulada. Mi criado Gabriel en cuyas piernas  
se cebaron de un modo horrible, sufrirá por mu-  
chos dias sus dolorosas consecuencias. Entre los  
demás, ni uno solo se ha librado enteramente de  
la abominable plaga.

Cerca de las tres de la tarde, con un calor  
insufrible llegamos á la orilla derecha del  
Magdalena, donde sobre un terreno arenoso, con  
fondo de rocas, se halla situado el pueblecito  
de Girardot, población moderna, casi toda de pa-  
ja, que cuenta unos 2.000 habitantes, muchos de  
ellos zambos y mulatos, y donde se cultivan ~~para~~  
~~principalmente~~ el tabaco, el maiz y la caña de azúcar.  
Se halla á 330 metros sobre el nivel del mar

19.  
y su temperatura media es la de 30°.

El D<sup>o</sup> Cuervo, que nos habia precedido algunas horas, nos esperaba ya en la orilla opuesta, con un sobrino suyo, que dirige la gran hacienda allí situada, ~~y~~ que lleva el nombre de Flandes, con que se ha distinguido de tiempo atrás aquel paso del río.

Nosotros lo atravesamos en canoas, así como nuestras cargas, y las mulas á nado. Durante nuestra permanencia en la orilla, pasaron dos balsas, formadas de troncos de plátanos, una de las cuales llevaba un hombre, una mujer y un niño: ésta siguió adelante. La otra, en que iban dos hombres, abordó á la margen izquierda, donde los dos desembalsaron, abandonándola luego á la corriente, que la arrastró en su curso y pronto la perdimos de vista.

En Flandes nos recibió y hospedó con mucha amabilidad el sobrino del D<sup>o</sup> Cuervo, suministrándome las noticias siguientes sobre la finca, una de las más importantes del Estado del Tolima, á cuyo territorio sirve de límite por aquella parte.

La hacienda de Santa Ana o Hlandes es hoy una propiedad perteneciente á los herederos del Sr. D. Manuel Laverde, comprende una superficie cuadrada de más de quince mil hectáreas y corresponde al distrito del Espinal. Su población sola comprende algo más de un tercio de la de este pueblo.

En 1.858 la tomó en arrendamiento el Sr. D. Alejandro Mac Douall, actual director de la salina de Cipaguirá, y él fue quien primero estableció en ella el cultivo del tabaco, que se produjo muy bueno, y que le atrajo y aun le atrae gran número de pobladores. Las siembras han disminuido notablemente en los últimos tres años, tanto por la baja general del artículo, como por una enfermedad que en la temprana edad de la planta la destruye completamente marchitándola, desde los tallos superiores hasta la raíz. El nombre con el cual distinguen esta enfermedad vulgarmente, es el de amulatamiento, y hasta ahora nadie ha acertado á determinar las causas que la desarrollan ni la manera de curarla.

Sin embargo, el tabaco constituye todavía uno

30/1

de los ramos de industria de la hacienda, y tambien uno de sus principales productos.

Tiene además la ganaderia, tanto la de cria como la de ceba, en potreros artificiales de <sup>x yerba</sup> guinea y pará,<sup>(1)</sup> y el ramo de arrendamientos es munes es bastante cuantioso, por ser muy crecido el número de arrendatarios que satisfacen su cuota en efectivo, y por haber entre ellas algunos muy bien acomodados, tanto que de las diez mil reses que pacen en sus dehesas, las nueve decimas partes pertenecen á aquellos.

Las sabanas abiertas pueden sustentan cómodamente hasta quince mil cabezas de ganado mayor, quedando todavia una extensión muy considerable de terrenos superiores de labor, ya en las vegas del rio, ya en una zona montuosa que sigue la dirección de este, ya en otra multitud de cejas de monte, colocadas en distintos puntos de la hacienda, conteniendo todos agua potable y corriente.

El número de habitantes que la pueblan pasa de tres mil, y sigue aumentándose con la inmigración continua que viene de otros pun-

(1) Gramineas, cuyos nombres indican su procedencia.

tos, acaso por ser menos gravosas y exigentes las condiciones para el arrendatario.

Los terrenos son magnificos, y podria fundarse en ellos muchos establecimientos de añil, quedando todos en una superficie plana y dotados de suficiente cantidad de buenas aguas para la elaboracion y el cultivo.

Los bosques que contiene son abundantes en maderas superiores, como el cumula, el dinde, el aceituno, el guayacan, &c., notables por su dureza, que las hace adaptables para toda especie de construcciones y muebles de adorno.

No contiene mina particular más que una de arcilla, de que fabrican la loza de uso comun para la cocina, y de ella se proveen todos los pueblos de la parte Norte del Estado.

---

Terminado ya el paso de las mulas y cargas, eché de ménos la presencia de mi perro, que con el cansancio se habia quedado sin duda dormido en la otra orilla. Hice repasar inmediatamente á Gabriel con la orden expresa de no volver á Flandes sin haberlo encontrado. El

sr. Cuervo (el sobrino) puso al efecto en juego todos sus recursos, y supimos al fin que Bogotá habia parecido y que lo traería mi criado por la mañana.

El gegin, incómodo insecto alado, <sup>con sus picaduras</sup> que nos habia hecho sufrir mucho durante el dia, desapareció por la noche, y solo tuvimos la molestia de un calor sofocante de más de 30°.

El dia en que llegamos al Magdalena se acababa de suicidar, arrojándose en sus aguas, un pobre joven del pais, buscando en una Desgracia irremediable el fin de sus amarguras, acaso leves y transitorias.

Domingo, 8 de Enero.

Antes de salir el sol nos levantamos todos, y ya el Dr. Cuervo se habia ido a celebrar misa a Girardot. A las ocho de la mañana volví con Gabriel que traía mi perro, almorzamos y nos pusimos en camino para el Guamo, capital del Estado del Tolima.

Tomamos la Dirección S., dejando a la izquierda la Cordillera Oriental, <sup>que</sup> forma <sup>allí</sup> un ancho semicírculo. El Magdalena corre a sus pies, si-

guiendo la misma línea, <sup>^ sinuosa que ella le traza.</sup> es la derecha se extien-  
de <sup>^ la Cordillera Central</sup> ~~otra cadena~~ en la misma forma <sup>^</sup> semicircular  
~~que en la primera~~, <sup>^ pero en sentido inverso, y</sup> contribuye á formar el cer-  
co de un dilatadísimo valle. Entre esta última ca-  
dena y la que acabábamos de dejar á la misma  
mano, <sup>^</sup> antes de pasar el río, éste se dirige al  
N.E. ~~por una ancha escotadura~~, corriendo ca-  
si siempre por terreno muy <sup>^ quebrado</sup> ~~accidentado~~ hasta Honda.

A poco de salir, nos sorprendió un enorme  
aguacero, que nos obligó á refugiarnos en dos  
de las muchas cabañas que hay junto al ca-  
mino. Lo más fuerte de la lluvia duró cerca de  
una hora, y al abandonarlas, aunque no ha-  
bia escampado del todo, nos encontramos el  
piso tan inundado, que en algunos parages  
era imposible adivinar donde estaba el sen-  
dero, y atravesábamos á la ventura los pro-  
fundos lagos y arroyos formados por todas partes.

Media hora despues cesó la lluvia, las  
nubes se desvanecieron y los rayos del sol caian  
sobre nuestras cabezas como plomo derretido,  
contribuyendo á hacer el calor más sofocante

Tipos y costumbres de Colombia



Viageros de tierras calientes.



la reverberacion sobre el terreno arenoso que más tarde encontramos, y la evaporación que era muy activa.

En aquella extensa llanura hay algunas manchas de árboles; todo lo demás son praderas más ó ménos fértiles, cubiertas de gramíneas ~~natural~~, donde se alimenta mucho ganado de todas clases, notable por la gran finura que adquiere <sup>que en los climas frios se hace tiempo largo y lanudo; y es que</sup> re su pelo, ~~como~~ si la naturaleza se ~~esudara~~ <sup>satisface</sup> las necesidades que experimentan, ya aumentándoles el abrigo, ~~abrigando de~~ <sup>cuando es</sup> ~~entramente~~ <sup>inútil</sup> ya disminuyéndolo ó eliminándolo, cuando es inútil.

En el Espinal, pueblo próximo que debíamos encontrar á nuestro paso, se celebraba mercado en ese día, y regresaban de él muchas familias de las que viven en el campo. Hombres y mujeres, venian á caballo, montados de la misma manera, á horcajadas, con el mismo género de sillas y los mismos estribos, para lo cual las mujeres <sup>se colocaban sus enaguas á manera</sup> ~~convestian sus vestidos~~ de pantalones, recogíendolas de una manera ingeniosa. Esto y el traer <sup>ellas y ellos</sup> ~~todos~~ guanas y sombreros enteramente iguales, hacia muy difícil la distinción de sexos sin un <sup>escrupuloso</sup> ~~examen~~ <sup>minucioso</sup> ~~examen~~, tanto más, cuanto que unos y otras fumaban largos y gruesos ~~tabacos~~ cigarros.

A las dos y media de la tarde llegamos al Espinal, pueblo situado en una meseta algo pantanosa, donde hace poco hubo un gran incendio y á la sazón se hallaba infestado de agudas y malignas fiebres que ocasionaban muchas víctimas. Esta población, trasladada al lugar que hoy ocupa en 1783, tendría unos 6000 habitantes, se halla á 340 metros sobre el nivel del mar, y su temperatura media es la de 28°.

Nos detuvimos en ella el tiempo absolutamente necesario para comprar algunas provisiones. Despues continuamos nuestro camino hacia el Guamo, á donde no pudimos llegar hasta las ocho y media de la noche, teniendo que pasar, vadeándolo y casi á nado, el rio Luisa, que corre de N. á S. y es uno de los tributarios del Magdalena. ~~despues de haber pasado varios riachuelos y arroyos, cerca de los cuales hay muchas cabanas.~~

Ya cerca de anochecer, vimos en un gran árbol, junto al camino, varios pájaros de los llamados zamuros ó gallinazos, que así se cuidan de

Dibujo

La policia de los campos, como de las pobla-  
 ciones. Entre ellos habia uno muy extraño pa-  
 ra mi por lo abigarrado de sus colores; le apun-  
 te con el rifle, y de un balazo quedo mortal-  
 mente herido, ~~costando otros dos para que ca-  
 yera~~ al suelo. Era una especie de buitre, lla-  
 mado <sup>alli</sup> Rey de los zamuros, con los cuales se leve  
 siempre acompañado; y es tal el respeto o temor que  
 les inspira, que al encontrar una presa que de-  
 vorar, ninguno de ellos se acerca, hasta que sa-  
 ciado el monarca, tiene por conveniente retirarse.  
 Esta ave, que tiene las mismas costumbres que los demas  
 buitres, mide 50 centimetros desde la punta del  
 pico a la extremidad de la cola y un metro  
 20 centimetros de envergadura; tiene las alas  
 y la cola de un negro sin brillo, el vientre blan-  
 co y las coberturas de las alas le forman una  
 especie de manto o clámide de color blanco-  
 amarillento; el cuello es de un gris plomizo y  
 la cabeza y una parte de este, que estan despro-  
 vistas de plumas son de un color naranjado  
 bastante vivo y uniforme; asi como las carineu-  
 las de la parte anterior y superior de la cabe-

xa; el pico es de este último color con la base negra, y desde este punto lleva al rededor de la cabeza y por debajo de los ojos que son grandes y de iris rojizo, un repliegue de la misma piel en forma de cordón, que le sirve de diadema; las patas son relativamente cortas, de un gris algo amarillento y las uñas negras y ~~afiladas~~ <sup>afiladas</sup> como las de todos sus congéneres.

Desde Anapoima parece que disminuye algo la enfermedad del coto, pero se aumenta visiblemente el carate, que afea el rostro de una manera horrible, haciendo á cierta distancia el efecto de una máscara.

El cura del Espinal nos habia ofrecido al paso una recomendación para que fuésemos á hospedarnos en el Guamo á la casa de una señora hermana suya. Llegamos á ella, y en efecto, la señora nos recibió con mucho agasajo, ofreciéndonos por toda cena un poco de caldo y chocolate. A esta proposición no pudieron menos de sublevarse nuestros estómagos, vacíos desde por la mañana; y ~~de~~ fuerza de ruegos, conseguimos que nos hiciesen

*Policia rural de Colombia*



*J. M. S. 24.*

*El Rey de los gallinazos*

una mala sopa con huevos y un plato de duro tasajo acompañado de plátanos verdes.

A poco de nuestra llegada, se presentaron á saludarnos y ofrecernos sus servicios el D.<sup>o</sup> Páramo, Magistrado del Tribunal de justicia, á quien habia tenido el gusto de conocer en Bogotá y el Sr. D. Juan Francisco Cortés, poeta colombiano, con quien ya tenia, por escrito, algunas relaciones literarias. Tanto uno como otro formaron empeño en que me hospedase en su casa, y por fin acepté la hospitalidad del primero, donde pasé la noche todo lo agradablemente que era posible en aquella temperatura comparable á la de un horno ardiendo.

El Guamo, población insignificante, elevada á capital del Estado por cábalas políticas, tendrá unos 9.000 habitantes; sus casas son todas de paja, inclusa la que sirve de tribunal, la del Gobernador ó Presidente y la en que se reúne la cámara legislativa, <sup>dando este ~~el~~ lugar á frecuentes incendios.</sup> Solo la iglesia está cubierta de teja, ~~lo cual dá lugar á frecuentes incendios.~~ Su temperatura media es de 28° centígrados, y su altura sobre el nivel

342  
del mar <sup>342</sup> metros. La población, como par-  
roquia, data de 1.772; <sup>está</sup> situada en el llano  
de Ceiva, entre el Luisa y el Saldanaztie,  
ne casi todos sus terrenos dedicados á pasto  
para la cria de ganados, de lo que sacan gran  
producto. El rio Luisa arrastra mucho oro  
corrido de la cordillera, pero nadie se ocupa  
en extraerlo. La abuclita y el cardenal  
abundan tanto, que hasta por las calles y  
casas se ven muchos de estos pájaros belli-  
simos.

Lunes, 9 de Enero.

Almorxamos, acompañados de los señores  
Páramo y Ortíz y salimos á las diez de  
la mañana, siguiendo por la misma lla-  
nura en dirección al S. y por terreno lige-  
ramente <sup>y ondulado</sup> ~~accidentado~~ cubierto á trechos  
de grupos de palmeras de coco, palma real,  
<sup>carabuyos</sup> y otros varios árboles y con algunos bajos pan-  
tanosos. Por todas partes se veían ganados pa-  
ciendo, pero las ovejas y cabras eran muy pe-  
queñas, no siéndoles al parecer muy favorable  
el pasto ó el clima. Como á unas dos leguas del

Fenómeno extraño



J. M. S. de J.

Beneficencia vegetal



Guano pasamos por un puentecillo cubierto,  
 cerca del cual vimos un cauchero abrazando con sus raíces  
<sup>x adventivas</sup> una palmera <sup>^ muy</sup> inclinada <sup>^ sobre el cauce</sup> como si fuese un  
 ser inteligente y quisiese detenerla en su  
 caída. A las once y media llegamos al pa-  
 so del Saldana, tributario del Magdalena  
 y que corre de E. a O. El rio debe su nombre  
 a un criado del descubridor y conquistador  
 Belalcázar, que pereció ahogado en él en una  
 refriega con los indios yaporogos y pijaos, ha-  
 bitantes del llano y de las vertientes de la  
 cordillera. Este rio arrastra tambien muchas  
 arenas de oro, <sup>^ y se ven grandes excavaciones</sup> ~~del cual hay muestras~~ <sup>^</sup> ~~patentes~~  
 en sus orillas. Pasámoslo en una canoa, en  
 la cual ~~se~~ pasaron tambien nuestras cargas,  
 haciéndolo las mulas á nado. Durante nuestra  
 permanencia en sus márgenes, bajó y se detuvo  
 como media hora una gran balsa, que condu-  
 cia toda una familia con su menage y ani-  
 males domésticos de su pertenencia. <sup>x los</sup> Contenia  
 la balsa 3 hombres, 3 mujeres, 2 niños, uno  
 de pecho, 11 cabras, una marrana con 3 lechon-  
 cillos y varias gallinas, de las cuales nos ven-

dieron una, que añadimos á nuestra comida de arroz, plátanos y tasajo. Además de las muestras de oro, encontramos en abundancia otras de platino y pirita, que añadimos á nuestra colección incipiente. A las tres y media salimos de allí para la villa de Purificación, matando en el camino un mochuelo como los de la especie mayor de España, un cardenal, un perico, un águila roja, un guaco, enemigo y perseguidor de las culebras, al que <sup>dicen que</sup> se debe el hallazgo de un antídoto que lleva su nombre, dos chorlos, uno sabanero y otro llanero <sup>(1)</sup>, que se distingue por una uña roja de que están armadas sus alas en la primera articulación y dos coelies <sup>(2)</sup>, los cuales fueron disecados para mi colección particular, y ~~solamente las cabezas y las patas de las aves más voluminosas,~~ destinando la carne ~~ellos eran comestibles~~ <sup>de los que eran comestibles</sup> para nuestro almuerzo del día siguiente.

Faltaría apenas una hora para anochecer, cuando llegamos á orillas del Chenche, riachuelo casi siempre radeable, pero que en aquella ocasión traía una gran creciente que nos

(1) Cai-ca ó Peratonso. 45 cent. de envergadura; 30 de pico á patas; 25 de pico á cola.  
(2) Coeli, ave insectívora de gran tamaño.

Fauna de Colombia

Caica, ó peralonso.

Dimensiones = longitud: 43 cent.  
de la punta del pico á la de las  
patas 30 cent.  
de id. de la de la cola: 25 cent.  
Largo de las patas - 15 cent.



Caica ó Peralonso - Zauendo de tierra caliente

obligaba á pasarlo en canoa. La de que podiamos disponer era muy pequeña y tenia además el inconveniente de un gran agujero en su fondo, tapado provisionalmente con greda. Conferenciamos sobre lo que debiamos hacer, y de comun acuerdo determinamos esperar á la mañana del siguiente dia, no pudiéndose pasar á la vez más que una sola de nuestras nueve cargas, en cuya operación nos hubiera sorprendido la noche sin poder terminarla. Acampamos, pues, á la orilla del rio, levantando con gran trabajo nuestra tienda de campaña, ~~en~~ en un terreno algo pantanoso por la reciente lluvia, y en ella se colocó nuestro equipage y se improvisaron las camas en el suelo, á pesar del peligro de <sup>la humedad</sup> ~~que~~ y el de que nos visitase alguna culebra.

No me hallaba yo muy conforme con una probabilidad tan poco agradable, y quise evitar ~~ambos~~ <sup>haciendo</sup> peligros, suspendiendo mi hamaca en las ramas de un <sup>gran dinte ó motera tintorea</sup> árbol próxima á la orilla. Tan pronto como me deje caer en mi lecho aéreo, y las ramas hicieron ruido, ~~suspending en efecto, pero al ir á ocuparla,~~ fué tal el número de murciélagos enormes que salió por una abertura del tronco, que tuve que desistir, y resignarme á pasar la noche

De la cabecera una culebra más que repañada, la cual, sin duda había pasado durante la noche a refugiarse al calor de mi cuerpo. Aunque la perseguimos, no salí a matar, porque se ocultó entre la maleza.

debajo de la tienda, donde en realidad era menor el peligro de ser mordido por un reptil venenoso, que la seguridad de que uno ó muchos de aquellos vampiros se alimentase con mi sangre, como suelen hacerlo con cualquier ser, racional ó irracional, á quien sorprenden durante el sueño.

No nos habíamos dormido aun, cuando una tempestad no muy lejana nos iluminó con la luz siniestra de sus relámpagos y nos aturdió con el ruido de sus truenos, repetidos cien veces por el eco de las vecinas cordilleras. La lluvia no se hizo esperar, y casi toda la noche tuvimos encima la tormenta. Nuestro sueño, sin embargo, era un sueño á prueba de tempestades, y si á ratos nos desvelábamos, disfrutábamos en otros de las delicias de Morfeo.

Martes, 10 de Enero.

Al fin vino la aurora y con ella empezó la atmósfera á serenarse. <sup>Al levantarse mi cama, salió de debajo</sup> Los dispusimos al fin á pasar el río, que crecía más y más, según iba entrando la mañana; salieron los criados á recoger las mulas que durante la noche habían quedado



Coeli.

Envergadura - 1m 46 ct  
De pico á patas - 68 -  
De id á cola - 62 -  
Pico - 15 -  
Patas - 28 -

J. M. Z. del.

Coeli Gran insectívoro de tierra caliente

27.  
sueltas, pero ellas, abusando de su libertad, se habian extraviado por el llano, y cuando se reunieron todas, era ya la una de la tarde.

Habiamos tenido un almuerzo opiparo, y esto nos tenia de tan buen humor, que desafiábamos á los insectos que nos acrobillaban las manos y el rostro, á las hormigas bravas que no nos dejaban sentar en ningun lado, sin atormen-  
tarnos con sus picaduras, y por ultimo al gran calor que nos fatigaba. El paso del rio concluyó cerca de las tres de la tarde; se nos enredó una mula entre los bejucos de la orilla, salvándose milagrosamente, mientras el Sr. Cuervo y yo contemplábamos bajo un enorme *cacthus*, de cuyas ramas pendian gruesas raíces <sup>advertidas</sup> en todas direcciones, el trabajo asiduo de un gran enjambre de angelitas, abejas diminutas e inofensivas, que elaboraban su exquisita miel <sup>abundante</sup> y blanca cera en una hendidura del tronco. Cerca de aquel ~~árbol~~ encontramos otro de frutillas comestibles, <sup>de la misma especie con</sup> semejantes en su forma <sup>del sabor de los higos,</sup> <sup>y tamaño</sup> á la semilla de la malva común y de color morado. Tambien encontramos en un arbusto otra fruta de pulpa roja, parecida á

dos quindas gemelas, de un sabor bastante agradable y á que en el país dan el nombre de fruta de perro.

Á las cuatro y media de la tarde llegamos á Purificación, pueblo situado sobre un cerito pedregoso á la orilla izquierda del Magdalena. Nos alojamos <sup>con</sup> medianas <sup>comodidades</sup> ~~en~~ en una de las casas pajizas que forman su espaciosa plaza y refrescamos con agua de coco que abunda mucho en sus cercanías.

Al N. de la población hay un sitio elevado sobre la llanura, como unos 30 metros, desde el cual se goza de un magnífico panorama. A un lado y otro <sup>se dominan en una</sup> ~~la~~ extensión muy considerable, ~~del~~ el gran llano de Ekira; al E. y al N. la cadena de montañas á cuyos pies corre el Magdalena, brindando, aunque inútilmente hasta ahora, sus aguas navegables; al O. las crestas nevadas del Ruiz y del Tolima y al S. el cono cónico de Pacandé, donde los dos ramales se estrechan y él se levanta en medio como el antiguo lazo que en otro tiempo los <sup>unía.</sup> ~~estrechaba.~~

Las horas pasadas en Purificación fueron



horas de tormento para mi pobre Bogotá, que tuvo que estar amarrado á su cadena, por disposición del alcalde, especie de tirano municipal, que no permite el tránsito por las calles de ciertos cuadrípedos y que obliga á sus administrados á acostarse á las diez de la noche; y todo porque un perro hidrófobo habia mordido á un muchacho, que felizmente pudo salvarse con una dosis de almizclillo, planta tenida aquí como remedio infalible para la rabia, y que me propongo <sup>enviar</sup> ~~llevar~~ á Europa para que sea ensayada oportunamente.

Segun <sup>Pérez</sup> ~~Codazzi~~, esta población, en que apenas se ve una casa de teja, fué fundada el 25 de Mayo de 1664 por D. Diego de Espina Maldonado, gobernador de Quito, con cincuenta vecinos de aquel pais en el mismo lugar en que se hallaba el castillo de las Palmas, fortaleza erigida por los conquistadores, para tener franco el paso entre Nueva Granada y Quito, é infundir respeto á las belicosas tribus de los coyaimas y natagaimas, pobladores de sus contornos. (1).

---

(1). Estas tribus eran bastante numerosas y lucharon ~~se~~

Miércoles, 11 de Enero.

A las diez de la mañana, después de almorzar, y con un calor sofocante nos dirigimos a la orilla del Magdalena, que era necesario pasar de nuevo, para internarnos en la cordillera oriental, que debíamos atravesar en toda su anchura, antes de llegar a los Llanos y de la cual nos separaba solo la corriente del gran río.

---

mucho tiempo con los conquistadores por sostener su independencia. Unidos a los pijao, que ocupaban una grande extensión de terreno en las vertientes orientales de la cordillera central, y que era también una tribu muy belicosa, descendieron más de una vez a destruir las primeras poblaciones fundadas por los españoles, causando en ellas horribles estragos y crueles matanzas. La mayor parte de los individuos que formaban estas tribus indómitas, murió en aquellas luchas tremendas e incesantes; el resto se sometió al fin a <sup>los</sup> ~~los~~ dominadores, cuando les fué ya imposible la resistencia, y aun así permanecieron por mucho tiempo alejados sistemáticamente del trato con los europeos.

Esta vez lo pasamos con gran prontitud, porque habia dispuestas dos grandes canoas y las bestias pasaron á nado en cuatro secciones por una corriente bastante rápida y una anchura que no bajaría de 150 metros.

En la margen opuesta encontramos entre otros árboles el cachimbo ó cámbulo florido y el bilibil, magnífico árbol de sombra, del cual recogí algunas semillas.

A la una y media de la tarde continuamos nuestra marcha, siguiendo la falda de la cordillera por entre bosquecillos poco elevados, donde rara vez se encontraba algún árbol corpulento, y si muchas cabañas en ~~trazos~~ terrenos cultivados, donde cosechan bastante arroz, maíz, plátano, yuca, algodón, limones, naranjas, caña de azúcar, tabaco, guayabas y guanábanas, siendo así mismo muy abundante el dinde ó morera tintorea, y habiendo también algún árbol del pan, que se distinguía á lo lejos por sus anchas hojas y claro follaje.

Segun nos internábamos en la montaña, el bosque iba adquiriendo mayor elevación

y espesura, hasta el punto de formar en ocasiones una tupida bóveda de follaje con sus ramas.

En nuestro paso volvimos á encontrar otro cementerio de indios, semejante en un todo á los que habíamos visto anteriormente, y á las cuatro de la tarde llegamos al río de Prado, que no estaba vadeable y tuvimos que <sup>en canoa</sup> atravesar como los otros, empleando solo una hora, por ser más estrecho y pasar de una vez todas las mulas.

Este río que también es navegable para balsas y canoas, corre de E. á O. y desemboca en el Magdalena como á una legua del lugar en que lo pasamos. En la orilla no hay más que algunas chozas, habitadas por familias miserables, cuya palidez indicaba sus continuos padecimientos.

Más adelante matamos un ave, del tamaño de un cernicabo, llamada garrapatero, que vive casi exclusivamente de los insectos parásitos que con su pico arranca de la piel de los animales, que no la molestan jamás, comprendiendo por su instinto la protección que le deben.

Cuando llegábamos ya cerca de Prado,

4.

vimos arrastrarse delante de nosotros un enorme reptil, que atravesaba el camino, y que los peones mataron, no sin tomar precauciones para acercarse: era una taya, <sup>éguis,</sup> ~~sabanera,~~ culebra muy venenosa de **dos** metros aproximadamente de longitud y de unos **40** centímetros de circunferencia en su mayor diámetro.

A Prado llegamos á las seis de la tarde, y nos alojamos en una de las humildes chozas proximas á su entrada, donde una pobre mujer, madre de una numerosisima prole y de un agrado y actividad poco comunes en el pais, nos asistio mucho mejor de lo que esperábamos.

Mientras nos disponian la comida, dimos un paseo por el pueblo, buscando inutilmente un poco de chicha ó de guarapo con que mitigar nuestra sed abrasadora. Las casas de esta pequeña poblacion son todas de paja; su iglesia habia sido tambien destruida, y en una pequenissima choza se hallaba colocado un cuadro antiartistico ~~pintado al oleo~~ de la Virgen del Rosario, patrona del lu-

gar y única imagen que en él se venera. En la puerta de aquel improvisado y mezquino santuario había un targetón manuscrito, y por cierto con pésima ortografía, en el cual se demandaba a los fieles una limosna para la reedificación del templo. Ofrecimos de buena voluntad nuestro óbolo y regresamos a la posada.

Este pueblo, erigido en parroquia en 1785, domina el extenso llano de Tafur, que se extiende hasta Rionegro, y en una quebrada próxima, llamada la Mata, se encontraron a principios de este siglo, dos muelas de mastodonte, un colmillo de un metro de longitud y la mandíbula de un <sup>enorme</sup> Sauriano. (1). - Sus habitantes son unos 2.300, su altura sobre el nivel del mar 360 metros y su temperatura media 28° centígrados.

Siendo estrecha la habitación en que estamos alojados, única utilizable en la casa, suspendimos nuestras hamacas casi en con-

---

(1). Pérez. Geografía. Tomo 2º pag. 70.

tacto unas con otras. En el suelo, sobre unas pieles, se acostó á dormir la familia y lo mismo hicieron nuestros criados y algunos de los peones, resultando en todo 20 personas en un espacio que no llegaba á 30 metros cuadrados. Mientras nos dormiamos, el patron, hijo del pueblo y agricultor de oficio, nos refirió cuatro muertes recientes ocurridas á corta distancia por mordeduras de culebras, algunas de ellas con circunstancias tan horribles, que hacian erizarse el cabello.

Jueves, 12 de Enero.

A las siete, despues de desayunarnos, salimos de aquel pobre lugar, donde sus habitantes son continuamente diezmados por las fiebres y toda clase de calamidades, y á poco empezamos nuestra ascension á la primera linea de montañas, despues de pasar una quebrada profunda, siendo la cuesta tan áspera <sup>hallándose</sup> y el terreno tan cubierto de cascabo, que los pobres animales de silla y carga subian con grandisima dificultad y deteniéndose á cada momento.

A un lado y otro del camino, salvo en alguna depresión, donde la capa de tierra vegetal era más espesa, no se veía más que arbustos de poca elevación, helechos de diferentes variedades y algunas pequeñas mimosas. En las cañadas se elevaban los árboles, formando una masa compacta de verdura, como si quisiesen llenar de aquel modo la profundidad hasta nivelarla ~~en apariencia~~ con los cerros próximos.

Pocas eran las aves que encontrábamos a nuestro paso; solo alguno <sup>que</sup> quacamayo, interrumpía con su agreste chirrido la soledad de aquellos montes, o algún gavilán <sup>que</sup> se cernía sobre nuestras cabezas, dirigiendo al suelo su mirada penetrante y escrutadora para descubrir el reptil, que á su vez acechaba al insecto, inmóvil sobre una piedra.

En las quebradas solíamos encontrar alguna que otra mariposa, agitándose con incierto vuelo entre el ramaje. De estas había muchas de color negro intenso con una franja púrpura en el centro de las alas; pero no pudimos



cojer ninguna.

Cerca de las dos de la tarde llegamos á la cumbre de la primera línea de montañas que componen las formidable cordillera. Tuvimos la vista hacia el llano; pero inútilmente; una niebla densísima nos rodeaba por todas partes, no permitiéndonos ver otros objetos que los que se hallaban á corta distancia de nosotros. En la especie de meseta que arriba forma, el aire estaba impregnado de una deliciosa fragancia, por ser allí muy abundante un arbusto de la familia de los quinas ó cinchonas, cuyos racimos de flores blancas, semejantes al nardo exhalaran un perfume análogo al de esta preciosa flor tan justamente apreciada. ~~en el medio día de Europa.~~

Las penascosas y desnudas crestas contrastaban asombrosamente con la exuberante vegetación de los profundos valles, abiertos en anchos círculos y conteniendo cada cual en su fondo el lecho de un torrente que murmuraba escondido entre el apinado follaje.

Cuando ya íbamos á traspasar la meseta para descender á otra especie de abismo, abrióse entre la niebla un espacio á guisa de claraboya por donde pudimos contemplar, solo por algunos momentos, una gran extensión de la llanura que habíamos atravesado, iluminada por un sol ardiente, cuyos rayos se reflejaban en las aguas del Magdalena, que se extiende allí en infinitos canales.

Frepamos despues, no sin gran trabajo á la segunda línea de empinados cerros, formados de <sup>bancos de esquistos arcillosos</sup> ~~gradas~~ de diferentes y vivos colores, <sup>alternando</sup> ~~apenas~~ con <sup>gruesos estratos de arenisca impregnada</sup> ~~una línea con arenas rojas~~ de óxido de hierro. Llegamos á la cumbre á eso del medio día, y como la niebla se había disipado completamente, ~~¶~~ por algunas escotaduras de las primeras montañas volvimos á contemplar y admirar una gran parte del valle de Teiva, limitado por las densas nubes que se aglomeraban hacia las faldas del Tolima.

Media hora despues habíamos terminado nuestro segundo descenso y nos detuvimos á almorzar en lo más profundo de aquella

pedregosa garganta en un sitio llamado <sup>Pie</sup>dra gorda, donde hallamos dos ranchos humildes levantados sobre un terreno de arcilla bituminosa.

En uno de ellos llamó mi atención un acentador ó soplillo formado de plumas caudales de pavo silvestres justa-puestas é ingeniosamente aseguradas entre dos pedacitos de palo abiertos al medio y sujetos con una ligadura de bejuco: manufactura enteramente indígena, pero <sup>muy ingeniosa.</sup>

A las tres, continuamos nuestro camino, subiendo y bajando por ásperos cerros y atravesando arroyos más ó menos caudalosos, con ~~un~~ ánimo de llegar al pueblo de Dolores, situado en la cumbre de la tercera y más elevada <sup>serie</sup> ~~fila~~ de montañas, <sup>ó estribos de la cordillera.</sup> La cuesta por donde íbamos trepando es sumamente larga y el terreno se halla cubierto por todas partes de ~~enormes peñas, rodadas,~~ <sup>peñones erráticos</sup> cuya superficie cubierta ~~enteramente~~ de un musgo negro los hace aparecer á cierta distancia como gigantescos tumulos levantados en un campo de muerte. Unido á esto el rumor

de cien arroyos que se despeñan ocultos por las profundas quebradas, el viento que gime entre los árboles del bosque, la inmensa barrera que ante nosotros se levantaba, el pedregal del camino interrumpido á veces por atolladeros enormes, la soledad hasta cierto punto sinies- tra de aquellos lugares y la noche que avan- zaba, cubriendo el espacio de impenetrable sombra, se tendría una idea de la situación en que nos encontrábamos. Nuestras mulas, ya cansadas, caminaban lentamente, detenién- dose á descansar á cada paso, cubiertas de su- dor y metidas en barro hasta las cinchas. Era imposible llegar á Dolores, y en el primer rancho que encontramos pedimos hospedaje é hicimos alto.

Descargáronse nuestras mulas, y no encon- trando otro modo de darles algun alimento durante la noche, recurrimos á la caña de azúcar, que por mucho favor nos vendieron en cantidad escasa.

Nosotros nos acostamos sin cenar, en el duro suelo, envueltos en nuestras suanas y con

Camino de Colombia



15.

J. M. S. de H.

Cuesta de Dolores

34.  
un frío desesperante. Así esperamos ~~el~~ siguiente  
te día, que jamás pudo haber otro tan deseado.

Siernes, 13 de Enero.

La madrugada y gran parte de la noche  
han sido de lluvia y truenos. Las mulas ham-  
brientas se habían dispersado en busca de pasto,  
de modo que, al salir de la cabaña, no bien era  
de día, tan solo encontramos tres, que habían  
quedado amarradas. Los criados y peones  
salieron inmediatamente en busca de las  
fugitivas, y á eso de las nueve volvieron con to-  
das ellas. Tomamos chocolate, se dispusieron las  
cargas, y salimos á las diez, <sup>para</sup> ~~acabando~~ de subir  
el resto de la cuesta que nos separaba de Dole-  
res, á donde llegamos á las once y cuarto.

El pueblo, declarado parroquia en 1770,  
se halla en una explanada que se comunica  
facilmente con otra que lleva el nombre de  
Alpujarra, sin duda por la analogia que tiene  
con la sierra llamada así en el territorio es-  
pañol que sirvió de cuna al conquistador  
del Nuevo Reino.

Su clima es templado y agradable; pe-

ro tiene el inconveniente de que apenas pasa un día sin que las nubes derramen sobre su suelo la lluvia en gran abundancia. Disfrutáse desde él de una vista magnífica sobre el valle de Cava; pero nosotros no pudimos gozar de ese placer por impedirlo la densa niebla que por aquel lado se levantaba. Sus casas casi todas son pajizas; pero en la plaza hay ya algunas cubiertas de teja, cuyas ventajas empiezan á conocer sus habitantes. Estos apenas pasan de 3000 incluso los del campo. Hállase la población á 1520 metros sobre el nivel del mar, y su temperatura media es de 21°.

De Dolores salimos, después de almorzar, á la una y media de la tarde, sin esperanzas de llegar en el día al pequeño <sup>ó aldea</sup> pueblo ~~que lleva el nombre de Colombia, y es ya el último~~ ~~Colombia~~ <sup>último</sup> que debíamos encontrar hasta nuestro regreso de los Llanos; pero si teníamos la convicción de encontrar alguna ranchería en que pasar la noche.

Salimos, rodeando el cerro por la falda del S., dejando á nuestra derecha un extenso valle muy frondoso y en su mayor parte re-

ducido á cultivo.

No nos habriamos alejado del pueblo una media hora, cuando la lluvia, primero leve y despues torrencial, nos hizo la marcha más penosa. Los arroyos pequeños se habian convertido en rios, y tuvimos que pasar algunos con fundado temor de ser arrastrados por la corriente. Un poco más lejos nos atollamos en un barizal de que no salimos sin gravisimas dificultades; y á todo esto, la lluvia arreciaba más y más; acercábase la noche y no habia cerca del camino una sola choza en que guarecernos, sino á una larguísima distancia, imposible de franquear con la luz del dia por el cansancio de nuestras mulas. ¿Qué hacer? Seianse, á lo lejos, entre el monte, algunas ligeras columnas de humo, que indicaban haber por allí viviendas humanas. Esto nos animó un poco. Hicimos detener las mulas en un rodeo descubierto, y yo me separé por entre los matorrales de la izquierda en busca del albergue tan deseado. Seguí primero una tortuosa y estrechísima senda, que al cabo se por-



dió completamente entre el bosque, volví sobre mis pasos, perdida toda esperanza, cuando alcancé á ver en dirección opuesta otra sendilla tan estrecha y casi borrada como la primera. Seguila por espacio de un cuarto de hora, ya enterrándome en el barro, ya abriendo la maleza que me impedía seguir adelante, cuando ¡oh placer! á la entrada de un desmonte, junto á un enorme ~~pedra~~ <sup>peñón</sup> rodada divisé una cruz formada de dos troncos y elevada sobre una colina. Más adelante habia una choza ocupada por una mujer y tres niñas pequeñas. Llegué; pedí hospitalidad por aquella noche; y habiéndomela concedido de muy buen talante, me volví gritando en busca de mis compañeros.

Antes de <sup>que acabara de</sup> oscurecer, estábamos <sup>ya</sup> todos reunidos bajo aquel pobre y hospitalario techo, que á pesar de su estrechez, valia para nosotros lo que un magnífico palacio.

Para cenar traíamos un cabritillo comprado en Piedra-gorda, que, preparado con

arroz y sazonado por nuestro apetito, fué para nosotros un verdadero festin de Baltazar, saboreado al calor de una buena lumbre y sin el Mene, Thecel, Phares, que viniese á turbar nuestro contento.

La cabaña en que nos hallábamos refugiados ocupa una posición bellísima, junto á un cristalino arroyo y en la falda de un monte elevado que domina dos valles profundos por la parte del S. y por los otros tres lados se halla rodeada de tupidos bosques. Allí vive un matrimonio joven todavía, con tres niñas pequeñas; el marido cultiva alguna tierra en el fondo del valle; hace algunos trabajos de carpintería y alimenta un reducido número de reses que diezman alguna vez las culebras, ó el tigre voraz, absoluto señor de aquellos vastos desiertos. Y aquellas pobres gentes viven felices en la soledad de aquel monte, satisfaciendo con sus escasos recursos sus más perentorias necesidades, sin que la ambición de lo superfluo, para ellos desconocido, venga

á turbar la venturosa calma que los ha hecho  
chosos y dignos del bien que disfrutaban.

Aquella noche fué atacado de fiebre  
uno de nuestros peones; se le administraron  
algunos medicamentos, y si no se mejora, lo  
dejaremos en Colombia hasta que se restablez-  
ca y lo sustituiremos con otro.

Sábado, 14 de Enero.

La noche ha sido fria y lluviosa; el ter-  
mómetro centigrado descendió hasta  $10^{\circ}$ ; tem-  
peratura que hubiéramos resistido con menos  
molestia, si no hubiéramos tenido que dor-  
mir en el suelo, por no haber espacio donde  
colgar nuestras hamacas.

Tan pronto como vino el día, nos levanta-  
mos, tomamos un ligero desayuno; fuéron-  
se reuniendo las mulas, algunas de las cua-  
les se habian retirado mucho durante la no-  
che, y á las nueve emprendimos otra vez ~~la~~  
~~la~~ marcha, manifestando nuestra profundamente  
agradecido, por tanto amable hospedaje.

A poco de nuestra salida empezamos á  
bajar una cuesta formada en parte de altos

Curiosidades vegetales



Barba de palo - Musgo filiforme, parásito.

J. M. S. Teit.

escalones cubiertos de piedras movibles, que hacian nuestra marcha tan dificil como peligrosa. Pasamos luego dos pequeñas <sup>arroyos</sup> ~~que~~ y en el lado opuesto del valle, que acabamos de cruzar, <sup>llamó nuestra atención el que</sup> casi todos los árboles estaban cubiertos de enormes quedejas de musgo gris, (1) que hacian el efecto de largas cabelleras desgrenadas. Mil géneros diversos de plantas parásitas cubrian casi todos los troncos, ~~alimentándose de sus expensas~~, distinguiéndose entre ellas por su abundancia la conocida en Andalucía con el nombre de marojo, que se apodera del olivo y la encina, y los destruye en poco tiempo, si no se cuida pronto de estirparlos.

El terreno en partes se hallaba completamente cubierto de sensitivas de flor morada cuyas hojas se plegaban sobre sus tallos débiles al más ligero roce. ~~de un cuerpo extraño.~~

Cuanto más avanzábamos, notábase más la falta de cultivo; y sólo por casualidad se veia algun pequeño desmonte convertido en pradera y algunas matas de maiz ó plátano para el alimento indispensable de los morados.

---

(1) Llámase en el país barba de palo.

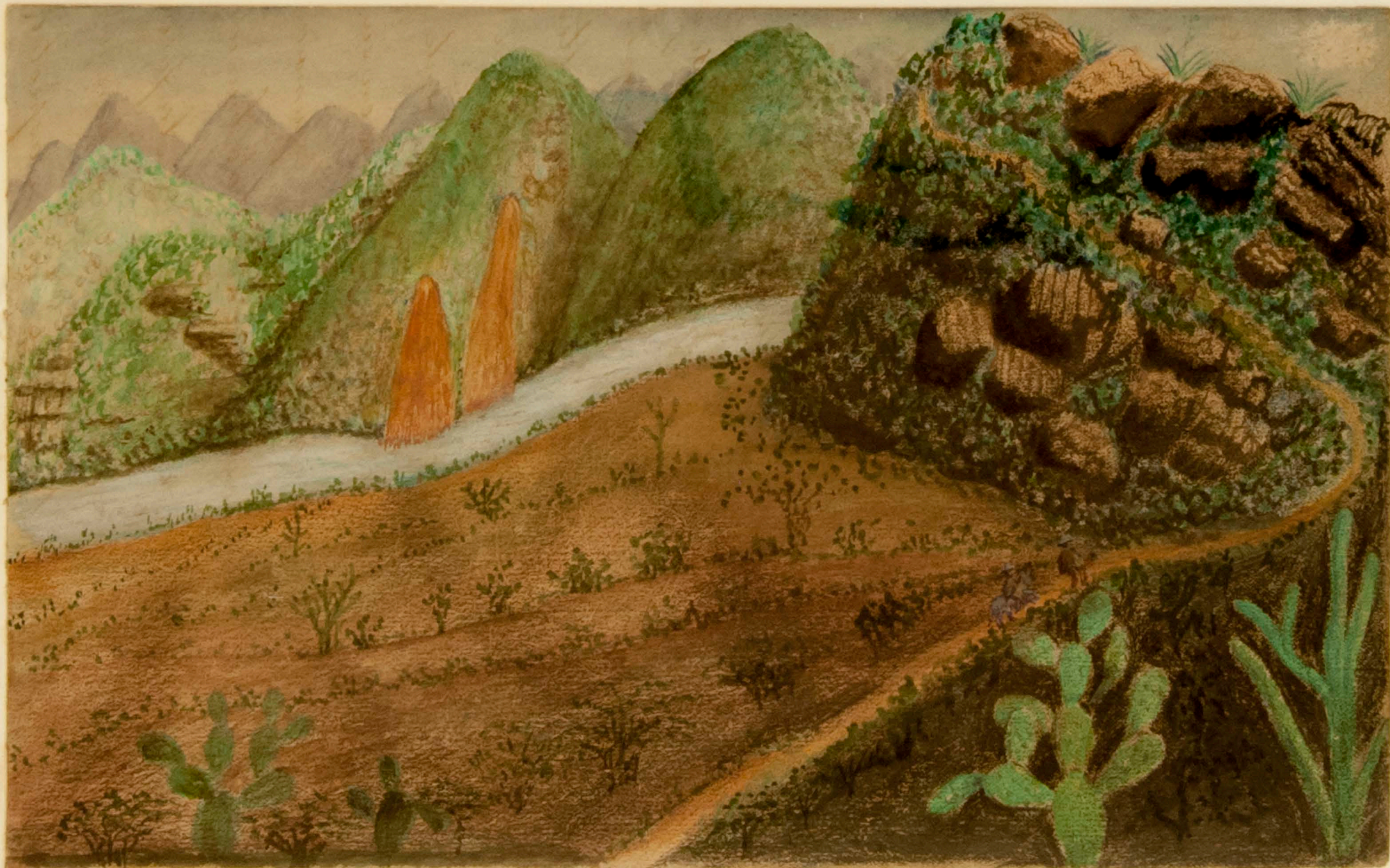
res de sus escasas rancherías.

Al rodear una montaña para subir hasta su cumbre, ~~dirigese~~ el camino <sup>es</sup> ~~por~~ una senda ~~por~~ tan estrecha y peligrosa, que al menor res-  
cuido se rodaría infaliblemente al fondo de un  
abismo. ~~que queda á la izquierda.~~ En cam-  
bio, se disfruta desde allí de una vista mag-  
nífica y un paisaje que reúne todas las be-  
llezas que pudiera agrupar en un lienzo el  
pincel de un gran artista guiado por una  
imaginación fecunda y brillante.

Abrese á la izquierda un valle ~~extenso~~ y  
profundo, cubierto de una vegetación tan exhu-  
berante como variada y rica en colores, alter-  
nando las grandes masas de vegetación con  
rocas desnudas cortadas perpendicularmente  
sobre el cauce del río Cabrera, que corre en su  
fondo de E. á O., formando cascadas espumosas  
entre las peñas y lagos tranquilos de brumida  
superficie en los remansos. Al frente, la falda  
de <sup>un cerro</sup> ~~la cordillera~~, muy empinado y de superficie  
arenosa y <sup>(1)</sup>deleznable, presenta un aspecto de  
aridez, que contrasta notablemente con la fron-

(1) Ahuiones antiguos.

*Camino de Colombia*



*Despeñadero frente al río Cabrera*

*J. M. S. L. S.*

dosidad del valle próximo. <sup>Veíanse</sup> ~~en ella~~ <sup>en aquella falda</sup>  
 recientes derrumbes, donde grandes capas de tier-  
 ra y piedras <sup>habían</sup> ~~se~~ caído resbalando hasta el  
 fondo del río, para ser arrastradas por la corrien-  
 te. Desde allí sigue el camino por un terreno  
 árido, entre colinas elevadas, y paralelo <sup>casí siempre</sup> á la már-  
 gen derecha del Cabrera, dando <sup>á</sup> ~~muchas~~ veces ro-  
 deos inútiles, que indican haber sido abierto al  
~~caerse~~ ó bajo una dirección completamente des-  
 provista de inteligencia.

Donde empieza la aridez del terreno desa-  
 parecen los árboles y quedan solo algunos ar-  
 bustos, <sup>raquíuticos y</sup> ~~varios~~ cactus de <sup>varias</sup> ~~todas~~ especies.

Cerca del río ~~hay~~ algunas chozas tan  
 pobres de aspecto como de recursos, enclavadas  
 en aquel arenal abrasado y estéril, cual si sus  
 moradores estuviesen condenados á vivir allí pa-  
 ra expiar <sup>algún</sup> ~~su~~ delito. ~~que~~ Solo de ese modo se  
 alcanza á comprender que seres dotados de  
<sup>razón</sup> ~~alguna~~ ~~inteligencia~~ elijan por morada aque-  
 llos lugares, donde la naturaleza niega al hom-  
 bre todo ~~auxilio~~, habiendo á tan corta distan-  
 cia terrenos saludables y fértiles que á poco



trabajo quedarían convertidos en *maxaldas* *pro-*  
*ductivas* y deliciosas.

Algo más adelante encontramos dos arroyos muy crecidos por la lluvia, que atravesamos con temor por la rapidex de su corriente. Cerca de estas quebradas ha habido que abandonar el primitivo sendero, à causa de las profundas y anchisimas grietas que por los derrumbes del terreno han llegado à abrirse à corta distancia del río.

Al llegar al vado <sup>x Del Cabrera,</sup> nos fué forzoso detenernos ante el aspecto amenazador que presentaban sus aguas notablemente crecidas por las recientes lluvias. ~~de la cordillera~~. El cauce no tendrá allí ménos de 200 metros de anchura, y sin embargo no nos atreviamos à aventurarnos, por ignorar de todo punto su profundidad y el sitio por donde el paso pudiera ser ménos peligroso. En estas vacilaciones el cielo nos deparó un práctico del país, que acababa de pasar à caballo, y se ofreció à servirnos de guía. Aceptada su <sup>x cooperación</sup> ~~proposición~~, pasamos primero el Sr. Cuervo, el Sr. Sáenz y yo,



*J. M. S. & A.*

*Rama del Cipicalá, árbol de tierra caliente.*

teniendo que ir ~~casi~~ de rodillas sobre las monturas, porque las mulas iban <sup>a casi</sup> ~~de~~ a nado, y cuidando mucho de no dirigir la vista al agua, ~~para evitar el mareo. un mareo difícil de evitar y que no deja de ser peligroso.~~

El sr. Michelsen, que habia quedado en la orilla opuesta con los criados y peones que cuidaban de las mulas de carga y de reserva, pasó despues con todos ellos, precedidos del guia, y el paso se terminó felizmente en poco más de una hora.

En las márgenes del Cabrera el calor era inaguantable y el mosquito llamado gégén nos atormentaba de tal modo, que no sabiamos ya cómo librarnos de sus continuos ataques. Esto, sin embargo, no nos impidió admirar un bellissimo <sup>(1)</sup> arbolito de flores amarillas, ~~monopétalas con estrias moradas semejantes en su forma al D. Diego de noche~~ dispuestas en grandes y vistosos racimos, ~~y de la cual logramos recoger semilla en abundancia~~

A las tres y media de la tarde salimos de aquel infierno, librándonos de las ne-

(1) El chicalá; de la familia de las leguminosas; crece hasta 15 metros y se viste de flores dos veces al año.

merosas legiones de atormentadores y mi-  
croscópicos, <sup>mosquitos,</sup> ~~diablos,~~ siguiendo por la orilla iz-  
quierda del río hasta su confluencia con el  
Ambicá, por cuya margen derecha continua-  
mos hasta el deseado pueblecito llamado  
Colombia, antes del cual encontramos al sr.  
Vrbe, socio y gerente de la compañía de que  
hablaré más adelante, que había montado á  
caballo para salir á recibirnos.

á las cuatro y media nos apeamos en la  
casa que la misma <sup>sociedad</sup> está construyendo, que tie-  
ne ya muchas y cómodas habitaciones con-  
cluidas, y que, tanto por sus comodidades co-  
mo por la franca y amable <sup>hospitalidad</sup> ~~acogida~~ con que  
fuimos ~~encontramos~~ en ella, fué un paréntesis de  
felicidad entre las amarguras de nuestro viaje.

Después de una comida abundante y re-  
lativamente espléndida, descansamos aquella  
noche y disfrutamos de las comodidades que  
ofrecen la civilización y la más fina <sup>cortesía,</sup>  
~~tal~~ al cabo de doce días de penalidades y su-  
frimientos.

---

59/

Desde el Domingo, 15 de Enero,  
hasta el Miércoles, 19 del mismo.

Nos levantamos tarde, porque nos era muy necesario el reposo. Al salir de nuestras respectivas habitaciones, encontramos solo semejantes amigos que manifestaban por nosotros el mayor interes y las simpaticas más cariñosas. Además del Sr. Uribe, encontrábase allí <sup>los dos conocidos los</sup> ~~los socios~~ D<sup>os</sup>. Lorenzana y Herrera, que rivalizaban entre sí sobre quien habia de mostrarse más obsequioso y deferente. El Sr. Uribe, como más práctico, se encargó de <sup>conseguir</sup> ~~hacer~~ nuestra provision de viveres, de proporcionarnos peones que nos acompañasen al Llano y mulas de reserva, por si alguna de las nuestras se inutilizaba. Para todo esto se necesitaban algunos dias, durante los cuales se podrian reponer nuestras cansadas bestias, y nosotros mismos cobraríamos más vigor para continuar nuestra penosa marcha. Por otra parte, nos encontrábamos como en el seno de la familia; y aunque apremiaba el tiempo, nadie se apresuró á hacer los preparativos y todo se

iba aplazando para mañana.

Entre tanto, por las noticias detalladas, que debí al Sr. D. Bernardo Herrera, comprendí la gran importancia de aquella Sociedad que se proponía obtener inmensos beneficios para el país en general y para ella misma en particular, abriendo el camino de herradura, ya casi terminado, entre el valle del Alto Magdalena y los Llanos de S. Martín y Casanare.

En efecto: la cría de ganado vacuno en aquel territorio, donde se reproduce con rapidez y adquiere un gran desarrollo muscular, por la extraordinaria abundancia de pastos, y el fácil transporte al interior de la república, donde es considerable el consumo de carnes, es por sí solo un negocio de pingües resultados; pero si se añade á este beneficio particular el general de ir mejorando, por medio del cruzamiento con otras más vigorosa, la raza ya pequeña y raquílica del interior, se verá que la Compañía de Colombia, lejos de procurar una especulación egoísta, perseguía, al par que su propio interés, natural estímulo de toda empresa humana, un fin patriótico y digno de loa.

Habiéndole concedido el gobierno Nacional, por la obligación de abrir el camino, un lote gratuito de cuarenta mil hectáreas de terreno, al otro lado de la Cordillera Oriental, entre los ríos Ariare y Güejar; había ella tomado, á un lado y otro del camino, los valles más fértiles, para establecer especie de estaciones, con pasto abundantemente para los ganados y recursos para sus con-

ductores y cualquiera otra clase de pasajeros; explotaba los productos naturales de los bosques inmediatos, especialmente la quina; habia echado, por decirlo así, los cimientos de especulaciones agrícolas de gran porvenir, haciendo plantaciones de café y de cacao en los lugares próximos á los tambos ó ranchos que habian de servir de estación; habiase puesto en contacto con las tribus indígenas, disponiendo á las de carácter más benévolo á entrar en la vida civilizada; habia establecido ya un numeroso hato de ganado en el terreno concedido por el gobierno, y obtenia algunos beneficios; habia gastado mucho dinero en la apertura de la vía, que si bien no era un camino cómodo, en la verdadera acepción de la palabra, era mucho mejor, más accesible y de menores inconvenientes que cualquiera de los otros proyectados, y en parte abiertos, entre el interior y los Llanos, por Cundinamarca y Boyacá; pues en cualquiera de éstos habria que atravesar regiones frías y paramos, donde muere mucho ganado al cambiar repentinamente de clima, mientras que por el de la Compañía de Colombia, donde hay una gran depresión en la

cordillera, la temperatura es siempre benigna, cálida en su mayor parte y templada apenas en los parajes más elevados.

Pues bien, á pesar de todo esto, sin tener en cuenta los beneficios que habia de producir y que estaba ya produciendo la apertura de este camino, donde el incansable Sr. Uribe habia gastado su actividad y perdido su salud, dirigiendo personalmente los trabajos y entregándose sin reserva á las traiciones asechanzas de aquella naturaleza bravia, se levantó contra la empresa una oposicion tenaz por parte de algunos emisarios, que hubieran dado al traste con tan inmensos sacrificios, si un acto de energía de la Corte Suprema Federal no hubiera hecho respetar el contrato con el Gobierno.

tal es, presentada á grandes rasgos la Compañia de Colombia.

Al sostener y mejorar la comunicación que á ella se debe entre la parte más poblada de la república y las extensas y feracisimas regiones regadas por el Meta y otras tributa-



41.  
rios del Orinoco, facilitarán los medios  
de establecer al otro lado de la Cordillera  
grandes empresas industriales para la cría  
y ceba de ganados, para el cultivo del café,  
del cacao, del añil y de la caña de azúcar,  
cuyos productos hallarán fácil salida al  
exterior por los ríos, <sup>o cañi</sup> todos navegables, que  
descienden de la cordillera; luego que haya  
estímulo para que suban los vapores por  
aquellas aguas, á recoger y transportar á  
lejanas tierras el fruto de la actividad del  
hombre civilizado, ~~##~~ los productos espontáneos  
del suelo, ~~##~~ las curiosidades de la industria  
indígena, las sustancias medicinales de sus bos-  
ques y las fibras de sus palmeras y otras plantas.

---

Cinco días hemos tardado en hacer  
los preparativos para <sup>o continuar</sup> nuestro **viage**;  
cinco días, que nos han parecido cinco  
momentos. Tales eran las comodidades  
que hallamos en aquella casa hospita-  
laria, y entre personas cuya afectuosa  
cortesía no olvidaremos nunca.

---

Siernes, 20 de Enero.

Con pena nos <sup>x reparamos</sup> ~~separáramos~~ de tan buenos y obsequiosos amigos, aunque esperábamos volver á verlos pronto, <sup>aguielás,</sup> antes de llegar á los Llanos, <sup>Si nos demoráramos algo en el camino;</sup> pues ellos trataban también de hacer allá una corta excursión, limitada solo á contemplar <sup>la inmensa planicie,</sup> desde su entrada y sin penetrar <sup>ni permanecer mucho en ella</sup> mucho, por el justo temor de contraer las fiebres de que son pocos los que se libran.

A las once de la mañana enviamos delante las cargas y mulas sueltas con los criados y peones, y nosotros salimos á la una, después de almorzar con mucho descanso, como si buscáramos todos un pretexto para retardar la despedida.

Varios apretones de mano, votos ardientes por nuestra felicidad mutua y un "adios hasta la vista" fueron la señal de marcha. Algunos <sup>de las familias de los socios</sup> jóvenes ~~Heacosa, Uribe y Ferrer~~ montaron con nosotros para acompañarnos una hora más siquiera, y salimos juntos por la margen ~~derecha~~ del Ambicá en dirección opuesta á su corriente. Como á una legua de distan-

cia lo pasamos por un vado no muy profundo y llegamos á un rancho llamado el Fortumo, <sup>perteneciente á</sup> ~~de~~ la misma compañía, donde se cargó el tasajo que de antemano estaba dispuesto para nosotros.

Siguiendo la dirección al S, que desde un principio habíamos tomado, continuamos por la opuesta orilla, dejando el río á la izquierda; y al empezar la primera subida, notamos que según se hacia más fértil el terreno, desaparecian sucesivamente los cactus y eran reemplazados por árboles y arbustos de variado follaje y agradable aspecto.

La lluvia, nuestra compañera <sup>inseparable</sup>, desde Bogotá, empezó ~~algún tanto~~ á molestarnos, y á nuestros ruegos regresaron á Colombia los tres jóvenes, y nosotros proseguimos nuestro camino, sin separarnos del ~~camino~~, sino cuando el trazado de la vía necesitaba buscar á alguna distancia el paso más fácil de alguna vertiente.

Poco á poco fuimos subiendo e internándonos en los bosques seculares, asombrándonos á cada paso de hallar aquel camino, abierto

por el interes particular, más discretamente  
dirigido y acabado con mucha más intelligen-  
cia y perfección, que los llamados naciona-  
les, donde el gobierno cobra un peage inútil,  
dejándolos en un estado que, sin verlos, es im-  
posible que ~~nadie~~ <sup>x el más peyorista lo</sup> sospeche.

Como á la mitad de nuestra jornada  
encontramos una recua de mulas cargadas  
de quina, que bajaba del Guayabero y se diri-  
gia á Colombia.

Sin dejar la orilla del rio, continuamos  
nuestra ascension por la montaña, cada vez  
más tupida y agreste, y con los árboles cubier-  
tos de las flotantes cabelleras grises que les  
daban un aspecto fantástico. A un lado y  
otro del camino encontrábamos flores bellas  
y raras y muchos papayos silvestres, cuyos  
racimos de frutas, aun sin madurar, cubrian  
los troncos. ~~junto al nacimiento de las hojas~~

Al tomar una revuelta, vimos á corta  
distancia el sendero que se dirigia por una  
elevada cornisa sobre un precipicio enorme,  
como esos caminos que las hormigas suelen

abrir en las imperceptibles sinuosidades de una pared perpendicular, donde apenas pueden sostenerse. Al llegar á aquel punto, donde el viento encallejonado sopla siempre con extraordinaria fuerza, nos envolvió un vendaval furioso que nos empujaba en sentido contrario de nuestra marcha y que obligaba á las mulas á hacer un gran esfuerzo para seguir adelante. El Cambicá corria espumoso á nuestra izquierda, á una profundidad espantosa, y á nuestra derecha elevábase perpendicularmente la montaña hasta la altura de las nubes. Pasamos por fin aquel estrecho desfiladero; la pendiente se fue poco á poco suavizando y el camino continuó por una falda mas tendida, por debajo de inmensas rocas que desde la cumbre nos amenazaban. Allí vi ~~por~~ <sup>por primera vez</sup> varios ejemplares de la pita, ~~sigue~~ <sup>sigue</sup> americana, ~~primera vez la pita o maguay,~~ tan comun en Andalucía, con sus tallos arosos, semejantes en la elegancia de sus formas á los más bellos canchabros egiptios, y un figue<sup>(1)</sup> especial con puas dobles unidas en su base y vueltas las puntas en dirección contraria unas de otras. En las

---

(1) Planta de la misma familia.

concurridas de las peñas sentíanse revolver can-  
do gritos agudos varias aves espantadas al  
ruido de nuestros pasos; la quacharaca, espe-  
cie de faisán de oscuro y uniforme plumage  
lanzaba al viento el estridente rumor de su  
canto desapacible, que el eco de la montaña o-  
puesta repetía sin perder una sola nota, com-  
pletando la discordancia de aquel extraño con-  
cierto el rumor estrepitoso del Atambicá luchan-  
do por abrirse paso entre los peñones que emba-  
razan su corriente.

Y no obstante, resultaba de todo aquel es-  
pectáculo tan salvaje como sublime, un conjun-  
to tan armonioso, que de la misma deformidad  
nacía una belleza sorprendente y de un género  
antes para mí desconocido.

Un poco más allá encontramos un rancho  
habitado; luego un arroyo de aguas cristalinas  
y junto á él un árbol seco, en cuyo tronco se veían  
<sup>erquidas</sup> ~~erquidas~~ y loxanas dos bellas orquídeas, de  
flor blanca la una, y rosada la otra; como si  
la naturaleza se hubiera complacido en demostrar  
allí que nada en ella es inútil y que la vida,

44.

lejos de acabarse, renace con nuevas formas de  
los mismos seres profundamente modificados  
por esa incomprensible <sup>transformación</sup> ~~transición~~ que en nuestro  
rudo é incompleto lenguaje llamamos muerte.

~~Y~~ Cuando <sup>ya</sup> empezaba á declinar la tarde,  
pasamos por otro rancho, cerca del cual pacian  
algunas cabras y bueyes. Llamaron mi atención  
unas llagas sangrientas que todos tenían en los  
lomos, <sup>y en el pecho.</sup> Pregunté, y me dijeron que eran causa-  
das por los nuches, <sup>ó larvas, que se introducen en la piel,</sup> gusanos <sup>procedentes de una</sup>  
mosca especial, por allí muy abundante; de  
la cual es imposible librar el ganado y que á  
veces se suele cecar hasta en el hombre.

Al ocultarse el sol, llegamos á una quebra-  
da que lleva el nombre de Rio-Blanco, porque  
sus aguas corren siempre espumosas sobre un le-  
cho de grandes piedras. Pasamos aquel arroyo  
por un puente de maderos labrados y gruesos  
tablones y arreglamos nuestro rancho en la  
opuesta orilla, cerca de su confluencia con el ~~de~~  
bicá, armando entre dos árboles <sup>una</sup> ~~nuestra~~ tienda  
pequeña, por no haber espacio para ~~la~~ otra más amplia.

La cena consistió en un poco de arroz cocido

<sup>1 y agua,</sup>  
con tasajo, alimento no muy agradable ni sus-  
tancioso. Yo me contenté con una tortura de  
chocolate y algunas galletas, porque mi pala-  
dar repugnaba aún aquel beverage de la cocina ~~india~~,  
<sup>colombiana,</sup>  
~~india~~ á que á mi pesar tendria que irme acos-  
tumbrando.

La noche estaba serena é iluminada por  
infinidad de cucuyos, bellas luciérnagas volantes,  
y por huir de la estrechez de nuestro toldo, hice  
suspender mi hamaca entre dos árboles poco dis-  
tantes, y colocar encima á guisa de techo mica,  
<sup>1 no fue bastante garantía, porque</sup>  
pote impermeable, pero, á las pocas horas empezó  
á caer una abundante lluvia, y tuve que re-  
fugiarme en la tienda, donde me hicieron lu-  
gar mis compañeros, y volví á dormirme, arrulla-  
do por el ruido del torrente que bamaba á dos  
metros de nosotros y el de los aguaceros que ha-  
cian resonar como un tambor la tupida lona  
que nos cobijaba.

Cerca de nosotros, á la derecha, quedaba un si-  
tio llamado Zaragoza, que consiste en dos pobres  
cabanas y algun desmonte, donde se cultiva un  
poco de yuca, maíz y caña.



Sábado, 21 de Enero.

Como la cena no habia sido muy confortante, me desperté temprano y con gran apetito. La atmósfera estaba casi despejada, templado el ambiente, fragantes las flores y los pajarillos alegres y regocijados. Todo era bello, menos el desayuno que tenia en perspectiva, que no era otra cosa que una segunda edición del sancocho repudiado por mí en la noche precedente.

Sétime de prisa; pregunté si habia algun rancho próximo, y siendo afirmativa la contestación, hice ensillar mi mula, mandé á mi criado Gabriel que me siguiera, y me despedí de mis compañeros, á los cuales ofrecí reunirme al paso.

Mientras me la ensillaban, me entretuve en <sup>grabar</sup> ~~escribir~~ en el tronco de uno de los árboles, á cuyo pie habíamos aranchado, la siguiente redondilla, que algunos dias despues leyeron nuestros amigos de Colombia y más tarde me han recordado muchas veces:

"Montado en un macho mocho

Llegué anoche á este lugar;  
Y hoy me voy sin almorzar  
Por no comer el sancocho."

A corta distancia vuelve el camino á seguir la orilla izquierda del Ambicá, no ménos bullicioso en esta parte de su curso; y á una media legua de Rio-blanco la <sup>Pro</sup>videncia me deparó dos humildes ranchitos y en uno de ellos una muchacha tan amable como graciosa y dispuesta, que en un abrir y cerrar de ojos me <sup>me</sup> ~~me~~ <sup>arregló</sup> un almuerzo excelente, compuesto de <sup>un</sup> pollo tierno, plátanos maduros y otras frioleras que me hicieron desquitarme con creces del anterior ayuno.

Pagué lo mejor que pude á Senancia, que así se llamaba la jóven; y á poco, ~~de~~ pasando mis amigos, me reuní con ellos y continuamos nuestra marcha.

Después de pasar un arroyo, donde había una cascada bellísima, penetramos en una selva sumamente espesa, en cuyo centro empezaban á practicar algunas rozas. Más adelante vimos otro salto de agua en un

sitio no menos pintoresco que el primero, y cerca de él un gran número de mariposas de preciosísimos colores. Algo más lejos, divisábanse junto al cauce del río y á una profundidad considerable, varios ranchitos rodeados de plátanos y yuca. En esta parte de la montaña la compañía de Colombia ha tenido que vencer enormes dificultades para abrir el camino, y en honor de su director debemos decir, que ha sabido vencerlas de una manera sorprendente, hasta llegar con él á una cumbre sumamente empinada y que se eleva á muchos centenares de metros. En la subida encontramos algunos peones ocupados en la recomposición de aquella penosísima vía, deteriorada constantemente por las lluvias, y las piedras y troncos que los torrentes arrastran. Esto debe ocasionarles muchos dispendios, sobre el gran capital que ha debido costarles su apertura.

Allí se ven por todas partes bejucos enormes que trepan muchas veces hasta la cima de los árboles, cuyos troncos estrechan, como

si pretendiesen ahogarlos entre sus numero-  
sas espirales, allí crecen de una manera que  
asombra los helechos arborescentes y palmas  
de todas clases, entre las cuales se ve también  
la nacumã, de cuyas hojas se sirven para  
tejer los afamados sombreros; allí en fin la ve-  
getación forma una <sup>masa</sup> ~~pared~~ tan tupida, que se-  
ría imposible dar un solo paso, sin la ayuda  
del machete y el hacha.

Al descender de aquella ~~altura~~ altura,  
se ven por algunos claros las faldas desnudas  
y penascosas de la opuesta orilla del río. En-  
tre los montes de aquel lado hay un <sup>cerro</sup> ~~cerro~~  
~~cerro~~ cónico ~~y~~ sumamente elevado, que sirve co-  
mo de inexpugnable barrera á las invasiones  
del bullicioso Ambicã y á las de otro torrente  
que baja á incorporarse con él por un profundi-  
simo cauce formado de rocas areniscas. El río  
hace en este lugar un recodo; pásase el torrente  
por un puentecillo de gruesos tablones y sigue  
el camino por su margen izquierda en direc-  
ción contraria á su espumosa corriente, dejando  
á la izquierda, <sup>el cerro</sup> ~~la montaña cónica~~, de que antes

47.

hemos hablado, y en cuya parte superior se ven algunos árboles secos, que contrastan con las muchas y bellísimas flores que <sup>se ven</sup> ~~se ven~~ <sup>á</sup> un lado y otro del camino. Este se dirige después por otra gran pendiente, cubierta de piedras y profundos barrizales, sombreados por árboles gigantes, cuyo follaje impide que el aire y la luz penetren para orear siquiera su superficie.

Allí la vida está toda concentrada en la vegetación, alejando de aquellos lugares todo ser viviente. Ni un pájaro se mueve entre las ramas, ni ~~algún~~ <sup>algún</sup> otro animal <sup>algún</sup> cruza por aquella selva paavorosa. Si hay algún reptil, está tan escondido, que no es posible advertir su presencia. La soledad y el silencio son allí tan absolutos, que hasta el ruido de una rama seca que se desprenda de su tronco, se oye á una distancia considerable.

De vez en cuando se hallan enormes peñones suspendidos sobre el tortuoso sendero; otras pasa este al borde de profundos abismos cubiertos por la maleza. Un resbalón ó un mal paso dados por una mula serian bastantes para que ésta y el jinete bajaran en mil pedaxos

a donde nadie osaria bajar a recoger siquiera el más mínimo resto.

A las tres de la tarde llegamos a una rancheria situada en medio de una roza, donde crecen abundantes gramíneas para alimentar las bestias y el ganado, que por fuerza ha de hacer allí su estación, porque aquello es una especie de oasis en el sombrío desierto de la inextricable selva.

Lleva la rancheria el nombre de S. Pedro, y compónese de un tambo <sup>o cobertizo</sup> ~~abierto~~, donde los viajeros se guarecen, y una pequeña choza, donde habita la familia encargada de la custodia de aquel albergue miserable.

Allí pasamos la noche con bastante frío y alumbrados por la luz de los cocuyos, que en número prodigioso cruzaban el aire, formando una iluminación tan original como fantástica.

Domingo, 22 de Enero.

El fío se encargó de hacernos abandonar bien temprano nuestras hamacas. Cuando se recogieron las mulas, se vió que una de ellas habia sido mordida por los vampiros en am-

los lados del cuello, razón por la cual aquel  
 día se la eximió del trabajo de llevar su carga.  
 Hicimos un ligero almuerzo, y á las ocho y me-  
 dia de la mañana proseguimos nuestro via-  
 je por una cañada, donde la selva adquie-  
 re una magnitud portentosa. Los árboles son  
 tan gruesos y elevados, que arrancan involun-  
 tarias exclamaciones de asombro; y algunos de  
 ellos rodeados por todas partes de plantas tre-  
 padoras, se asemejan á enormes mástiles de  
 navios gigantescos con jarcias proporciona-  
 das á su elevación y á su volumen. Las pie-  
 dras cubiertas de líquenes y musgos muy va-  
 riados toman un singular aspecto y revisten  
 todos los colores y formas imaginables.

El camino sigue, siempre con el Ambicá  
 á la izquierda, # empedrado á veces y otras con  
 largos trayectos de incómodos barrizales. Allí  
 vi por primera vez hojas de guarumo de  
 más de un metro de diámetro y otras de he-  
 lecho en forma de quitasol, á cuyo uso se  
 suelen destinar, uniendo tres ó cuatro por el  
 tronco para que adquiriera el espesor indispensable.

Después de pasar varias quebradas, subimos una gran cuesta, y al pasar por algunos derrumbaderos, donde el terreno superficial se ha precipitado con plantas, arbustos y árboles al fondo de un barranco, contemplamos por la abertura del monte vistas espléndidas sobre las montañas vecinas. Más adelante llamó nuestra atención un espectáculo original: era un <sup>árbol gigantesco</sup> ~~gran árbol~~ <sup>con una anchura hendidura</sup> puesto en la parte inferior de su tronco, donde <sup>asomaban varias excrescencias formadas por la aglomeración de la salsola y de tal manera dispuestas,</sup> que á primera vista ofrecían el aspecto de un monstruo enorme abierto por el vientre y con las entrañas petrificadas. Era un higuero de 18 m. de circunferencia <sup>en su base.</sup>

Cerca de allí pasamos el Ambicá por un puentecillo rústico. En aquel lugar se le reúne un arroyuelo de aguas rojizas, cuyo color adquiere por el mucho óxido de hierro que contiene su cauce. Ya próximos á la cumbre lo pasamos por otro puente semejante al que habíamos atravesado. A aquella altura árboles y rocas se hallan cubiertos de una espesa capa de musgo de un color negrusco, color de que participa allí



Colosos de la vegetación

24.



Arbol monstruoso en el camino de los Llanos

49.

toda la vegetación, debido sin duda á la humedad constante que allí sostienen las nieblas y la lluvia, que sólo muy de tarde en tarde dejan penetrar un rayo de sol <sup>para</sup> ~~que~~ animar por un momento aquella naturaleza agoviada por su eterno ~~y~~ ~~húmedo~~ sudario.

A las doce en punto llegamos á coronar la inmensa altura que divide las aguas del Magdalena de las que corren al Metayal Orinoco. ~~y al Amazonas~~ Aquellas crestas sirven también de límites entre el territorio de San Martín y el Estado de Cundinamarca. De sus agrestes rocas salió espantado un buho y se ocultó en la maleza lanzando un siniestro graznido, como si nuestra presencia hubiese turbado extemporáneamente sus profundas meditaciones.

Solo por algunos minutos pudimos contemplar desde allí el admirable panorama que se extiende por uno y otro lado; porque la niebla lo ocultó en seguida á nuestros ojos.

Aquel espectáculo me recordó el que había disfrutado desde la alta sierra de Luquillo, sin más diferencia que la que existe entre un mar

de agua y otro, no ménos extenso, de verdura. Para hacer la semejanza más completa, hasta sentamos á nuestro alrededor el agudo y monótono chirrido de las ranas ~~que me hicieron~~ que me hicieron pasar tan horrible noche.

En la concavidad de una roca vimos también una gran multitud de crucecitas, colocadas allí como ofrenda de los transeuntes; ofrenda que no falta jamás en este país, donde quiera que hay un paso difícil ó peligroso.

Al principiar el descenso hácia la parte de los Llanos, vimos en una quebradita <sup>ó arroyuelo</sup> gran número de mariposas: negras completamente, unas; otras blancas con las alas festonadas de negro, y otras negras también con el feston azul ó amarillo.

Junto á otra <sup>ó arroyo</sup> ~~quebrada~~ dejamos un tambo ó ranchería llamada La Providencia, la cual sin duda nos salvó, al pasar sus profundos atolladeros.

Más adelante llamó nuestra atención una flor bellísima escondida entre el follage. Alcanzamosla y vimos que era una preciosa passionaria. ~~Desgraciadamente la mata no tenía~~  
~~aus temilla alguna.~~

6º

Un poco más lejos encontramos un arco grandioso de follage y flores, dispuesto naturalmente como un arco de triunfo, aquello nos pareció de buen agüero.

Al terminar nuestra jornada vimos entre las enredaderas la planta del quaco, que sirve de antidoto contra las mordeduras de las serpientes venenosas, y cuya inoculación se tiene como seguro preservativo (1).

A las tres de la tarde llegamos á otra estación donde habia un desmonte con yerba pará y un tambo, ~~que~~ donde debiamos pasar la noche y descansar un dia. Este lugar llamado El Fi.

---

(1). El <sup>planta</sup> quaco, que en algunas comarcas del Ecuador se llama eundurango, es un bejuco ~~planta~~ ~~saumén~~ ~~rosa~~, de hojas cordiformes y cubiertas de un espeso vello. Atribuyensele muchas cualidades medicinales, y la tradición <sup>vulgar</sup> asegura que su descubrimiento se debe al pájaro de que tomó el nombre, por habersele visto, al luchar con las culebras venenosas, y ser mordido por ellas, acudir inmediatamente á picar las hojas de dicha planta.

que, se halla en la confluencia del ~~un~~ riachuelo del mismo nombre y un arroyo que baja entre dos montañas por la derecha.

Cerca del tambo hay una tosca cruz y al pie de ella la sepultura de un pobre joven, muerto el año anterior en la primavera de su vida y cuando le sonreía la más lisonjera esperanza. ¡ Así suelen acabar en el mundo todas las ilusiones fundadas sobre el deleznable y perecedero cimiento donde el hombre edifica sus castillos soñados!

Allí contábamos con una ilusión: el reposo, que también se encargaron de desvanecer, los mosquitos durante el día, y las cucarachas durante la noche. De estas últimas había un número tan prodigioso, como de hojas en los árboles del bosque y de granos de arena en la orilla del río.

Lunes, 23 de Enero.

Aunque la noche anterior había sido en extremo incómoda, porque las cucarachas lo habían invadido todo, incluso nuestras hamacas y nuestros vestidos, resolvimos pasar

el lunes en El Tigre, arreglando un poco nuestras colecciones y nuestros apuntes.

Las gallinas que habia en el tambo son una excepcion de la regla general, pues contra la costumbre de su especie, pasan sin dormir toda la noche, persiguiendo sin tregua á las cucarachas, que les sirven de alimento exclusivo y por las cuales desprecian el arroz y el maiz, cuando tienen insectos en abundancia. Sin duda les ha hecho adoptar su nuevo género de vida la circunstancia de que los insectos que persiguen salen tan solo durante la noche, ocultándose tenazmente de dia en el primer escondrijo que encuentran. Esto hizo que ni un solo objeto de nuestro equipage se hallase libre de aquella invasion asquerosa, participando de ella y en mayor abundancia cun nuestros Hiveres, cuyos cajones las contenian por millares. Los criados hicieron una requisita escrupulosa, de que las gallinas sacaron gran provecho, y nos resignamos á tener que hacer la misma operacion al dia siguiente.

Mi criado Gabriel tomó una de mis esco-

patas y se internó en el bosque, volviendo á la tarde con una culebra <sup>enorme</sup>, un guacamayo verde y un pauji ~~hembra~~, que en su excursión habia cazado, y que nos proporcionaron una cena abundante y un buen almuerzo para el dia siguiente, excluida por supuesto la culebra.

~~El pauji~~ <sup>es</sup> del tamaño de un pavo comun, tiene sus mismas costumbres y pertenece al ~~mis-~~ <sup>de las gallináceas;</sup> mismo género, solo que en lugar de las carúnculas rojizas que cubren la cabeza de aquel y parte de su cuello, el pauji, sobre todo el macho, ostenta un penacho bellissimo de plumas negras rizadas en su punta, que le dan un aspecto sumamente elegante y gracioso. La hembra no tiene el penacho tan desarrollado pero no carece de él completamente. En ámbos sexos el plumage en general es negro con visos azules, excepto el vientre que está cubierto de plumas blancas. Su carne es un manjar excelente, sano y muy apetitoso. <sup>Hay otro pauji, llamado</sup> ~~Se dice disecar la ca-~~ de piedra, porque en lugar del penacho de plumas, lleva <sup>adherida</sup> ~~la cabeza y las patas por ser el animal muy volu-~~ á la parte superior de la cabeza una especie de pera de ~~minasa, no haciendo lo mismo con el guacamayo,~~ sustancia cornea, de cuatro á cinco centímetros de longitud, ~~por haber quedado muy estropeado del plomo~~ con el vértice del cono, que terminava en punta, junto á la base del pie. Ambas especies son domesticables.



Dimensiones: Di pico a cola 1m. 4.5.

Di pico a patas - 98.5. - Envergadura - 1m. 12.5.

J. S. A.

Pauji macho adulto.



Por la noche ~~se~~ cogimos en el rio algunas sardinatas que aumentaron los platos de nuestra cena y que asadas sobre las brasas nos parecieron un bocado exquisito.

He comprado á uno de los muchachos del tambo un objeto sumamente curioso, consistente en una calabaza, ~~ó fruta del totumo~~ que ligada con cuerdas <sup>á completo</sup> antes de su desarrollo ha tomado la forma exacta del ~~un~~ intestino de <sup>un</sup> cuadrpedo. El joven lo tenia destinado á contener su aguardiente y su cabida es de algo más de medio litro.

Martes, 24 de Enero.

Nos levantamos al ser de dia y salieron los peones en busca de las mulas. Seis se habian extraviado y entre ellas ~~se~~ tres mias. Las huellas demostraban que se habian dirigido hacia S. Pedro, y allá se encaminaron á buscarlas. De las fugitivas eran tambien las dos que montaban el joven Saenz y el D.<sup>o</sup> Cuervo. Determinamos, pues, que saliesen las cargas disponibles, y <sup>se</sup> fué con ellas y los peones el Sr. Michelsen á las siete de la mañana. Saenz, el

D<sup>r</sup> y yo nos quedamos con dos de los muchachos à esperar la vuelta de nuestras cabalgaduras, que confiabamos no se habrían alejado mucho.

A eso de las doce, viendo que las mulas no regresaban, determinamos marchar à pie en direcci3n al Papamene, ordenando à los muchachos que procurasen alcanzarnos cuanto antes con las mulas ensilladas y la única carga que quedaba en El Tigre. Pasamos el riachuelo de este nombre à hombros de mi criado Liberato, excepto el D<sup>r</sup> que prefirió descabarse y pasarlo por sí con el agua à más de medio muslo. En vano fueron nuestros consejos: la ancianidad suele ser <sup>às veces</sup> tan caprichosa como la juventud inexperta, y no hubo medio de reducirlo à que nos imitase.

Pasado el rio, tomamos el camino por unos desmontes recientes, esperando à cada momento ver llegar las mulas en nuestro alcance, pero como esto no sucedia y llevabamos andada más de una legua, y además teniamos delante una pendiente empinadísima, que nos

era casi imposible subir, porque el calor nos sofocaba, entramos en consulta y de ella resultó que era más prudente regresar otra vez hacia El Figue, por si las mulas no habian parecido, y tomar <sup>allí</sup> alguna determinación, que por si solos no podian tomar los criados. Regresamos, pues, cubiertos de sudor, y jadeantes; y al llegar á orillas del riachuelo vimos con placer que las mulas habian parecido y que lo estaban disponiendo todo, segun nuestras órdenes.

Detuvimosnos allí un breve rato, mortificados por el gegin, de que no habia forma de evadirse; pasaron las bestias, montamos, y seguimos nuestro rumbo al E. por la orilla derecha del Figue, cuando ya eran más de las dos de la tarde.

La jornada de hoy se ha reducido al paso de dos montañas elevadisimas con sus profundidades correspondientes, sus arroyos y su selva gigantesca y compacta. Al llegar á la cumbre de la segunda, gozamos de una vista preciosa sobre ~~el~~ <sup>un</sup> valle ~~del~~ <sup>del</sup> Papamene, <sup>por</sup> cuyo fondo corren ~~este~~ <sup>el</sup> rio <sup>Papamene,</sup> bastante caudaloso, y otro más pequeño llamado ~~el~~ Sorrento. A poca distancia

de la confluencia de estos dos rios, que ámbos van á morir al Guayabero en un punto distante apenas una jornada, se halla otra estacion con su tambo, y su desmonte <sup>y pasto</sup> ~~con yerba~~ para el ganado. A orillas del Guayabero, que al juntarse en los Llanos con el Ariari toma el nombre de Guariare, y ~~con él empiezan á formar~~ <sup>parte</sup> el Orinoco, mucho ántes de la incorporacion del Meta, existen ya tribus salvages <sup>pero</sup> casi inofensivas, cuya reduccion á la vida civilizada seria muy fácil, si se adoptaran para ello los medios que aconseja la razon, fundada más que en la utilidad material, en las <sup>y necesidades</sup> ~~esencia~~ del espíritu humano.

En nuestro camino encontramos muchas piedras de las que usaban los indigenas para moler el maiz, ~~que son de una calidad y forma muy diferente de las que se usan todavia en quellas civilizaciones, y hasta en la misma capital, de su abrimiento, y que por su mucho peso fueron sin duda abandonadas, á medida que las tribus se alejaban de estos lugares.~~

Dichas piedras, ~~son de las que encontraban al acaso en el cauce de un torrente ó de un rio, tienen todas una~~ <sup>por lo común, con los rodados</sup> ~~distintas en su forma, porque~~

x forma análoga:

la parte de su superficie <sup>x más</sup> que, aplanada en un prin-  
 cipio <sup>x sirve</sup> para la molición con otra más pequeña redondeada que llaman la  
 La primera ~~parte~~ llega ~~por fin~~ a hacerse cóncava por medio <sup>x igual</sup>  
 del rozamiento. De esta misma clase y con <sup>x todavía</sup> el ob-  
 jeto mismo se usan ~~en~~ en casi todas las casas,  
 hasta en la capital de la república,  
 en lugar del almirez ó mortero de que se sirven  
 en Europa.

Al descender al valle, encontramos á un la-  
 do y otro algunas telas de araña de una con-  
 sistencia y magnitud tan sorprendentes, que  
 parecían velas de barco tendidas <sup>x á secar</sup> sobre el rama-  
 je. Los hilos que las sostenían, á veces desde un  
 árbol lejano, eran tan gruesos, que la vista los  
 seguía sin dificultad desde una gran distancia.  
 Las arañas que las tejen son de gran tamaño y cazan á veces hasta pájaros pequeños.

A las seis y media de la tarde nos ~~reunimos~~  
~~con~~ nuestros compañeros, despues de pasar  
 el rio por un vado muy profundo. La caza de  
 este dia consistió en dos parvas silvestres, del ta-  
 maño de gallinas, un yátaro <sup>x tucán</sup> ó Dios-te-dé-ave  
 de un pico enorme que conserro disecada y un  
 torito de monte, de plumage bellissimo, que tam-  
 bien conserro.

Miércoles, 25 de Enero.

El deseo, ó más bien la necesidad de tomar

un baño, nos hizo salir del tambo bien de mañana y dirigimos á la orilla del Papamene, que corre de E. á S. como el Sorrento, y aun cuando el agua estaba un poco fria, nos pareció muy agradable. En una ~~pedregal de~~ playita estrecha que hay entre <sup>la orilla y</sup> el enorme pedregal que forma su margen, encontramos muchas huellas recientes de danta <sup>o tapir</sup> y algunas de tigre, que por la impresion que habian dejado, deberia ser muy espulento. Estas huellas se perdian en la orilla, señal segura de que la fiera habia pasado en la madrugada anterior el rio de un lado á otro. Y á este respecto no quiero dejar de consignar aqui lo que la voz general refiere sobre la astucia de este felino, cuando tiene que atravesar alguna corriente y sabe ó sospecha que pueda haber en ella algun caiman, que es su irreconciliable enemigo.

Cuando esto sucede, el tigre llega á la orilla del rio <sup>o del</sup> arroyo, y lanza sucesivamente varios rugidos que dan testimonio de su presencia. El caiman <sup>o los</sup> caimanes, que casi siempre están en acecho, se dirigen inmediata y cautelosamente por deba

jo del agua al sitio en que se halla rugiendo su codiciada presa, y allí aguardan el momento en que debe caer, para apresarla entre sus mandíbulas y arrastrarla al fondo, único lugar en que sus fuerzas son superiores; pero aguardan inútilmente; porque el tigre, más sagaz que sus adversarios, luego que ha rugido diferentes veces en aquella parte de la orilla, se dirige presuroso á otra algo distante y por allí se lanza seguro de no ser apresado por el anfibio.

Después de almorzar fuimos á pasear un poco por los alrededores del tambo, donde recorrimos un platanal muy extenso, una buena plantación de yuca, y otra de tabaco, cuyas hojas estaban ya casi maduras. Entre los plátanos había algunas matas de café y de cacao, que tardarán algún tiempo en dar fruto; pero puede asegurarse que tanto estas como la caña de azúcar se darán allí admirablemente, á juzgar por las pocas plantas que existían, sin duda para prueba.

La cacería de hoy ha consistido en una pava de penacho blanco, que consero disecada, y un

carpintero de penacho rojo, que conserva tambien de la misma manera. El carpintero, que se alimenta exclusivamente de hormigas, trepa con gran facilidad por el tronco de los árboles, y su canto consiste en una especie de redoble, como si se tocara en un tronco hueco con la punta de un cuerpo duro. Esto ha dado ocasion á que se atribuya á este pájaro cualidades que realmente no tiene, creyéndose en general que el ruido lo hace tocando con el pico en los troncos y que los rompe y taladra, por duros que sean, con la misma facilidad que el carpintero con la ayuda del escoplo y el maxo. Es verdad que <sup>traviesa</sup> los troncos, pero es sólo cuando entran en putrefaccion total ó parcialmente.

La pesca ha sido mucho más abundante que la caza; pues los peones que fueron con taraya al Sorrento, han regresado al anochecer enteramente cargados de sardinatas, doradas y boca-chicos, tres clases de peces muy sabrosos.

Esta noche hemos tenido un grave disgusto: el Dr. Cuervo se ha sentido algo enfermo; efecto quizás de su mojadura en el Tigre. Esto nos tiene ~~desalentados~~ en extremo cuidadosos; porque en una persona de su edad la natu-



Fauna de Colombia



Carpintero

Envergadura - 48 - cent.  
Pico a cola - 18 -  
Pico a patas - 12 -  
Patas - - 7 -

J. M. S. D. A.

Carpintero - hormiguero de tierra caliente

raleza, por vigorosa que sea, carece de fuerzas para luchar con las enfermedades, y mucho más donde hay tan pocos recursos. Confiamos, sin embargo, en Dios, y esperamos el día de mañana.

Jueves, 26 de Enero.

El D.<sup>o</sup> Cuervo se encuentra hoy algo mejorado, y nos hemos detenido para explorar las orillas del Sorrento y aumentar nuestras colecciones. Al llegar allí, hemos encontrado muchas huellas de dantas y venados. Hemos muerto otras dos parvas y una oropendola, de <sup>gran</sup> tamaño. ~~forma de nuestras urracas, de plumaje negro y brillante, excepto la cola y el pico que tienen el mismo matiz que los canarios muy aromados.~~

Estas preciosas aves, llamadas quapas en el país, viven en familias de <sup>muchas</sup> ~~cuatro y hasta diez~~ parejas; suspenden sus nidos de un solo árbol, formando una especie de bolsas en la extremidad de las ramas, bolsas que á veces tienen cerca de un metro de longitud, con un agujero por donde penetran para hacer la postura y criar sus hijos, que por lo general nunca bajan de dos ni exceden de cuatro.

Cuando una familia se propone establecer en un árbol su colonia, las hembras se reúnen sobre las ramas y van fabricando en común los nidos que necesitan, según las parejas, con los materiales que al efecto acarrean los machos, también en común y poseídos de un espíritu de asociación que no siempre se encuentra en el hombre. Asegúrase también que del mismo modo alimentan los polluelos de toda la tribu ó familia; pero de esto no <sup>puedo</sup> ~~podemos~~ dar fe en calidad de testigo ocular, como la ~~dayes~~ de la construcción de los nidos, por haber estado largo rato observando la operación, oculto entre unas matas, cerca de un árbol donde se establecía de nuevo una de estas colonias, que se mantiene merodeando en los platanales y plantaciones de café y cacao, con algunas frutas silvestres y con insectos de diversas clases á quienes persiguen con tenacidad, sobre todo en tiempo de cría.

Siernes, 27 de Enero.

Nuestro pobre D.<sup>o</sup> ha empeorado hoy. Le ha acometido primero un frío intenso y después una fiebre que le ha durado toda la tarde y

una gran parte de la noche. Esto nos ha obligado a suspender nuestra marcha.

Hemos cazado dos parvas más, que han sido un gran recurso para la comida, y se han pescado algunas doradas, de las cuales hemos tomado una, preparada al estilo del país, y que encontramos bastante agradable. Consiste la preparación en meter el pez, ya limpio de intestinos y escamas, <sup>con un poco de</sup> ~~y cantidad de~~ sal, ajo y alguna otra especia, dentro de un canuto de la caña colosal llamada guadua; pónese el canuto, ~~perfectamente cerrado,~~ sobre las brasas, y no se le deja de dar vueltas hasta que el pez está ya cocido con su propio jugo y el de la caña que le sirve de cacerola.

El Dr se ha aliviado bastante despues del acceso. Esta noche hemos tenido tambien iluminacion de cocuyos y una serenata que Liberato nos ha dado con su caramillo, instrumento formado de tubitos de caña juxta puestos, como los que usan en España los castradores de oficio, ~~por lo general franceses,~~ para anunciar su presencia en las poblaciones donde puedan necesitar de su terri-

ble ministerio, para la mutilación de ciertos ani-  
malos.

Sábado, 28 de Enero.

El estado de la salud del D.<sup>o</sup> nos da ~~mu~~ mu-  
chas esperanzas por haberse levantado completa-  
mente limpio de fiebre. Él fué el primero que  
nos estimuló á seguir adelante; y así fué que des-  
pues de administrarle algunos medicamentos, lo  
dispusimos todo para la partida.

Esta se verificó á las nueve y media de  
la mañana, tomando la direccion S. E. hácia  
el rio Luda, término de nuestra jornada.

Despues de pasar un pequeño arroyo, atrave-  
samos el Sorrento, de cristalinas aguas, más ade-  
lante otra quebrada de aguas no ménos puras  
y transparentes, y en seguida empezamos la as-  
cension de una gran cuesta, desde cuya cumbre se  
descubre hácia el E. una extension inmensa de  
la serrania. Descendimos luego á un valle pro-  
fundo con un arroyuelo en su fondo y cerca de él  
un tambo llamado el Rancho, escondido entre una ro-  
za no muy extensa. En el rancho habia una mujer,  
dos niños pequeños y algunas gallinas y pavos comunes.

La palidez y demacración de aquella infeliz madre y de las pobres criaturas que la acompañaban dan claro indicio de que aquel lugar es <sup>o muy</sup> malsano y, <sup>de</sup> que más ó ménos tarde hará sucumbir á su influjo maléfico aquellas pobres víctimas, acaso heridas ya por la mano de ~~la~~ muerte. ~~prema~~  
~~tura.~~

Al pasar luego otra quebrada, que corre de N. á S. como las anteriores, nos rodeó un numeroso enjambre de mosquitos, que en vano tratábamos de alejar, agitando á un lado y otro nuestros pañuelos. Las mulas sacudían sin cesar la cola y las orejas, tratando de librarse de la plaga; pero todo era inútil: los insectos nos perseguían con tal ensañamiento y tan furioso encono, como si nuestro paso por aquel lugar fuese para ellos una agresión intolerable. ~~perdonable.~~ Al fin nos abandonaron, aunque no todos, al alejarnos de aquella hondonada funesta, y ya pudimos gozar de algun reposo.

Huyendo de enemigos tan implacables, me habia yo adelantado algunos kilómetros de mis compañeros. Mi fiel Bogotá corría delante de mi mula, huyendo tambien del implacable y comun

enemigo; de cuando en cuando su instinto de ca-  
zador le obligaba á internarse á un lado u otro  
por entre la selva, donde levantaba ya las per-  
dices y parvas, ya los pajiños <sup>los</sup> y monos, que huían  
chillando hacia el centro de los ~~bosques~~.

Al pasar una quebradita se internó como de  
costumbre por la derecha, con el hocico en el sue-  
lo y moviendo la cola, siguiendo al parecer el  
rastreo de algun animal oculto. De pronto, lo veosa-  
tir al camino, huyendo con la cola entre las patas,  
erizado el pelo del lomo, y lanzando un sordo la-  
drido. En esta actitud temerosa se dirigió hacia  
mí, volviendo atrás la cabeza como si un grave  
peligro le amenazase. En efecto, habia llegado á  
la cama de un tigre, por fortuna demasiado jó-  
ven, que á su vez se levantó asustado, y huyen-  
do como el perro, atravesó el camino de derecha  
á izquierda, como á ~~veinte~~ <sup>ó cuarenta</sup> metros de distancia.  
Yo, que desde el primer momento habia prepa-  
rado mi escopeta, le tiré, aunque inútilmente,  
cuando ya se ocultaba, y él continuó alejándose,  
segun pude calcular por el ruido que poco á po-  
co se fué perdiendo entre la maleza.

Camino de los Llanos



J.S.A.

Encuentro con un tigre.



Más adelante nos volvieron á acometer de nuevo los mosquitos; pero su persecución duró menos que la precedente.

Entramos despues en un terreno algo más llano, donde la selva toma mayores proporciones; de pronto una enorme algazara producida por agudos chillidos me hizo levantar la cabeza hácia la copa de los árboles más corpulentos: era una legión de monos grises, llamados en el país churucos, que se divertia á mis espaldas, lanzándome al paso <sup>x ramas secas y</sup> puñados de semillas de los mismos árboles, gritando sin cesar y haciendo mil gestos y contorsiones.

Por algunos momentos sostuvose una terrible lucha entre el instinto de destrucción, ~~excitada~~ <sup>de fastidio</sup> por la curiosidad, y ~~un~~ <sup>de fastidio</sup> sentimiento ~~de fastidio~~ <sup>hacia</sup> aquellos pobres seres inofensivos: al fin el mal triunfó del bien, como sucede casi siempre; dirigí hácia ellos los cañones de mi escopeta; salió una bala y atravesó el brazo de un pobre mono, que, á pesar de la herida huyó saltando de árbol en árbol, chillando sin cesar de un modo lastimero y asiéndose de las ramas con la

otra mano, las dos patas y la cola prensil y de una gran fuerza. ~~Un sentimiento de dolor y de~~  
<sup>Entonces,</sup>  
~~enojarse~~ contra mi mismo, ~~me hicieron~~ comprender que aquella agresión ~~hacia~~ no era un hecho inocente, y desisti de ~~la~~ persecución como de un mal pensamiento, á lo que contribuyeron no poco los demás churucos, que agrupándose al rededor de su compañero herido, querian como ayudarle á saltar y hacian coro á sus dolorosos lamentos.

Me alejé de allí profunda y desagradablemente impresionado, y á las cuatro y media de la tarde llegué, el primero, al tambo, que dista <sup>apenas</sup> ~~menos de~~ un kilómetro del <sup>rio</sup> Duda, y que se levanta en medio de un desmonte reciente junto á <sup>un arroyuelo.</sup> ~~una pequeña quebrada.~~

Poco despues llegaron mis compañeros ~~con~~ <sup>con las cargas,</sup> las cargas y los criados, trayendo un morrocoy, ~~especie de~~ galápago ó tortuga terrestre, de grandes dimensiones, que debía servir para una de nuestras comidas.

Mientras se preparaba la de este dia, el jóven Sáenz y yo, movidos por el deseo de ver el Duda,

7.º  
 cuyo profundo cauce nos habian ponderado,  
 nos dirigimos á él por el sendero que habiamos  
 de llevar al dia siguiente, hasta <sup>encontrar</sup> ~~llegar~~ a un  
 puentecillo que sirve de paso.

Para llegar hasta allí, hay que bajar una  
 cuesta estrechísima y muy pendiente, donde  
 hay <sup>algunos</sup> trozos de barrizal profundo y otros de  
 esquisto <sup>arcilloso</sup> ~~de pizarra~~, donde se da un resbalón  
 á cada paso. ~~que se adelanta.~~

A la izquierda hay muchas piedras amig-  
 daloidicas entre las capas de arenisca ó aspe-  
 ron que forman el terreno.

El cauce tiene por aquel lado una profun-  
 didad de diez y seis metros hasta la super-  
 ficie del agua y tres más hasta el fondo. La  
 corriente es bastante tranquila y el agua muy  
 limpia y transparente.

La excavación de este cauce, que se ensan-  
 cha de arriba abajo desde noventa centímetros,  
 que tiene el puente, hasta unos diez metros  
 que tendrá en su parte más profunda, indica  
 que la roca de conglomerado <sup>arenisco</sup> es más dura en  
 la superficie que en la parte inferior, ó que de

algun tiempo acá se ha aumentado ~~por alguna~~  
~~su agregacion y de una manera considerable~~  
el volumen de la corriente que <sup>^ la socava.</sup> ~~trabaja la roca.~~

Al acercarnos, sentimos en aquellas conca-  
vidades, cubiertas por la maleza, una especie  
de bufidos de gato, acompañados de ese sonido  
gutural que producen cuando pelean unos  
con otros ó se les persigue donde no encuen-  
tran salida: ~~esto~~ Eran los quíacharos,  
aves ~~se~~ nocturnas, que viven siempre en los  
lugares cavernosos, ~~esquivando~~ <sup>(1)</sup> como los mur-  
ciélagos la luz del día. En vano tratamos de  
hacer salir á alguno de ellos, lanzando pa-  
los y piedras en aquellos oscuros antros; solo  
percibimos el ruido <sup>del batir</sup> de sus alas contra las ro-  
cas y el bufido con que acompañaban la cai-  
da del objeto que turbaba el reposo de sus te-  
nebrosas guaridas.

Al oscurecer regresamos al tambo, don-  
de encontramos la cena dispuesta. Compe-  
níase esta del desventurado sancocho indio,  
para mí tan repugnante. Formé un poco de  
chocolate con algunas galletas.

---

(1) En otras comarcas del mismo país se llaman quapases.

61.

El D.<sup>r</sup> se quejaba naturalmente de debilidad y de cansancio. Administrósele un poco de caldo de morrocoy; suspendiéronse nuestras hamacas y nos entregamos todos al sueño.

Domingo, 29 de Enero.

Las comidas que veníamos haciendo, desde nuestra salida de Colombia, excepto cuando matábamos algunas aves, eran tan poco simpáticas á mi estómago como á mi paladar y á mi olfato. Esto me tenía ligeramente indispuerto, ~~pero~~ con justísimo temor de que la indisposición se agravase, ~~y~~ precisamente en donde no era posible encontrar humano recurso; así es que, cuando se emitió por el Sr. Michelsen la idea de permanecer un día más en las orillas del Duda, <sup>me opuse</sup> ~~la combatí~~ abiertamente, ~~no tanto por mi comodidad, como~~ <sup>con todas mis fuerzas, no solo por mí mismo, sino</sup> por el anciano doctor, aún muy delicado, y á quien debíamos sacar cuanto antes de aquella atmósfera maléfica y llegar á lugar ~~más~~ poblado, donde en caso de necesidad se encontrasen mayores medios de combatir su dolencia. De mi propia opinión era el D.<sup>r</sup> Cuervo; pero no quería contra-

riar en manera alguna á los dos jóvenes, y se resignó con su suerte, á pesar de que las nubes de gégén no nos dejaban un instante de reposo, aun adoptando como defensa caretas de gasa y guantes de algodón, que en aquella elevada temperatura llegaban á hacerse ~~casi~~ insuportables. Yo me resolví á seguir adelante con mis criados y á esperarlos en el primer punto donde hubiese siquiera ménos incomodidades, pero Gabriel, que se habia alejado con la escopeta muy de mañana, no parecia, y esta contrariedad me hizo resignarme tambien á pasar otras veinticuatro horas en aquel infierno abreviado. Gabriel volvió al fin cerca del medio dia, sin encontrar pieza alguna de caza. Hicimos ~~para~~ nuestro almuerzo <sup>con</sup> ~~de~~ plátanos verdes y carne seca, y enviamos algunos peones con la tarraja en busca de pescado, Gabriel se volvió al monte con la escopeta, Michelsen y Saenz se fueron á ~~buscar plantas y flores,~~ <sup>herborizar,</sup> y el Dr. y yo nos quedamos tendidos en nuestras hamacas, buscando inútilmente en el sueño algun alivio á tantas penalidades.

67.

Nuestros jóvenes compañeros regresaron al tambo á las cuatro de la tarde con algunas plantas y muestras de maderas, y un mono, de la especie de los churucos, tan viejo que no tenia ya ni un solo diente. El pobre animal habia recibido ántes de caer unos cuantos balazos, que le habian agujereado el cuerpo en todas direcciones; así es que su cadáver inspiraba á la vez horror y ~~lastima~~ <sup>lastima</sup>. No obstante, el joven Saenz emprendió su disección y la llevó á cabo en ~~algunas horas~~ poco tiempo.

Más de las seis eran ya; la noche estaba bastante oscura, y sin embargo el cazador y los pescadores no regresaban. Esto nos tenia con bastante cuidado, por temor de que se hubiesen extraviado en el bosque, y empezamos á gritar con todas nuestras fuerzas y disparamos algunos tiros, para que les sirviesen de señal, si no se hallaban muy distantes. Al poco rato sentimos voces hácia la parte del río, y media hora despues llegaron todos al tambo con una pava, más de cincuenta peces, y una culebra taya ~~las~~ ~~llamadas~~ <sup>iguís</sup>, que estuvo á punto de morir.

der á los exploradores. Con los nuevos recursos tuvimos una cena opipara, dejando una buena parte para el almuerzo del dia siguiente.

El termómetro que habia subido hasta  $36^{\circ}$  descendió durante la noche á  $13^{\circ}$ ; lo que nos hizo experimentar un frio excesivo que nos molestó mucho.

Lunes, 30 de Enero.

Almorzamos temprano, y salimos todos á las siete y media de la mañana, subiendo una corta pero muy difícil cuesta á la orilla izquierda del Duda. Seguimos despues por un terreno bastante llano con selva alta y espesa y pasamos varias quebradas cuyas aguas corren en general de O. á E. La lluvia empezó á caer á poco de nuestra salida; pero el bosque era tan compacto que apenas caia al suelo una gota; de modo que puede decirse que caminábamos protegidos por un inmenso toldo. Pero lo mismo que en un principio nos evitó mojar nos, sirvió más adelante y cuando cesó la lluvia, para que tuviesemos que acudir á nuestros ca-



potes de goma; porque tan pronto como pasaron  
 las nubes, empezó á correr un fuerte viento, que  
 sacudia las copas de los árboles, haciendo caer  
 en gruesos goterones el agua detenida en las ho-  
 jas; razón por la cual puede decirse sin faltar  
 á la verdad más estricta, que sufrimos lllu-  
 via sin mojarnos y nos mojamos completamen-  
 te ~~sin lluvia~~ cuando ya no llovía.

Después de pasar otra quebrada, entramos  
 de nuevo en terreno más escabroso; la selva  
 era gigantesca, y habíamla escogido por morada  
 muchos monos de piel amarilla, que se colum-  
 piaban en lo más elevado de las ramas, sal-  
 tando de unas en otras, siempre sobre nosotros,  
 castañeteando los dientes y haciendo <sup>muecas</sup> que exci-  
 taban nuestra risa, no excitandola tanto otras  
 lindexas, que ~~por lo raras~~ no son para referirse  
 y que prodigaban hasta el punto de tener que  
 espantarlos, disparando ~~una~~ tiros al aire. Me cria-  
 do Gabriel, que se había adelantado conmigo,  
 quería tomar ~~una~~ venganza más enal de  
 aquella especie de desacato, pero ~~que~~ se lo prohibi  
 terminantemente.

A eso del medio día pasamos por un puen-  
teillo rústico otro riachuelo de cauce aun más  
profundo que el del Duda, pero menos <sup>tene-</sup>~~oscuro~~  
broso. La lluvia, que siguió entonces arrojando,  
nos puso tan resbaladizo el sendero, que nos  
obligó á acortar mucho el paso, á lo que contri-  
buían también los accidentes del terreno cubier-  
to de colinas gredosas, donde decrece la selva y  
se halla de trecho en trecho algunos <sup>arroyo</sup>~~quebrados~~  
con cuevas muy pendientes y ocasionadas á  
continuos resbalones.

Como dos tercios de nuestra jornada lleva-  
riamos andados, cuando encontramos un tam-  
bo pequeño á orillas de <sup>otra corriente</sup>~~un arroyo~~, y en él un  
hombre ocupado en derribar árboles y en dis-  
poner otra estación ó descanso para los gana-  
dos y transeuntes. Aquel lugar se llama Las  
Pailas, y aquel hombre vive allí casi siempre  
~~solitario~~, luchando con una naturaleza tan po-  
derosa como su resignación, mal alimentado y  
casi desnudo; y á pesar de todo, vive contento  
y no parece desear mucho el trato con sus se-  
mejantes. De este ser desgraciado que ocupa ~~por~~

~~decirlo así~~, un término medio entre la civiliza-  
 ción y la barbarie indígena, nadie <sup>se conduce,</sup> ~~tiene~~,  
~~derecho de condolese~~, porque con un puñado de  
 reales se paga su trabajo; y sin embargo, es mu-  
 cho más infeliz que los que cuentan por úni-  
 co recurso el arco y las flechas, porque éstos  
 á lo menos viven en familia y tienen afec-  
 nes y goces de que aquel se halla completa-  
 mente privado.

A poca distancia de allí empezamos á  
 encontrar muchos conos ó ridos de termes y  
 otros grandes montones de tierra, que á veces  
 embarazaban el camino y que estaban formados  
 por los numerosos enjambres de hormigas, lla-  
 madas arrieras, que hacen sus trabajos de esca-  
 ración con extraordinaria celeridad y de pro-  
 porciones verdaderamente pasmosas.

Penetrando despues en un monte de más  
 espeso <sup>follage,</sup> sentimos varias veces el rugido del ja-  
 guar y la puma, tigre y leon americanos, que  
 dormidos quizás cerca del camino, protestaban  
 así de nuestra invasión en aquellas selvas so-  
 litarias, donde han vivido mucho tiempo sin

ser inquietados por el hombre.

A las tres de la tarde llegamos al término de nuestra jornada, alojándonos en un tambo recién construido á orillas de un claro riachuelo llamado de Las Piedras, que corre de N. O. á S. E. Allí se está empezando otra roza con el mismo objeto que las anteriores, ocupándose en este trabajo seis hombres, que á pesar de su escaso y mal alimento, derriban al día más de trescientos árboles.

Gabriel, que se había quedado rezagado maliciosamente, llegó una hora después con algunos de los peones, conduciendo dos parvas, dos monas hembras inmoladas á impulsos de su venagativo plomo y un pobre monito, que había caído por fortuna ileso, abraçado al cadáver de su madre, y á quien desde luego dimos el nombre de Perico. Lástima daba de ver á aquel infeliz animal, á quien <sup>costaba trabajo</sup> ~~no era posible~~ desprender de la que antes lo alimentaba, buscando en su frío pecho lo que ya no podía encontrar y haciendo los mismos extremos de desesperación que pudiera hacer una criatura humana <sup>al</sup> encontrarse.

~~en~~ en iguales condiciones.

Liberato arrancó diestramente la piel á una de las monas y la otra la dejamos sin desollar para que sirviese de estéril consuelo al desgraciado monito, cuyos lamentos no nos hubiesen dejado dormir sin apelar á aquel recurso.

La noche fué de continua lluvia y truenos espantosos. El monito la pasó sin chistar al pie de un árbol, cobijado por el frío cuerpo de su madre y agarrado al pecho como si estuviese viva.

### Martes, 31 de Enero.

A pesar de la lluvia, que no cesaba, salieron á las siete con las cargas los criados y peones, conduciendo también sobre una de ellas el monito huérfano, á quien todos empezábamos á cobrar mucho cariño, y que, separado por fuerza de los restos de su madre, se contentaba con ir estrechamente abrazado á la piel de la otra mona.

Ya nosotros íbamos también á montar en nuestras mulas, cuando la del D<sup>o</sup>, tomando carrera se lanzó al río, lo atravesó con una celeridad

increíble y siguió á trote largo por el camino que habia andado en el <sup>dia</sup> ~~camino~~ anterior, saltando quebradas y barrizales.

El sr. Michelsen y un criado salieron á alcanzarla, y gracias á sus buenas mulas, volvieron con la fugitiva al cabo de una hora. A las ocho emprendimos nuestra marcha por un sendero aun más trabajoso y ~~resbaladizo~~ <sup>escarpadizo</sup> que el del día precedente, bajando algunas quebradas de una manera tan original como peligrosa, que el Dr. llamaba bajar en abreviatura, y que hubiera sido del todo imposible con animales menos acostumbrados á un ejercicio tan difícil como penoso. Figúrese el lector un plano sumamente inclinado, á veces de muchos metros de extensión, á cuyo extremo hay que descender resbalando, porque el casco de las mulas no encuentra un solo punto de apoyo. Pues bien, estos animales dotados de prodigiosa agilidad y fuerza, y amestrados por el instinto y la costumbre, cuando llegan al borde superior de uno de estos planos, se dejan caer sobre el cuarto trasero, extienden las patas delanteras hácia delante, y así se aban-

donan al impulso de su propio peso, hasta llegar al fondo, donde suelen quedar medio enteradas en el agua ó el barro. El jinete no tiene que hacer otra cosa que echarse cuanto sea posible hácia atrás y guardar bien el equilibrio, so pena de caer en el descenso y ser arrastrado por su cabalgadura, con peligro inminente de romperse algun miembro ó quizás de morir estrujado. En cuanto á la subida, las mulas son tan ágiles, que trepan apoyando solamente el filo anterior del casco, único modo de no resbalar, ~~se~~ porque entónces la caída seria infinitamente más peligrosa tanto para ellas como para el jinete.

Ahora bien, puede considerarse lo que sufriríamos en ésta y en la anterior jornada, teniendo que atravesar más de veinte pasos de riachuelos, quebradas ó arroyos con tan inmensas dificultades, llevando <sup>solo</sup> de equipaje, ~~se~~ nueve cargas y nuestras cinco mulas de silla. Y todo ello, debemos decirlo con franqueza, ya que en otro lugar tributamos justas alabanzas á los constructores del camino; todo ello por evitar el gasto insignificante

de colocar algunos puentes rústicos, que importan  
rían solo la mano de obra, porque los materia-  
les son abundantísimos y sobran por donde quiera,  
pero se conoce que no han mirado con interés  
sino las dos o tres primeras jornadas saliendo  
de Colombia, y el resto lo han abandonado com-  
pletamente, contentándose con indicar por donde  
puede abrirse la vía.

Hoy hemos encontrado bastante variedad  
en la selva. Crecida en los terrenos llanos, cede  
en proporciones en las colinas un tanto arenosas,  
y empieza a notarse la menor elevación de los  
montes a medida que se avanza hacia los pri-  
meros estratos de aquella parte de la cordillera.  
En algunos cerros las palmas de todas clases abun-  
dan mucho y escasean los árboles, mientras en  
los terrenos bajos y en las llanuras intermedias  
los árboles son más elevados y numerosos.

Como a la mitad de la jornada encontra-  
mos un tambo <sup>ya medio construido,</sup> y próximo a él un corral, que  
está esperando su desmonte. Este lugar se lla-  
ma Atquerido y se halla por hoy completamente  
deshabitado.



67.

Cerca de él pasamos otro arroyuelo; despues el rio Fure, cuya orilla izquierda seguimos, cambiando nuestra primera direccion, que era al E., por la del N., cuando eran ya las tres de la tarde. En ambas márgenes de este rio hay muchos y grandes grupos de elevadisimas guaduas que le dan un aspecto sumamente agradable y pintoresco.

Despues de atravesar varias quebraditas, que contribuyen á aumentar la corriente del Fure, pasamos por un estrecho puente el Caure, algo más caudaloso y de cauce estrecho y profundísimo, que se abre á corta distancia á la derecha, sobre una playa pedregosa.

Subimos luego, no sin peligro una cuesta muy empinada al borde de un gran derrumbadero, y seguimos al N.O. llegando ántes de las cuatro á las orillas del Güéjar, que por la creciente estaba invadible.

En aquel sitio hallamos solo una pequeña y casi deruida cabaña, donde no podíamos en manera alguna albergarnos. Fijamos nuestra tienda en la orilla derecha del rio; cenamos con

un pañito de dos, macho y hembra, que Gabriel había cazado; dejamos el otro para el día siguiente, ~~disecando las cabezas de ambos, que en sero, por ser muy hermosas,~~ y nos acostamos, durmiéndonos al arrullo de una abundante y desconsoladora lluvia.

Perico, que se iba ya familiarizando con nosotros, comió también un poco de plátano maduro y una galleta mojada en chocolate y se entregó al sueño, teniendo abrazada estrechamente la fría piel del individuo de su familia.

Miércoles, 1.º de Febrero.

Como habíamos tenido la fortuna de que el Dr. Cuervo se mejorase pronto, pudimos levantarnos de madrugada para salir muy temprano. El río no había bajado desde el día anterior sino unos diez ó doce centímetros, y era indispensable verificar nuestro paso, antes que volviese á crecer con la lluvia de la noche.

Mientras se acababa de disponer el almuerzo, fuíme á la orilla del río, por si lograba matar una nutria que desde la tarde anterior andaba en una isteta próxima. El animal apa-

reció en efecto, pero completamente fuera de tiro, y para pasar á la isla, era necesario haberlo desnudándose y con el agua á la cintura. No pareciéndome que el animal, aun en el caso de que esperase, merecía la pena de tanto sacrificio, me entretuve en verlo pescar desde lejos y en coger algunas mariposas de un color amarillado rodeado con festón negro al rededor de las alas.

No eran todavía las siete, cuando habíamos almorzado ya todos, y se empezó el paso por las cargas que, una á una, y con dos peones desnudos de custodia, iban á lomo de las mulas más altas, y aun así se mojaron todas al atravesar el centro de la corriente. Concluido el paso de las cargas, pasamos nosotros casi de rodillas sobre las monturas y dándonos, á pesar de eso, un baño de pies, ó mejor dicho, de piernas, que nos obligó á mudarnos de calzados, al llegar á la otra orilla. Todo terminó con felicidad á poco más de las nueve, y á esa hora emprendimos nuestra jornada en dirección al E, observando en aquella márgen del Guájar algunos grandes trozos de roca <sup>de conglomerado brechiforme.</sup> ~~formados de guijo y conglomerado.~~ Desde

La misma orilla del río arranca una cuesta más suave que la mayor parte de las anteriores, y en la que, al abrir el camino, se ha hecho un ancho desmonte, que hoy se halla cubierto de gramíneas. Las mulas, que en las dos noches precedentes no habían tenido más pasto que un poco de maíz seco y algunas hojas de palma y chusque (1) que á duras penas encontraban en el bosque, se detenían, á pesar nuestro, á tomar algunos bocados de aquella yerba fresca, que para los hambrientos animales era una tentación continua. Si hubiésemos tenido la suerte de poder pasar en la tarde anterior el río que nos detuvo, las pobres bestias hubieran podido desquitarse del ayuno forzoso que habían sufrido en la noche del lunes; pero nuestra detención obligada les había impuesto un día y una noche más de abstinencia; así es que no podíamos mostrarnos con ellas muy exigentes, y las dejábamos que fuesen poco á poco recuperando las fuerzas perdidas.

---

(1) Chusque: caña del país que abunda mucho en las montañas. Es maíza y tiene los nudos muy desarrollados

64

Segun ibamos subiendo las colinas arenosas, en que por aquella parte van á morir al llano las ásperas sierras que dejábamos á la espalda, el bosque decrece considerablemente y los árboles de mediana altura toman un aspecto ménos sombrío. Pasamos por fin las últimas quebradas de barro gredoso, donde la selva vuelve á adquirir sus colosales y agrestes formas, y á las diez en punto, yo, que me habia adelantado ansioso algunos kilómetros de mis compañeros, salí á terreno limpio donde concluye el bosque cerrado y puede extenderse la vista sobre un ancho horizonte. En el límite de la selva hay un tambo llamado San José y un corral de guaduas para encerrar el ganado. Entre el Llano, propiamente dicho, y aquella vivienda, entonces solitaria, se extienden algunas colinas y cerros de bastante elevación, de terreno rojizo cubierto de altas gramíneas y sembrado por todas partes de piedras rodadas, recuerdos sin duda de la remota época geológica que la Escritura describe de un modo tan gráfico, cuando dice que "la tierra estaba vacia y el Espíritu de Dios era lleva-

do sobre las aguas <sup>4</sup> ~~X~~.

Al salir de la selva, donde por tantos días habíamos respirado una atmósfera pesada y húmeda, al sitio donde el aire puro circulaba sin obstáculos y la luz se difundía por todas partes, dilatáronse mis ojos para gozar de aquel don divino y ensancháronse mis pulmones comprimidos por tanto tiempo bajo el espeso manto vegetal que por donde quiera nos <sup>abrumaba.</sup> ~~redaba.~~

Los primeros seres que encontré a mi paso y que parecían saludar mi llegada como la de un amigo, fueron el saltador é inquieto fringillo (1), de almendrado pico y negro plumage, la simpática y diminuta tórtola llamada abuelita y el desgarrado zamuro, cuyo rey, posado tranquilamente sobre un arbusto seco, nos vió pasar á corta distancia, sin dignarse variar de actitud, por temor ó por curiosidad siquiera.

---

~~Gen. cap. I. ver. 2.~~

(1) Ave de plumage negro, que se alimenta exclusivamente de insectos y vive solo en las tierras calientes y templadas. Es del tamaño de un mirlo, y el mismo que en las Antillas lleva el nombre de judío.

Las nubes que templaban el calor habitual de aquellas inmensas llanuras, corrían de la parte del E. donde aparecían arremolinadas. En los valles profundos y junto al lecho de los arroyos las gramíneas eran substituídas por graciosos grupos de árboles cubiertos de flores amarillas y blancas, azules y rojas, de una variedad infinita.

La senda, oculta á veces entre los pajonales, cruza las primeras colinas, y un poco más allá aparece el Llano, que para ser más bello, no tiene la monotonía de las extensas sabanas desprovistas de arbolado; sino que se compone de una serie de planicies más ó ménos espaciosas, á que sirven de marco graciosas y tupidas fajas de árboles corpulentos, que cubren las quebradas y arroyos y hasta las corrientes pluviales, descollando sobre las más elevadas copas los elegantes penachos de infinitas clases de palmeras, colocadas allí por la mano de Dios, para dar á aquellas franjas de bosque un aspecto más variado é interesante.

El terreno rojizo de que están cubiertas las llanuras es de una fecundidad prodigiosa y se halla tapizado de una tan densa capa de fresca

y menuda yerba, que en solo la extensión que abarca la vista habria para alimentar millones de herbívoros de todas especies.

Al contemplar aquellas inmensas llanuras, en su mayor parte solitarias, que comprenden millares y millares de leguas de fértil y privilegiado suelo, capaz de contener holgadamente ~~una gran parte de~~ <sup>una gran parte de</sup> toda la población de Europa, se contrasta el ánimo, pensando en las sangrientas luchas sostenidas hoy entre dos pueblos que se llaman civilizados, por la posesión de algunas hectareas de tierra, disputadas con cruel encarnizamiento y en nombre de una civilización que se dice cristiana.

Y entre tanto, aquí yacen incultas comarcas inmensas, que, fecundadas por el trabajo de los que allá sucumben por la bárbara acción de los más perfectos aparatos de guerra, producirían para la humanidad beneficios incalculables.

Pero, ah! este país, tan extenso como fecundo, cruzado por anchas arterias, navegables todas, desde <sup>la falda de la cordillera,</sup> ~~de las montañas al estadalena,~~ regado por el



71.

~~Quinaca, el Abeta y el Guayabero, sus princi-  
pales afluentes por la orilla izquierda, y otros  
muchos más, que servirían para fáciles y prontas  
comunicaciones, permanecerán, Dios sabe hasta  
cuándo, bajo el estéril dominio de las tribus sal-  
vajes que habitan sus riberas, compartiendo su  
poder con el león, y el tigre y los reptiles porro-  
ñosos que pueblan sus bosques, y el boa, la ba-  
billa y el caimán, dueños de sus lagunas y de  
sus más caudalosas corrientes.~~

Poco después de las once, las nubes que ha-  
cía el E se habían ido agrupando; aranza-  
ron á impulsos de un fuerte viento, y empezó á  
caer una menuda lluvia que pronto se convir-  
tió en copioso aguacero. El agua descendía en  
verdaderos torrentes; y el huracán desencadena-  
do rugía con una furia espantosa, levantando  
nuestros capotes, que en vano tratábamos de man-  
tener en posición defensiva contra aquel dilu-  
vio improvisado.

Yo había visto y sufrido aguaceros enormes  
en Europa y América; pero no hubiera tenido  
una idea, siquiera aproximada de lo que es

un invierno<sup>(1)</sup> en los Llanos, á no haber sido victi-  
ma del que en este día nos penetró hasta los  
huesos, á pesar de todas nuestras prevenciones.  
Aquello no era verdadera lluvia cayendo gota  
á gota, sino chorros continuos como si se hubiese  
levantado en el aire un profundo mar para caer  
desplomado sobre nosotros. El terreno literalmente  
cubierto de agua por todas partes, se convirtió de  
pronto en un lago, por donde íbamos caminan-  
do á ciegas, fiados en el instinto de las mulas,  
que á veces inclinaban la cabeza al suelo rehu-  
sando seguir adelante. Por cada vallecito corría  
un arroyo; por cada quebrada un río, y á ca-  
da paso estábamos temiendo que nos llegase á  
detener algún torrente invadible. Si por un mo-  
mento se aplacaba el furor de aquella tempes-  
tad horrible, era para volver de nuevo con fuer-  
zas dobladas. Los peones se improvisaron para-  
guas con las hojas de la palma llamada

---

(1). Llámase aquí invierno á toda temporada  
de lluvias.

Accidente meteorológico

36.



J. M. G. de A.

Horrible aguacero á nuestra entrada en los llanos de S. Martín. 1.º de Febrero de 1871.

moriche (1), pero el viento no se los dejaba parar mucho tiempo, y tenian que resignarse á sufrir el rigor de la lluvia.

Dos de las mulas cayeron con la carga al pasar un arroyo; y una de ellas estuvo á punto de perecer ahogada. Aquella situacion llegó á hacerse espantosa. Por fortuna hacia ya mucho tiempo que no llovía en el llano, y pronto la tierra sedienta absorbió la mayor parte del agua que habia caido. Sin esa circunstancia, el primer arroyo nos hubiera impedido seguir adelante.

A la una y media llegamos á un tambo llamado Acaisias, nombre de un arroyo que pasa cercano. Al llegar allí, el aguacero habia mitigado su furor y pudimos atravesar la corriente.

Yo, que habia llegado ántes que todos, me guarecí en la choza, mientras mis compañeros llegaban, contemplando con placer un espec-

---

(1) Esta palma abunda mucho en los Llanos y tiene sus hojas en forma de abanico.

táculo tan nuevo, como descado por mí, desde que emprendí mi viaje: en el tambo encontré cinco indios, una india y un muchacho de una tribu vecina, en el estado de la naturaleza. Los hombres y el muchacho estaban completamente desnudos, excepto sus partes vergonzosas, que llevaban cubiertas con un trozo de corteza de árbol, ~~que~~ que ellos llaman *tataja*, y en otras tribus se llama *quayuco*. La mujer llevaba un pedazo mayor de la misma corteza, <sup>llamada *furquina*,</sup> con que se cubría una parte del pecho y el resto del tronco hasta la mitad del muslo, pero como la tela estaba abierta por un lado y sujeta por el otro al hombro con una cuerda, al menor movimiento descubría lo que al parecer pretendía ocultar con aquella inútil cobertura. Sin embargo, la intención por sí sola manifestaba un sentimiento de pudor no desconocido en el otro sexo. Pidiéronme en su lengua algunos <sup>cigarros,</sup> ~~tabacos,~~ y pude satisfacer sus deseos, gracias á uno de los peones que me sirvió de intérprete.

---

(1) ~~*Tataja*, corteza de un árbol de la familia de las *Myrtaceas*, *Jaguas*, cuya corteza interior es muy tupida y flexible.~~

Tipos colombianos



Familia de indios chiriguano en viaje. Llanos del S. Martín febrero de 1871.

73.  
Salimos de allí cuando casi había cesado la lluvia, dejando detras algunas cargas con los criados y un peón práctico en el terreno.

A algunos kilómetros de la cordillera que acabábamos de abandonar, nace otra casi perpendicular á aquella, que se extiende de N. O. al S. E. á una gran distancia, inclinándose luego hacia el O. é ingresando en el territorio del Caquetá, en su mayor parte inexplorado. Entre la falda oriental de estas montañas y unas colinas arenosas que mueren en el Llano, corre el Güejar ya mucho más caudaloso. Por su falda occidental ~~passa~~ se el Guayabero, cuyo territorio está hoy exclusivamente poblado de tribus salvajes. En tiempos de la colonia tuvo cerca de sus orillas una población llamada la Concepción de Arama, cuyos habitantes se fueron replegando hacia los Llanos de S. Martín, donde fué muriendo por consunción, como otras muchas poblaciones de aquella época. Personas que se decían bien informadas, me aseguraron que aun existen sobre aquel caudaloso río, <sup>restos de</sup> un puente de piedra fabricado por los españoles.

La montaña á que me refiero fué sin du-  
da bautizada por algun sevillano con el nom-  
bre de la Macarena, que conserva todavia,  
á causa de una gran escotadura llamada  
la puerta, por donde sin duda <sup>atravesaron algunos de</sup> ~~penetraron~~  
aquellos titanes, quizás en sus exploraciones <sup>en busca de El Dorado.</sup>  
~~las primeras exploraciones.~~ Estas montañas  
deben contener mucho oro y otros varios me-  
tales, segun las muestras que se hallan más  
abajo en las orillas del Güéjar.

Á las cuatro y media de la tarde llega-  
mos por fin á una rancheria ó hacienda lla-  
mada la Paloma, propiedad de D. Pedro  
Hernandez, donde se nos recibió con mucho  
agasajo. Al llegar, nos dimos un baño <sup>afición con</sup> de aquar-  
diente; nos mudamos de ropa, cenamos con  
gran apetito, y nos tendimos en nuestras ha-  
macas, suspendidas en la pieza principal que  
aquella amable y numerosa familia nos cedió,  
como si fuésemos todos antiguos amigos.

Las cargas, los peones y los criados llega-  
ron algo más tarde, y con ellos los indios  
que habíamos dejado en Acasias.



74.  
Jueves, 2 de Febrero.

He salido muy de mañana á recorrer los alrededores del caserío en que habitamos, hecho según el tipo general de los de todos los llaneros. Estas casas suelen tener tres dependencias, ~~principales~~, separadas entre sí por una distancia de algunos metros. La primera y principal de todas, que es la habitación de la familia, se compone de una gran pieza levantada sobre estacas, que sostienen un ligero tabique hecho de barro y trozos de guadua ó palmera abiertas al hilo. Sobre estas estacas, muy gruesas y de maderos toscos y duros, descansa la techumbre, formada de maderos más delgados y <sup>rectos</sup> ~~gruesos~~, tendidos <sup>á dos ó</sup> á cuatro aguas y sobre ellos colocada con notable seguridad y simetría una espesa capa de hojas de la palma llamada moriche, que se abre en forma de abanico, en la misma disposición, aunque de mucho mayor tamaño, que la palma común que <sup>á tanto abunda y tantos usos tiene</sup> ~~se emplea para hacer estacas~~ en las provincias meridionales de España. Las tirantas, que sirven para sostener

y ligar entre sí los pies derechos y la arma-  
ción de la techumbre, sobresalen de las paredes  
<sup>cerca de</sup>  
~~por lo menos~~ un metro, y sus puntas sostie-  
nen el grande alero que impide á las aguas  
pluviales humedecer y dañar el edificio. La  
pieza á que me refiero está casi siempre divi-  
dida por otro tabique en dos partes desigua-  
les: la mayor está destinada á depósito de  
herramientas y objetos más necesarios, y á  
veces contiene <sup>un sobradillo ó zarzo</sup> una especie de granero elevado,  
<sup>donde se guardan</sup>  
~~para~~ ~~conservar~~ el maíz, el arroz, el café y las  
tortas cuadradas de azúcar, llamadas pane-  
las, que envuelven en hojas de plátano y  
constituyen una parte esencial de su alimen-  
to. La porción más pequeña está destinada  
á dormitorio de la familia, donde unos pa-  
san la noche en hamacas de cuerda llama-  
das chinchorros, y otros <sup>en unos</sup> cueros de buey  
<sup>sin curtir,</sup>  
colocados sobre palos en forma de catres, ó  
simplemente tendidos en el suelo. No obstan-  
te, el dueño de la casa suele tener también  
su chinchorro en la pieza más espaciosa,  
y algun otro en el caney ó tambo del tra-

piche, de que hablaré en seguida.

El trapiche es una tosca y grosera máquina compuesta de tres cilindros, que á impulsos de una palanca movida por <sup>^ uno o</sup> dos ~~o tres~~ bueyes, y girando en sentido inverso, exprimen la caña de azúcar, que dos operarios van introduciendo repetidas veces, hasta que ha soltado la mayor parte de su jugo, <sup>^ el cual</sup> ~~que~~ va cayendo poco á poco en un receptáculo, que muchas veces no es otra cosa que un cuero colocado debajo de los cilindros sobre un hoyo hecho de antemano en la tierra.

Un tercer operario se emplea en sacar con una totuma ó casco de calabaza este jugo, llamado guarapo, <sup>^ para</sup> ~~y~~ de conducirlo á las calderas ó pailas, colocadas á corta distancia, ~~xx~~ donde se verifica la cocción hasta el punto <sup>^ que juzgan</sup> conveniente. Estos aparatos, así como el horno donde cuecen el pan de arroz ó de maíz, que en ocasiones elaboran, está todo colocado bajo un ancho cobertizo de igual construcción que la descrita anteriormente, sin más diferencia que la de carecer este último de tabiques ó paredes y estar

abierto á los cuatro vientos. Esta circunstancia hace del tal cobertizo el lugar más cómodo y fresco; allí hay también algunos chinchorros que pocas veces están desocupados, porque casi siempre se encuentra una temperatura agradable.

La tercera dependencia es la cocina, de construcción semejante á las dos ya mencionadas, y cubierta de pared ó tabique por dos ó tres de sus frentes, en cuyos ángulos y sobre fuertes empalizadas tienen el depósito de sal gemma en trozos de gran tamaño, <sup>la cual</sup> ~~que~~ constituye uno de los artículos indispensables para la conservación y mejora de los ganados.

Los tres departamentos ocupan la parte central de un gran cuadro cercado de guaduas colocadas horizontalmente sobre estacas <sup>verticales</sup> fijas en el suelo y amarradas á ellas con largos y fuertes bejucos (1), que en duración y tenacidad exceden á las mejores cuerdas. De estos mismos liga-

---

(1). Plantas sarmentosas de diferentes géneros, de fibras muy tenaces y elásticas, empleadas en lugar de cuerdas.



*La Paloma rancho de llaneros.*

mentos se sirven en todas sus construcciones, porque los clavos de hierro, sobre ser muy caros y difíciles de adquirir, seria imposible hacerlos penetrar en las maderas durisimas para tales casos empleadas.

Próximo al cercado donde se hallan las habitaciones hay otros varios, más ó ménos extensos, destinados á distintos usos y todos indispensables. El uno de ellos, el más cercano á la casa, sirve para encerrar ~~semanalmente~~ las vacas que han de ordeñarse, porque la leche entra, como diré despues, en la confección de muchos de sus alimentos. En este mismo corral se da sal á los ganados todas las menguantes de luna, siendo admirable el instinto <sup>con que proceden</sup> ~~que los trae~~ en dicho periodo, cuando en el resto del mes permanecen ~~en~~ ~~las llanuras~~ y á larguissimas distancias de la habitación del llanero.

En otro de los corrales se halla el plátano, de donde sacan ~~todos los dias~~ lo que puede muy bien llamarse el pan de <sup>cada día.</sup> ~~estas gentes.~~

El plátano es un verdadero protes en la mesa <sup>de los pueblos y caserios de estas regiones,</sup> ~~sus amercanas~~ segun las variadas formas en

que se emplea como alimento. Antes de madurar se le despoja de su corteza, se asa entre el rescaldo, y, aunque algo insipido, se come como el pan, con todos los manjares. Verde tambien, se corta en delgadas ruedecitas, que se frien como si fueran de patatas, y tienen un sabor muy semejante al de este tuberculo. Cuando está maduro, se come crudo como cualquiera otra fruta; cocido, frito ó asado se sirve en todas las formas imaginables, y siempre tiene distinto sabor para dejar satisfecho el paladar más exigente. El platanal, pues, es el granero y la despensa de la familia.

Despues del platanal hay otro cercado de yuca, planta tuberosa que tiene tambien muchas aplicaciones, pues ademas de poderse comer asada, cocida ó frita, se saca de ella una harina excelente con que hacen el pan llamado cañabe, otros panecillos muy semejantes al bizcocho y un almidon que pudiera muy bien rivalizar con el de trigo.

En otro cercado se halla la plantación de caña de azúcar, que no solo sirve para ex-

77.  
traer la panela de que hacen un uso continuo, sino para sacar aguardiente de su melaza, que tiene en la familia muchas y muy diversas aplicaciones.

El maizal suele á veces estar en el cercado mismo de la caña y á veces ocupar por sí solo otro distinto; pero <sup>ambas</sup> ~~una y otra~~ sirven ~~para~~ en ocasiones para alimentar temporalmente el caballo ó la mula que se atrasan ó llegan fatigados de un penoso viage.

Varios árboles de café y algunas docenas de matas de tabaco cerca de la casa, uno ó dos limoneros y algunos mangos, que, además de su abundante y sabroso fruto, dan una agradable y fresca sombra con su verde y tupido follage, un arroyal, <sup>con el cercado que ha recibido ya bastante abono,</sup> y algunas redes y anzuelos para la pesca en las lagunas, rios, ó arroyos, la lanza para el tigre, y la escopeta para ciertos casos son el complemento de los recursos de que el llanero dispone en las soledades inmensas que le sirven de morada. Con esto y el tasajo de una ó dos ~~tres~~ reses que sacrifica al mes para su familia y sus perros, cuyo número suele ser extraordinario, y que le sirven á un tiempo para



la caza y para ayudarle á reunir los ganados esparcidos por la llanura, vive contento y feliz la vida de la naturaleza, sin dar importancia alguna á las graves cuestiones que agitan ese mundo, desconocido para él, que se llama el mundo civilizado. ✕ *á la vuelta de la sig<sup>ta</sup> página.*

En cuanto al menage, el del llanero es por demás reducido; pues se compone por lo regular de una mesa toscamente labrada, unos cuantos taburetes con asiento de piel de buey, algunas hamacas de cuerda, varios zurrones ó saquitos de fique, llamados mochilas, para guardar ciertas menudencias, y un gran mortero hecho de un tronco, para limpiar y moler el arroz, el maiz y la sal, cuando necesita emplearla en esta forma. Con esto, algunas hachas y machetes, varios cuchillos de punta muy afilados y una lanza enastada en un palo largo y duro, para sostener cuerpo á cuerpo sangrientas luchas con el leon y el tigre, ó dar muerte al oso ó la danta, á quien <sup>Descubren</sup> ~~parecen~~ sus perros, ~~en actitud defensiva~~, tiene completo su mueblage y su arsenal de guerra.

Sus vestidos son tan sencillos como su mena.

ge, y se componen de un pantalón de tela del país, una camisa de algodón, cuyos faldones van ~~con~~ siempre volando al aire á guisa de bandera, un sombrero de palma, fabricado á veces por su propia familia, y una ruana ó manta de algodón y otra de bayeta para cuando vá de viage.

El de las mugeres se reduce á un vestido corto de percal con volantes, una camiseta bordada de negro ó de colores vivos y sombrero y ruana iguales á los que usan los hombres. Tanto ellos como ellas andan siempre descalzos, y solo alguna vez, cuando tienen que entrar á pie en un monte ó matorral espinoso, se adaptan con correas ~~sus~~ quimbas, pedaxos de cuero en forma de sandalias, que no siempre les sirven de completa garantia contra las espinas punzantes ó la mordedura de las culebras.

Los individuos de ambos sexos montan á caballo con la misma destreza y á horcajadas sobre la silla, segun dejó indicado al hablar del valle de Keiva. Las monturas recuerdan por su forma las <sup>de los árabes y las que usan</sup> ~~usadas por~~ los picadores en las plazas de toros, y llevan solo tres dedos ó cua-

Aque suele ser de aro,  
tro metidos en el estribo, dejando el otro ó los o-  
tros fuera, para que el pie no se corra adelante.

Los estribos no son siempre de hierro, pues  
los usan tambien de madera, con una prolon-  
gacion puntiaguda en su parte inferior, para  
evitar que se enrede el pie en la espesura de

los pajonales. <sup>\*</sup> El llanero, alegre, decidido, generoso y ponderativo, tiene  
mucho del andaluz, y participa á veces de la ferocidad del salvaje.  
Galanteador, músico y poeta, le mismo echa una flor á una mu-  
jer que improvisa un romance para cantar sus galaterones.

<sup>\*</sup> En cuanto á bravura, así pelea con el más bravo hasta morir,  
como acomete á un tigre con su lauro, ó atraviesa á caballo ó  
á ~~todo~~ modo el río más profundo y caudaloso ó la más rápida corriente.

El freno suele ser muy lujoso y adornado de  
chapas de plata de diferentes formas, que re-  
cuerdan los que usaban nuestros antiguos caba-  
lleros. En las fiestas populares adornan tam-  
bien sus caballos con una multitud de capsu-  
litas de unos cocos muy pequeños partidos por  
la mitad sumamente duros y bastante sonoros,  
que los indios salvages, especialmente los camuni-  
guas salen á vender ó cambiar en grandes sartas,  
y á los que dan el nombre de cascabeles. Tanto  
en las fiestas como en la casa de todo llanero no  
falta jamás el tiple, á cuyo compas bailan y can-  
tan con verdadero entusiasmo.

Durante mi excursión por las dependencias de la casa me acompañaron dos de los indios que habian llegado la noche anterior, muy contentos con fumar mis tabacos y haciendo prodigios de habilidad con el arco y las flechas. (1)

A mi regreso me puse á escribir debajo del caney y todos ellos me rodearon con asombro y sin comprender al parecer la para ellos extraña ocupacion á que yo me entregaba. Pero cuando su asombro subió de punto fué al verme disponer mi bastón ~~de~~ asiento y el uso que de él hacia. Todos se acercaban á tocarlo, agachándose para examinar con curiosidad infantil su mecanismo. Despues, volvieron á colocarse á mi alrededor, <sup>observando y en silencio.</sup> ~~en la postura que indica el adjunto dibujo (2), permaneciendo en ella tan largo rato, que, á no ser su posicion habitual les fuera imposible conservar la~~

---

(1). Uno de estos introdujo por dos veces la flecha lanzada por el arco en un canuto de guadua, de ocho á diez centímetros de diámetro, desde una distancia de más de 40 metros.

(2). Véase la página ~~de mi album número 10~~

Deteriorada la pluma metálica de que me estaba sirviendo, la arrojé para poner otra nueva en el mango. El indio más próximo se apoderó de ella con visible alegría y la mostraba á sus compañeros como un objeto precioso, cuya posesión parecía que los demás le envidiaban.

Entonces reparti entre ellos algunas plumas, y por el gesto y la acción de algunos ~~de ellos~~ y la palabra curare (1) muchas veces repetida, llegué á comprender que trataban de utilizarlas como dardos en las flechitas que usan con la punta impregnada de este veneno mortífero, y que en su caja de volatería arrojan

---

(1). Veneno activísimo extraído del jugo de algunas plantas, y empleado por la mayor parte de las tribus salvajes en emponzoñar las puntas de sus flechas, así para la guerra como para la caza. Los animales muertos por la acción de este veneno se pueden comer sin peligro, porque dicha acción solo es mortífera al ponerse en contacto con la sangre y es casi del todo ineficaz en las vías digestivas, donde solo una

90/

con grande acierto y á larga distancia contra las aves posadas en los árboles, por medio de un tubo de dos ó tres metros de largo, llamado entre ellos bodequera y entre nosotros cervatana.

Á la caída de la tarde llegó por un peón la noticia de que los socios de la compañía de Colombia acababan de llegar al Llano y entre ellos el Sr. Uribe, su gerente, á quien los indios profesan gran cariño, por haber regalado á varios de ellos algunas prendas de ropa, como camisas y enaguas, con las cuales sus poseedores se muestran orgullosos entre los de su tribu, cual si aquellos trapos los hubiesen convertido de pronto en personajes de gran importancia. Y es que la vanidad y

gran cantidad puede producir irritaciones de carácter grave, pero rarísima vez la muerte; siendo por el contrario de rápidos y mortales efectos, al entrar en la circulación de la sangre, por pequeña que sea la cantidad de que se halla impregnado el instrumento con que se produzca una herida.

No en todas las tribus se sabe preparar el curare, que es entre ellas un objeto lucrativo de comercio.

la ~~soberbia~~ parecen atributos del hombre, sea  
cualquiera el estado social en que se encuen-  
tre. No es, pues, de extrañar que el salvaje se  
pavonee entre sus desnudos hermanos, al os-  
tentar una camisa burda, cuando en los pueblos,  
<sup>x que por sus</sup> ~~sejos~~ adelantos sociales. ~~El ~~don de~~ ~~decho~~ ~~á~~ llamarse~~  
civilizados, los hombres se pavonean también, aca-  
so con menos razón que el hijo de la naturale-  
za, por llevar un bordado <sup>x las mangas de</sup> en su vestido ó una  
cinta de color en el pecho, cinta conquistada tal  
vez por una humillación, <sup>x cuando no</sup> ~~é~~ por una infamia.

No bien supieron los indios la llegada  
á Acasias del Sr. Uribe y sus compañeros,  
cuando determinaron volver á aquel punto.

Recogieron sus arcos y flechas, colgáronse de  
la cintura sus chinchorros, echóse la mujer á la  
espalda y suspendido de la frente el cesto de  
palma con todo su menage, y partieron al pun-  
to, pronunciando el nombre del Sr. Uribe y el  
de camisa, que encerraba para ellos un mun-  
do entero de ilusiones.

Así pasé el día de mi cumpleaños, lejos  
por segunda vez de la patria y de la familia.

En estos doce meses he tenido un trato más íntimo con la Naturaleza; he comprendido mejor algunas de sus asombrosas maravillas; pero ¡a cuánta costa! Dios mío, ¡a cuánta costa! Digan lo por mí los nuevos cabellos blancos que caen sobre mis sienes; los viejos cabellos negros, que como hojas marchitas se han desprendido de mi cabeza!

Siernes, 3 de Febrero.

Hoy, en una excursión matinal he aumentado mi colección de flores. El señor Michelsen y el patron han traído ~~una~~ una culebra de cascabel para aumentar la de los reptiles. Durante el día he redactado algunas páginas de mis apuntes; por la tarde he cazado un cuervo acuático que conservo disecado.

Perico ha comido poco, y se halla desde ayer sumido en una profunda modorra; Pobre animal! Privado tan pronto del calor de su madre y con un cambio tan brusco de vida, será muy difícil poder conservarlo.

Sábado, 4 de Febrero.

Perico ha muerto en la noche anterior, que



ha sido bastante fria. Al levantarnos, le hemos encontrado asido fuertemente á la piel que le servia de consuelo y de lecho, con los dedos crispados y el hocico en actitud de mamar, tomando por pecho uno de sus repliegues. En seguida lo hemos disecado y ya forma parte de nuestra <sup>coleccion zoológica.</sup> ~~museo~~

La atmósfera se ha presentado algo más despejada que en los dias anteriores, y he aprovechado esta circunstancia para tomar al lapis el perfil de la ~~Macarena~~ Macarena, cuyas montañas ofrecen en sus profundas sinuosidades palpables muestras del gran cataclismo que las removió desde su asiento.

La esposa y las hijas del sr. Hernández han fabricado hoy algunos objetos de barro, cazuelas y ollas, con la destreza, perfeccion y prontitud del más hábil alfarero. En los alrededores de la casa abunda la arcilla de calidad inmejorable. Despues de secar un poco al sol los objetos elaborados, los colocaron sobre un lecho de astillas de guaduas secas, y formaron luego á su alrededor una especie de pira del mismo combustible, que en pocos momentos se convirtió en



Sierra de la Macarena (Llanos de S. Martín)

87.  
una voraz hoguera. En poco más de media hora, los objetos sometidos á la acción de aquel fuego, tomaron un color ligeramente rojizo y una consistencia extraordinaria. Poco despues fueron retirados de las cenizas en disposición de prestar los importantes servicios á que iban á ser destinados. Es el sistema de los indigenas.

Durante la tarde y una gran parte de la noche hemos sufrido una tempestad furiosa, acompañada de rayos y truenos que hacian res temblar nuestra pajiza morada. La lluvia no ha sido muy copiosa, porque el viento arrastraba con gran rapidex las oscuras nubes hácia la parte de Occidente.

Domingo, 5 de Febrero.

El D<sup>r</sup> Cuervo se habia propuesto celebrar hoy el santo sacrificio de la misa sobre un altar improvisado con ramas y flores, teniendo por templo la extensa llanura, por bveda el inmenso y diáfano espacio y por lámpara el astro brillante al rededor del cual giran con rapidex vertiginosa é incomprensible los infinitos globos que forman nuestro sistema

planetario. Yo gozaba ya de antemano á la sola idea de adorar á Dios en el mismo templo donde lo adoraban los primeros descubridores; pero un inconveniente grave vino á privarnos de una satisfaccion por tanto tiempo deseada; y ese inconveniente fué la lluvia que no cesó en toda la noche y que convirtió los alrededores de la casa en un verdadero lago.

Me decidí, pues, á pasar todo el dia escribiendo; pero Gabriel, por una imprevision, me habia derramado toda la tinta, y no habia medio de sustituirla con otra.

Lamentándome yo de este contratiempo, la familia del llanero me indicó que allí cerca habia un árbol, de cuya corteza sacaban una tinta especial para ennegrecer sus totumas, y que acaso podria serme útil, ofreciéndose al mismo tiempo á traer del monte la cantidad suficiente de corteza. Acepté con placer el ofrecimiento que me hacian, y al poco rato volvieron las muchachas con varias cortezas de un color rojo oscuro, que rasparon y pusieron en infusion en un poco de agua, exprimiéndolas despues entre las

manos y obteniendo una sustancia muy parecida á la sangre antes de coagularse. Llené mi tintero y puse manos á la obra; pero á los pocos minutos observé que la pluma tenía cada vez con más dificultad, hasta el punto de serme imposible trazar un solo rasgo; y era que aquel liquido coagulándose como la sangre, se habia transformado en una pasta bastante elástica, que aunque dejaba penetrar la pluma, lejos de adherirse á sus puntas, parece que huía del metal, como si estuviese untado de alguna materia oliginosa.

Más tarde tuve la fortuna de encontrar las bayas de una especie de enebro, que machacadas y puestas en infusión me dieron muy buen resultado.

Por la tarde tomé la escopeta y me dirigí á un arroyuelo próximo, en el cual maté una iguana de mediano tamaño y <sup>un enorme boá,</sup> ~~algunas palas~~ que los indios sacaron del agua y <sup>cuya piel conservo.</sup> ~~con el regresar, maté tambien un chiro,~~ estuve á punto de ser mordido por una culebra de ~~cuyo tipo, una gubandina de triple longitud~~ <sup>bet,</sup> que me persiguió entre el pajonal, y á la que ~~que las molestas, una perca y una caica, que~~ al fin di muerte, arrojándole mi sombrero, <sup>justo al cual se</sup> ~~más tarde nos entretuvimos en disecar y que~~ detuvo el tiempo suficiente para poderle disparar mi escopeta.

La cabeza y el aparato caudal, compuesto de once anillos, los conservo entre los objetos de mi colección, ya bastante numerosa.

La noche se presentó algo tranquila y con muy ligeros eclages.

Lunes, 6 de Febrero.

Mis compañeros han decidido hoy pasar á alojarse en otro grupo de cabañas, distantes como unos cuatro kilómetros, para dirigirse desde allí al Piñal, ranchería de indios salvajes, establecida en aquella dirección, á doce leguas próximamente, junto á la orilla izquierda del Güéjar. Partieron á eso del medio día, yo me quedé con el sr. Hernández en virtud de sus ruegos y los de su familia, y convine con mis compañeros en reunirnos á la mañana siguiente, para ir juntos á visitar la tribu indígena de los chumuyes ó bisanzques.

Por la tarde he muerto un yátaro y un torito de monte, pájaros bellísimos que conservo disecados; y al volver he visto á la familia confeccionar unas tortas de harina de arroz amasada con leche, que ponen á tostar al fuego sobre unas planchitas de barro ligeramente cóncavas. Estas tortas llevan el nombre de arepas y son un

manjar muy agradable, sobre todo cuando se co-  
men recién hechas con miel ó axúcar.

Durante la noche, hemos visto a lo lejos ~~gran~~  
<sup>inmensas;</sup> ~~de~~ hogueras, <sup>el fuego en los pajonales,</sup> cuyos reflejos inundaban el espa-  
cio de una luz roja, <sup>tan viva,</sup> que á no ser por las nubes  
de humo que por todas partes se levantaban, hu-  
bieran imitado <sup>muy bien</sup> ~~mucha~~ las bellas tintas de las au-  
roras boreales, espectáculo exclusivo de las zonas  
más cercanas al polo.

Martes, 7 de Febrero.

El Sr. Hernández, que queria acompañarnos  
en nuestra excursión al Pinal, se encontró sin ca-  
ballo á última hora. Yo le facilite una de mis  
mulas, Gabriel y yo montamos en las dos restan-  
tes, Liberato se quedó para secar al sol las aves  
y plantas disecadas, y partimos los tres, despues  
del desayuno, á encontrar á nuestros compañeros.  
El sr. Michelsen se habia quedado para hacer  
algunas exploraciones en el bosque; el Dr. Cuervo  
y el joven Sáenz, habian salido ya, con un  
práctico del país, dejándonos dicho que camina-  
rian despacio, para que los alcanzásemos pron-  
to en la llanura. Seguimos, pues, su huella,

determiéndonos solo para matar y recoger dos  
paras que encontramos al paso y que debían  
aumentar nuestras provisiones, y á poco más  
de una legua divisamos ya á nuestros compa-  
ñeros en medio de una familia indígena con  
la cual cambiaban algunos objetos por arcs  
y flechas. Antes de llegar á ellos, divisamos  
á la derecha, al extremo de una llanura, como  
todas rodeada de bosques y en un plano ligeramen-  
te inclinado, la antigua población de San  
Juan, compuesta hoy de cinco ó seis chozas comple-  
tamente abandonadas, y entre las cuales se ha-  
lla la iglesia y la antigua casa municipal,  
cuyo interesante archivo ha sido destruido com-  
pletamente por el comejen ó gorgojo.

Al llegar al punto donde se hallaban nues-  
tros compañeros, un enjambre de perros esquilidos,  
propiedad muy estimada de los indios, salió  
á recibirnos á larga distancia con una algaxa-  
ra infernal y en ademán amenaxante. Por  
fortuna mi pobre Bogotá se había quedado en  
la Paloma, librándose así de los agudos dientes  
de aquella numerosa falange canina, que, no



respetándonos á nosotros, no hubieran respetado mucho á un perro civilizado.

La actitud hostil de los perros salvajes cedió á las intimaciones de sus salvajes amos, y aplacada su ira, pudimos todos formar un grupo tan extraño como heterogeneo.

Los indios componian entre todos el número de diez y seis, contando las mujeres y los niños; su desnudez era completa, si se exceptua el pequeño quayuco ó taparrabo de los hombres y el furiquiná ó saco abierto de las mujeres, hecho todo de la corteza del árbol nombrado por ellos tataja. Las mujeres llevaban á la espalda y suspendido de la frente <sup>un</sup> largo cesto, <sup>que contenia</sup> de su menage y sus provisiones, consistente todo en una tixnada olla, un puñado de plátanos, algunos pedazos de pan de carabe (1) y babillas (2) asadas, y sobre las cáveras, á horcajadas, los muchachos que por su corta edad

---

(1). Carabe. pan hecho de la raíz tuberculosa llamada yuca, del que ya hemos hablado.

(2). Babilla. especie de caimán con la mandíbula inferior fija y la superior articulada.

no podían seguirlos, y que ocultaban el rostro con tenacidad entre el pecho de sus madres. Los hombres llevaban solo el arco y las flechas, y los más galantes se tomaban el trabajo de llevar à la cintura la hamaca ó chinchorro de cuerda que les sirve de lecho y que con el humo llega à adquirir un color indefinible.

Tanto los hombres como las mujeres llevaban pintado el rostro con líneas rojas en tanto simétricas, y ellos particularmente las orejas perforadas y en los agujeros pedacitos de madera à guisa de pendientes. Dos ó tres de las mujeres y alguno de los muchachos ostentaban como adorno pesados collares de cuentas de vidrio, de que se mostraban muy orgullosos.

Cuando nosotros llegamos, ya nuestros compañeros les habían comprado algunos ovillos de ~~cuerda~~ <sup>cuerda</sup> ó cabuya <sup>hechas</sup> de hoja de cumare y moriche (1), y madejas de la misma fibra sin torcer y

---

(1) Dos palmas abundantísimas en el país, cuyas hojas filamentosas suelen sustituir, quizás con ventaja, al cáñamo y al lino.

algunos arcos y flechas. <sup>^ provision</sup> Mi ~~reparto~~ comercial era, pues, inútil entre aquella gente que había ya dispuesto del suyo.

Despedimos de los indios y continuamos nuestra marcha siempre en dirección al S. E. por extensos llanos de forma irregular cercados de arboleda y cubierto el suelo de espesísimas y altas gramíneas, que á veces ocultaban la senda <sup>por donde íbamos caminando</sup> ~~por un largo espacio~~ y con cuyo roce adquieren los estribos de metal un ~~brillo~~ extraordinario brillo.

Más adelante, cerca de un rancho medio deshecho, situado en un lugar pantanoso y junto á un arroyuelo de aguas turbias, encontramos otro grupo de indígenas, compuesto de doce individuos, entre hombres, mujeres y muchachos, que en nada se diferenciaban de los anteriores: los mismos rostros imberbes, las mismas líneas rojas, las mismas perforaciones en las orejas, la misma desnudez y el mismo lenguaje gutural é ininteligible. Dos de ellos se distinguían de los demás por las horribles manchas de carate que les daban repugnante y asqueroso aspecto.

Como á una legua de allí, y á orillas de otra corriente más cristalina y mucho más caudalosa, encontramos un tercer grupo más numeroso que los anteriores, con su enjambre de perros escualidos y una caterva de chiguillos agrupados al rededor de una grande hoguera, donde se disponia la comida para la tribu. Esta comida se componia de algunas tortugas y babillas ~~co-~~ cocidas á un tiempo en una enorme cazuela entre un caldo negro y espumoso, la mitad de un guaratinajo (1) asado en las brasas, algunos plátanos verdes y tortas de pan de cagabe.

A no ser por los perros que avanzaron hasta nosotros con sus furibundos ladridos, hubiéramos pasado á corta distancia de la mancha de bosque en que se hallaban, sin advertir su presencia, pero los perros los denunciaron, acaso

---

(1) Roedor ~~plantigrado~~ y anfibia de que hablamos en otro lugar.

87

contra su voluntad, y nos dirigimos á su encuentro, hallándolos muy bien dispuestos á recibirnos.

Las mujeres, que eran las más ocupadas en las faenas culinarias, continuaron en su tarea, y, ya por pudor ó por respeto á sus maridos, se esforzaban en aparentar que les importaba muy poco la presencia de los extranjeros; pero en sus miradas á hurtadillas y en el cuchicheo que traían unas con otras, daban claro indicio de que el espectáculo no les era del todo indiferente.

Los hombres, por el contrario, salieron todos á recibirnos, manifestando en su sonrisa benévola <sup>en su actitud</sup> y en algunas frases, que <sup>apenas</sup> pudimos comprender, su buena voluntad hácia nosotros.

Tampoco entre este grupo y los anteriores se notaba gran diferencia, salvo la de que algunas de sus mujeres parecían pintadas con mayor esmero, sobre todo una más joven y agraciada que las otras, cuyos brazos y pechos estaban simétricamente salpicados de puntos rojos y su cara embadurnada del mismo color con una ancha franja transversal

que le cubria desde el labio superior extendiéndose hasta las orejas y llegaba luego hasta la mitad de la frente, semejante á una de esas máscaras que en los dias de carnaval usan las mujeres civilizadas.

Cambiamos con ellos algunos objetos de nuestra provision por arcos y flechas, ~~pieles~~ y cuerdas de moriche y eumare; nos despedimos con las mayores muestras de amistad y continuamos nuestro camino.

Sin abandonar la direccion S. E. que desde un principio habiamos tomado, la senda sigue unas ligeras lomas, que por aquella parte limitan el frondoso valle del Güejar, que á nuestra derecha y á distancia de algunos kilometros corria entre espesos bosques y en nuestra misma direccion por la falda un tanto escarpada de la sierra de la Macarenas.

La llanura por donde ibamos caminando, estaba por todas partes circuida de fajas de monte sumamente espeso, y fué necesario atravesar una de estas fajas, desembarazando con nuestros machetes la senda, poco frecuentada

Tipos colombianos



J. M. S. del.

India bisanigua.

Llanos de S. Martin, Feb. de 1871.

por los indigenas y la ménos apropiósito para penetrar por ella á caballo.

Fardariamos como una hora en salir á la parte opuesta, donde encontramos el terreno algo quebrado, formado de guijo menudo, cubier- to en las alturas de gramineas y en los va- lles y cañadas de diferentes clases de palme- ras y árboles bellisimos y corpulentos.

Continuamos atravesando una larga serie de colinas, cuyo pasto habia sido quemado re- cientemente por los indios, que no teniendo ga- nados que alimentar y sirviendoles de estorbo para sus excursiones, se desembaraxan frecuente- mente, por medio del fuego, de lo que no solo es para ellos un obstáculo inútil, sino un gra- ve peligro, por ocultarse entre las pajas las mortíferas serpientes.

En los terrenos recién quemados se obser- va siempre el fenómeno de acudir á ellos in- mensas nubes de pequeños mosquitos llamados lambejos ó lamejos, que nos hicieron acudir á nuestras caretas y guantes, sin lo cual hubié- ramos sufrido una gran molestia.



A eso de las cuatro de la tarde divisamos á lo lejos una ligera columna de humo, que se levantaba entre algunas chozas, y nuestro guia nos indicó que aquel era el Pinal, pueblcito indigena que íbamos buscando. <sup>(1)</sup> Media hora despues, nos encontramos ya entre sus habitantes.

Estos salieron á recibirnos en número de unos veinte y tantos, entre hombres, mujeres y niños, preguntándonos en castellano mal pronunciado si éramos gente mansa ó gente brava, y habiéndoles contestado que éramos de los primeros, nos tendieron las manos y estrecharon las nuestras con efusión y cariño. Nos dirigimos todos en un grupo hácia su habitación principal, de cuyo fondo vimos salir un indio viejo y tuerto, que parecia ser el jefe, y que no habia salido con los demás á encontrarnos, porque era poseedor de una camisa, y no quiso ofrecerse á nuestros ojos sin adornarse ántes con aquella gala. Los demás indios le dirigieron algunas palabras en su lengua, y entonces se acercó á nosotros y nos tendió la

(1) Se halla á orillas del rio Guéjar; le da nombre una gran extensión de terreno próximo á la ranchería cubierto de piñas ó ananas silvestres, cuyo aroma se percibe á larga distancia. Los indios comen rara vez de este fruto, porque segun ellos produce fiebres malignas.

mano, dándonos al parecer, la bienvenida.

Varios de ellos acudieron á tener de la brida nuestras mulas, mientras nos desmontábamos; ayudaron á nuestros criados á quitar las monturas y á colocarlas en lugar donde no estorbasen, y condujeron con ellos las bestias á un vallecito próximo, donde el pasto era más fresco y abundante. Prestados con la mejor voluntad estos servicios, volvieron muy satisfechos á nuestro lado, mientras el de la camisa, que habia estado algun tiempo trabajando en las posesiones del Sr. Uribe, y decia haber sido bautizado con el nombre de Joaquín, nos daba, aunque muy trabajosamente, algunas noticias que sobre él y su tribu pediamos.

El rancho ó <sup>cabana</sup> ~~tembo~~ principal donde nos recibieron tendria como unos 20 metros de longitud, 10 de anchura y 8 de elevación en su centro. Alojábanse en él de ordinario ~~ocho~~ <sup>ocho</sup> ó ~~quince~~ <sup>todas componían</sup> familias, que ~~entre~~ <sup>totalidad</sup> ~~llegarían~~ á unas sesenta personas; pero la mayor parte de estos habitantes se habian alejado

hacia las orillas del Güéjar, á lo que ellos llaman meriscar, ó sea á hacer provisiones de caza y pesca, aprovechando la estacion en que las tortugas y caimanes depositan en la arena sus numerosos huevos, y legiones inmensas de peces de todas clases remontan las corrientes de los rios para verificar el deshove. Como en estas correrias los indios parten acompañados de su familia entera, no habia quedado en el lugar sino aquel reducido número: ~~que~~ A corta distancia de nuestra choza veianse otras más ocultas que permanecieron siempre ocultas á pequeñas de forma cónica y con una estrecha y baja puerta. ~~nuestras investigaciones, ya porque no pudie-~~ ~~ser comprendidos, ó porque no quisieran explicar~~ ~~que buscar contra los mosquitos que los atormentan,~~ ~~causé.~~ <sup>de</sup> librándose ellos por medio de la oscuridad y del humo.

Siendo excesivo el calor que allí se sentia y encontrándose el tambo abierto por uno de sus frentes, el D.<sup>r</sup> Cuervo y yo hicimos suspender nuestras hamacas en los primeros pilares próximos á la abertura: los indios tenian las suyas más adentro, y bajo cada una de ellas habia señales de un fuego recientemente extinguido, y que se apresuraron á encender de nuevo, tan pronto como llegó la noche,

Llanos de San Martín



El Piñal, pueblo ó ranchería de indios salvajes.

10%

tanto porque la temperatura de 30 y más grados, durante el día, suele descender muchas veces hasta catorce ó quince, cuanto por librarse en parte de la nube de mosquitos lancudos ó lanceros que á aquellas horas suele invadir sus viviendas.

Comamos un poco de fiambre, de que hicimos participar á los indigenas con algunos tragos de aguardiente, que saboreaban con gran placer, y, mezclados todos, y en la mayor confianza, nos entregamos al sueño, de que teniamos gran necesidad, por haber sido muchas las fatigas de aquel día.

Miércoles, 8 de Febrero.

Rayando venia el alba, cuando dejamos nuestros áereos lechos ansiosos de conversar con los indios y de cambiar con ellos algunos de los objetos que llevabamos, por armas y adornos ó cualquiera otra de las curiosidades que quisiesen cedernos á trueque de nuestras baratijas; pero ~~la mayor parte de los hombres,~~ <sup>en su mayor parte,</sup> habian salido ya del rancho, quedando en él solo las mujeres, algunos muchachos pequeños y el taita

Joaquín, que por guardar á aquellas femeninas deidades, ó por hacernos los honores de su casa, no habia partido con sus compañeros.

Preguntándole al viejo indio cuál era la causa de que los demás se hubiesen alejado á aquella hora, nos dió á entender que lo habian hecho con el objeto de traer algunas provisiones y dar el aviso de nuestra llegada á varias familias de la misma tribu que se hallaban poco distantes.

Entregamos á las indias las piezas de caza muertas el dia anterior y un poco de carne en tasajo, con el fin de que hiciesen un almuerzo para todos. Guisaron el pato y las parvas con un poco de sal y ají, ó sea pimentillos tan pequeños como picantes; asaron la carne sobre las brasas; sacaron unas tortas de cazabe, y colocándonos todos, en pie unos y otros sentados, al rededor de la lumbre, donde se condimentaban aún algunas de las provisiones y varios plátanos verdes, el tío Joaquín, por una parte, y por otra el Dr. Cuervo, como más ancianos, empezaron á hacer lo más equitativamente posible la distribución de los manja-

res, que, gracias á nuestro apetito, nos supieron muy bien y fueron devorados en pocos minutos.

A eso del medio día volvieron los indios que habian salido de madrugada; y nosotros, que despues del almuerzo, recorriamos aquellos alrededores, visitando su platanal y su plantación de caña y de yuca, los divisamos desde una colina y regresamos <sup>á tambien</sup> al tambo. Los madrugadores no venian ya solos, sino seguidos de otras dos familias bastante numerosas, que llegaron poco despues de ellos y nos saludaron con el mismo <sup>á capino</sup> ~~placa~~ que lo habian hecho antes sus camaradas.

Nuestros huéspedes no traian tampoco las manos vacias, sino que, para aumentar las provisiones, habian pescado varias tortugas llamadas por ellos *lit* ó caimanas, y que tienen alguna semejanza con este anfibio, por las muchas protuberancias de la parte superior de su concha, cabeza y cuello, y la notable prolongación de su hocico. Traian además un hermoso pez, como de <sup>á ó cuatro</sup> tres Kilógramos de peso, á que daban el nombre de budo. Las mujeres se apoderaron inmediatamente

te del pez y las tortugas, las hicieron pedaxos, y cuidando sólo de sacarles los intestinos, los pusieron á cocer en una gran olla de su propia fabricación, condimentándolos como las piezas de caza que nos habian servido para el almuerzo. Mientras se arreglaba así la comida, las que servian de cocineras se apoderaron sin cumplimiento de una guacharaca<sup>(1)</sup>, que habia yo cazado en nuestra excursión y que reservaba para obsequiar con ella á nuestro anciano compañero, lo cual no pude hacer, porque las indias se la comieron medio cruda, haciendo al parecer grandes elogios del sabor de su carne.

Pareciéndonos llegado el momento oportuno de hacer el oficio de comerciantes, sacamos nuestras baratijas, consistentes en espejos, zarcillos, anillos, sortijas, dulzainas, collares de cuentas de vidrio de muchos colores y otras bagatelas por el estilo, á que son muy aficionados, y obtuvimos en cambio algunas flechas, adornos de plumas, collares de colmillos de mono, de caiman y de tigre, arcos y lanzas, y hasta tres de las hamacas ó chinchorros de los mismos que les servian de lecho.

(1) Especie de faisán americano que en otro lugar describo.





Taita Toaquin,  
jefe de los indios salvajes de El Pinal.  
(Manos de S. Martín.)

No bien se apoderaron de los objetos que acabamos de poner en sus manos, cuando ebrios de alegría empezaron à adornarse con ellos, principalmente los hombres, y à contemplarse en los espejos con una sonrisa de satisfaccion de que nosotros no podiamos ménos de participar, al ver aquella alegría de carácter infantil que acabó por conmovernos. Sobre todo, <sup>Taita Joaquin,</sup> ~~uno de los indios~~ ya de edad madura, se habia adornado las orejas con unos pendientes azules de gran tamaño, que yo le habia regalado, y alejando de sí con un gesto imperioso à su mujer y à sus hijas, que al parecer los codiciaban, contemplábase absorto en un espejo, y exclamaba de cuando en cuando: ;Indio bonito! ;Indio bonito!" y el pobre era casi negro, estaba manchado de carate y tenia además el ojo izquierdo <sup>o biceo y</sup> remellado.

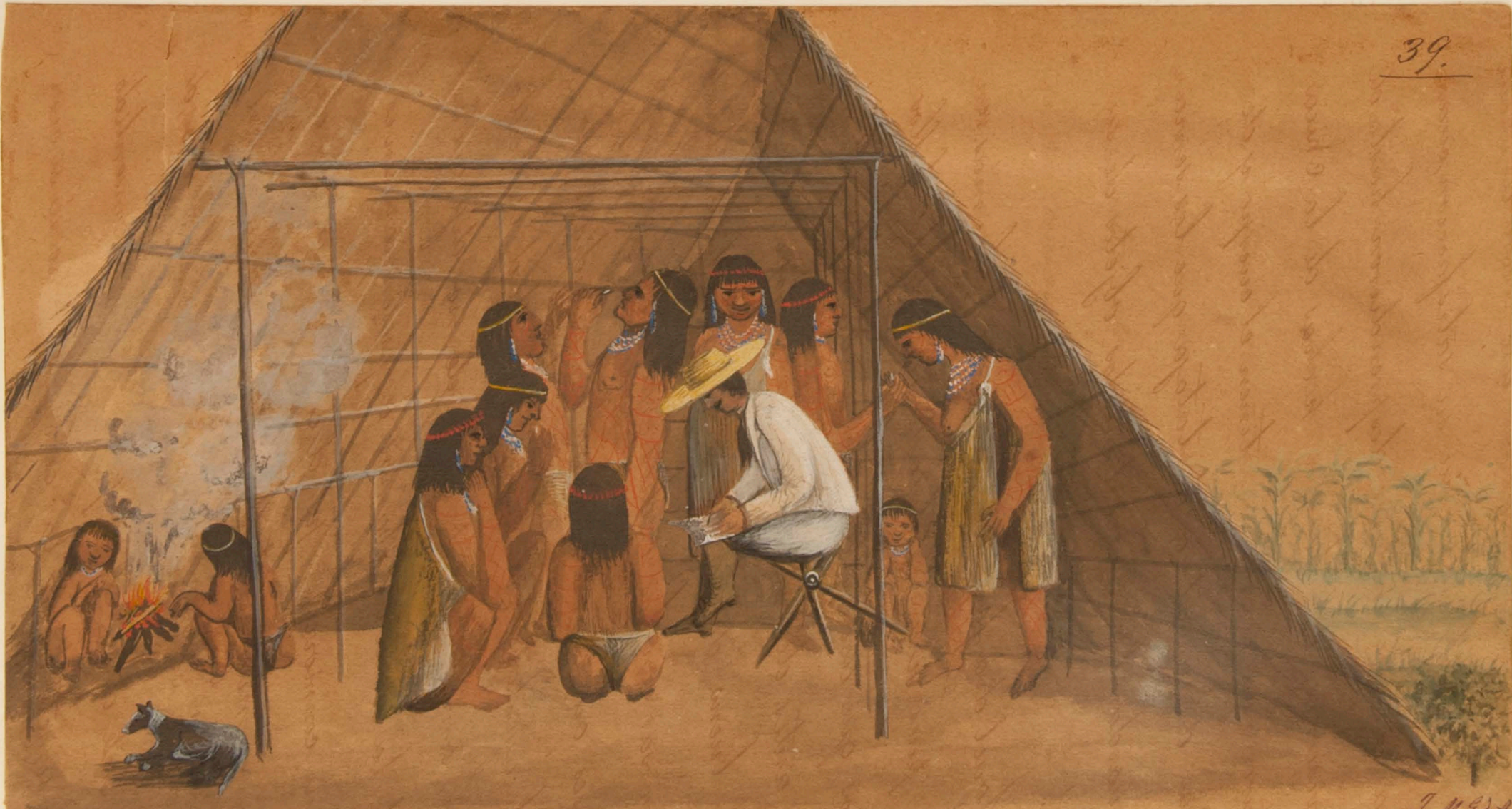
De estas escenas presenciarnos muchas, que seria prolijo enumerar, y que dejó à la consideracion de mis lectores, que pueden muy bien imaginárselas, una vez comprendidas la ignorancia y la inocencia de aquellas pobres gentes, que en cada una de las baratijas que les ha-

biamos dado creían poseer un tesoro de inestimable precio; ¿Cuál sería su satisfacción, cuando, para obsequiarnos, se desprendieron hasta de las provisiones que tenían hechas de la Chica o pintura roja con que se tinen el cuerpo y de las bolsas de la corteza de tataja que les servian para guardar los más estimados objetos de su menaje!

*Allí se repitió más de una vez la escena de las plumas metálicas, mientras que se dibujaba o escribía, cercado de indios en cuclillas, que en la posición que más les agrada.*

Aquel día, fue para mí uno de los más venturosos, pues veía realizado uno de los bellos ensueños que acariciaba mi imaginación desde mucho antes de mi salida de Europa.

El bueno del Sr. Cuervo, que no habia dejado de conversar con los indios, valiéndose de las pocas <sup>palabras</sup> ~~frases~~ que de su ~~idioma~~ comprendia, en lo cual le ayudaba con buena voluntad el taita Joaquín, sirviéndole de intérprete, nos dijo que después de la comida íbamos á presenciar un espectáculo conmovedor, por el cual se mostraba de antemano muy contento: este espectáculo era el bautismo de siete indiecitos de ambos sexos, de tres á siete años, cuyos padres habian consentido ya en someterlos á la ceremonia, no sé si por



Escena entre los indios churruyes o bisaniguas.

J. M. P. d. L.  
Llanos de S. Martin  
Febrero de 1876.

<sup>complacer nos, sin comprender</sup>  
~~sensidos~~ de su importancia, ó indiferentes por un  
 acto que les era de todo punto incomprendible.

A eso de las dos de la tarde, se sirvió la  
 comida, compuesta del pez y las tortugas, pan  
 de cazabe, plátanos asados y algunos biscochos ó  
 galletas, ante lo cual nuestros estómagos, lle-  
 vados de la necesidad, ni aun trataron siquiera  
 de hacerse melindrosos, aunque el pescado había  
 sido cocido con sus escamas y las tortugas con  
 su piel áspera y rugosa.

Media hora despues, el anciano D.<sup>e</sup> sacó de  
 una caja que conducia al efecto, una estola y un  
 botecito de cristal con el óleo santo; moliose un po-  
 co de sal que fué depositada en una totuma, y otra  
 un poco mayor se trajo llena de agua, que el sa-  
 cerdote bendijo con las formalidades prescritas por  
 la Iglesia. Entre tanto, yo me dirigí con dos in-  
 dios jóvenes á un bosque próximo, donde corta-  
 mos dos troncos de árboles, que atamos en forma  
 de cruz, xaliéndonos de un bejuco, mientras que  
 otros abrian frente al tambó y á corta distan-  
 cia el agujero en que íbamos á dejar planta-  
 da la adorable insignia de la redención de

los hombres.

Fija ya la cruz sobre una ligera eminencia del terreno, nos arrodillamos todos, incluso los indios que nos imitaban, al rededor de ella y se dió principio á la ceremonia. Por indicación del Dr. Cuervo, tocóme ser padrino de tres de las siete criaturas que inconscientemente iban á ingresar en el gremio de la Iglesia Católica; y digo inconscientemente, porque ni ellos ni sus padres sabian entonces ni quizás sabrán nunca la verdadera significación del sacramento que se les administraba. Yo traté de hacer sobre ello al Dr. algunas observaciones, para que meditara si era ó no conveniente aquel acto piadoso sin preparación previa y sin instrucción alguna; pero, al ver el entusiasmo de aquel anciano tan noble y bondadoso, que creia ganar nada ménos que siete almas para la gloria, preferí mantenerme en una prudente reserva y contribuí gustoso á aquel, solo para nosotros, solemne acto.

Tocóme, como dije ántes, ser padrino de tres de aquellas pobres criaturas, dos varones y <sup>una</sup> ~~dos~~ hembras; y consultándome sobre los nombres que habian

de llevar, di para <sup>uno de los niños el de mi padre,</sup> ~~el~~ <sup>para otro</sup> el mio propio, ~~para una de~~  
~~las niñas el de mi madre~~ y para la <sup>niña</sup> ~~otra~~ el  
 de mi madre.

Durante el acto, á que no todos los niños se prestaban con buena voluntad, por verse entre personas extrañas, y que los indios contemplaban, poseidos más de curiosidad que de cualquier otro sentimiento, hicimos algunos regalos á nuestros ahijados y á sus padres; les enseñamos, no sin trabajo, á pronunciar los nombres que aquellos acababan de recibir, y solemnizamos el festejo con algunas botellas de aguardiente, que fueron para los indios la cosa más importante de toda aquella ceremonia. Fuimos después juntos á adorar la cruz, con la sencilla fórmula de arrodillarnos ante ella y besarla, imitándonos en todo los indigenas, como verdaderos autómatas, en lo cual el D.<sup>o</sup> que es todo lo que se llama un bienaventurado, manifestaba un placer vivísimo y una alegría tan sincera, que concluyó por abrazarme, derramando fervientes lágrimas.

No olvidaré nunca aquellos momentos de

piadoso entusiasmo del noble anciano y digno sacerdote, pues si bien me hallaba persuadido de que aquel acto, en el orden regular de las cosas, no podia tener consecuencia alguna buena ni mala para aquellas infelices gentes, no podia ménos de entusiasmar me el piadoso celo de aquel ministro del Señor, cuya sencillez candorosa era una de las mejores prendas de su bondadoso carácter.

Cuando ya era bien entrada la noche, buscamos todos el descanso en nuestras hamacas, y lo mismo hicieron los indios, despues de encender bajo sus chinchorros su acostumbrada hoguera, entregándose indolentemente á las delicias de su vida ordinaria, que consiste en merse, viendo subir en espiral las bocanadas de humo de su tabaco. Los placeres de este dia sobrepujaban á los de costumbre, porque sus malos tabacos habian sido substituidos por los nuestros, mucho mejor elaborados y de más exquisito aroma.

Hasta que el sueño nos rindió completamente, estuvimos escuchando, sin comprenderlos, los



comentarios que sin duda hacian sobre nuestra visita en su lenguaje gutural, de frases breves y en que usan de muchas consonantes.

El calor de este dia habia sido excesivo, pues el termómetro llegó á marcar hasta ~~32~~ 39° al sol y 34 á la sombra.

Jueves, 9 de Febrero.

Nos levantamos al amanecer, hora en que los indios estaban ya todos levantados. Mientras se disponia nuestro desayuno, algunos de ellos fueron á recoger por indicacion nuestra y para nosotros, algunas frutas de las palmas llamadas *evoro* y *cumare*, de que hacen en Bogotá copitas preciosas primorosamente labradas. En tanto que los indios volvian, me entretuve en pintar <sup>con la</sup> ~~con~~ misma tinta roja el rostro de algunos muchachos de la tribu, dibujando en el vientre de uno de ellos una cara, que excitó de tal modo la hilaridad de todos los indigenas, que no cesaban de recomendar al muchacho que se abstuviera de bañarse y lavarse para conservar por más tiempo aquel recuerdo de los blancos. Una hora despues nos despedimos

de aquellos sencillos habitantes de las selvas, que nos acompañaron largo rato y que nos decían adiós casi con lágrimas en los ojos y sin dejar de manifestar un sentimiento profundo por nuestra partida. Yo propuse á dos jóvenes indios, varón y hembra, que eran hermanos y tendrían de doce á catorce años, que fuesen á Bogotá conmigo; pero, á pesar del entrañable afecto que durante nuestra permanencia allí me habían demostrado, se negaron resueltamente á seguirnos, haciéndonos comprender que en Bogotá había mucha gente brava que echaba bala, (porque es mucho su temor á las armas de fuego) y estimulándome por el contrario á que me despojase de mis vestidos y me quedase con ellos en los bosques, donde todos procurarían con su cariño y su respeto hacerme grata la vida aventurera del salvaje.

Aquí tengo que hacer una confesión, que no debo pasar en silencio, y fué la idea que cruzó por mi mente. Comparando aquella existencia con la del hombre civilizado, quizás, sin los estrechos vínculos que á la sociedad me ligan,

me hubiera resuelto á aceptar su proposición por un tiempo indefinido, para estudiar á mis saberes á los hijos de la naturaleza.

A eso de las once nos detuvimos á reposar un poco y á almorzar en el mismo bosque donde habíamos encontrado dias antes el segundo grupo de indigenas, de que llevo hecho mérito, y que ya habian abandonado aquel lugar, segun la costumbre de su vida errante. A las cinco llegamos á Cunimá, ranchos donde se alojaban mis compañeros y yo continué con el sr. Hernández hasta su casa, á la que llegamos cuando el sol se ocultaba en el horizonte. En este viage, <sup>en que tuvimos que valernos del contrafuego<sup>(1)</sup> para no ser devorados por las llamas,</sup> ~~de vuelta~~ maté tres cocles y dos patos, que comimos al dia siguiente, participando del festin toda la familia de mi amable huésped.

Siernes, 10 de Febrero

He destinado este dia á continuar mis apuntes y á recoger algunas plantas para mi coleccion: entre ellas un racimo de flores de una palmera, que aun no habian salido de su estuche y que parecian cinceladas en marfil por una

(1) Se llama contrafuego el acto de quemar el pajonal donde uno se encuentra, cuando asmenaron las llamas que vienen de otra parte, sirviendo de resguardo el lugar donde el fuego propio ha consumido ya toda materia combustible.

mano maestra.

He hecho algunos regalos á la familia de mi buen llanero, que no ha querido recibir en manera alguna el precio de mi hospedaje. Ellos me han regalado una totuma barnizada de negro en su parte interna, operación practicada por ellos de una manera tan original como sencilla. Redúcese el procedimiento á darle un baño con el jugo de la corteza de que he hablado ántes, cuando intenté servirme de él para mi escritura, y con cuyo tinte adquiere un color rojo bastante subido. Cuando este baño se halla completamente seco, envuelven la totuma, ó cualquiera otro objeto así pintado, en un montón de hojas de yuca ligeramente trituradas, y con los gases que de su fermentación se desprenden, el color rojo se cambia en un negro intensísimo y tan brillante como si se hubiese bañado con el mejor barniz de los conocidos. ~~en Europa.~~

Mucha pena causó á mis huéspedes el anuncio de mi marcha dispuesta para el siguiente día, y el sr. Hernández, para darme la última prueba de su afecto, se decidió á acompañarme



*Llanero pasando un río.*

D. M. S. del.

97.  
hasta San Martín, distante dos jornadas.

Sábado, 11 de Febrero.

Mis compañeros habían convenido conmigo en venir á buscarme muy de mañana, con el objeto de salir todos juntos para San Martín, en cuyo camino, y sobre todo en el paso de los grandes ríos que hay que atravesar, era un gran práctico mi huesped, por la frecuencia con que transita por aquellos lugares para acarrear la sal, de que todos hacen un gran consumo y de la que tienen que proveerse á distancia de cinco jornadas en las minas de Upiu, situadas entre Sillaricencio y Medina, sobre la falda oriental de la cordillera. Al hablar del paso de estos caudalosos ríos, cuyo cauce es en extremo variable, no quiero pasar en silencio la manera original con que en las estaciones de lluvias suelen los llaneros atravesarlos, cuando se ven impelidos por una necesidad urgente. Buscan al efecto el sitio en que la corriente es menos impetuosa; forman una ligera balsa de juncos

ó de palos secos, sobre la cual se colocan, lle-  
vando con ellos su montura ó su carga;  
amarran esta balsa á la cola de su caba-  
llo, <sup>que</sup> ~~que~~ <sup>y se</sup> lanzan al río, y ~~se abandonan así~~  
~~á las rápidas olas~~, confiados en el instinto del  
animal amestrado, y á los azares de lo  
que ellos llaman su buena ó mala suerte.  
En muchas ocasiones, fatigado el caballo, no  
puede alcanzar el punto único de la orilla  
opuesta por donde debe salir, por hallarse <sup>lo</sup> ~~lo~~ <sup>lo</sup> Demás  
cubierto de maleza impenetrable; y en este ca-  
so no hay otro remedio que cortar la amar-  
ra de la balsa, dejándolo en libertad para  
que salga por donde pueda, haciendo otro  
tanto el dueño, que se deja llevar por la  
corriente hasta poder abordar á una de las  
orillas, lo cual no consigue sin inmensos tra-  
bajos; y hay ocasiones, por desgracia muy  
frecuentes, en que sus esfuerzos llegan á ser  
inútiles y parecen víctimas de su arrojo.

Desde las cinco de la mañana el sr. Her-  
nández y yo estábamos listos, esperando á  
los compañeros que no llegaron hasta las nueve.

*Tipos y costumbres de Colombia*



*F. M. S. 204*

*Llaneros de San Martín*



A esa hora partimos, con un <sup>calor</sup> ~~sol~~ abrasador, templado en parte por las brisas que suelen soplar en los Llanos, desde que el sol se levanta un poco en el horizonte, hasta que empieze a declinar la tarde. A poco de nuestra salida encontramos una depresión del terreno con mucho monte y en el fondo de esta gran cañada pasamos un arroyo ó riachuelo llamado Guanayas, de aguas cristalinas, y más adelante otro nombrado Jurichare, también de escasa y límpida corriente. A un lado y otro del camino crece en asombrosa abundancia la palma naeuma, que ya conocen mis lectores, y entre los matorrales se ven con frecuencia cacaoteros silvestres cargados de fruto, que pudiera ser objeto de una exportación muy lucrativa, como sucede en Guayaquil, si se encontrarán fácilmente brazos que destinar á la recolección de este espontáneo é importante producto. De trecho en trecho se ven desollar sobre la tupida maleza gigantescos árboles de diferentes especies, <sup>especialmente ceibas y caracoles,</sup> cuyas raíces en

forma de tablas se extendian fuera de la tierra á distancias enormes; <sup>raices</sup> ~~que~~ que los habitantes del país aprovechan, para hacer puertas de una sola hoja, sin más trabajo que cortarlas ~~de~~ de las dimensiones <sup>apetecidas</sup>.

Seguimos atravesando numerosos arroyuelos, de escaso caudal todos, por ser entonces la estación seca, pero que adquieren proporciones formidables durante las lluvias. Sus márgenes, cubiertas de colosales guaduas ó bambues, formaban extensas bóvedas de tupido follage, donde los rayos del sol no penetran nunca y donde viven á su sabor, en una quietud no interrumpida, reptiles y fieras, sobre cuyas ocultas moradas suspenden sus nidos ~~las~~ numerosas aves ~~habitan~~ <sup>de aquellas</sup> ~~tierras~~, en su mayor parte mudas ó de canto desapasible, pero que rivalizan <sup>entre si</sup> en la belleza del plumaje.

Al pasar uno de estos arroyos, vimos una culebra enorme, que no pudimos matar, por haberse ocultado entre la maleza, y poco despues del medio dia llegamos á las

orillas del caudaloso Ariare, que corre á  
 unirse con el Guayabero, donde toma el nom-  
 bre de Guaviare, uno de los principales  
 afluentes del Orinoco. Mis criados, que ve-  
 nian detrás, se habian perdido en el bos-  
 que, y tardaron cerca de dos horas en encon-  
 trar el camino y venir á reunirse con  
 nosotros. Aprovechamos esta tardanza pa-  
 ra comer y para ir pasando las cargas por  
 los cuatro brazos en que se divide el rio, sin  
 cuya circunstancia hubiera sido de todo pun-  
 to imposible pasarlo á vado, y aun así, en  
 algunos de ellos el agua llegaba á cubrir  
 una buena parte de la montura, lo cual  
 nos obligó á descalzarnos y á entregar  
 nuestras piernas indefensas á ~~los~~ numero-  
 sos enjambres de mosquitos, que se sacia-  
 ron á su sabor, <sup>con</sup> ~~de~~ nuestra sangre sin  
 haber manera de evitarlo. Las orillas de  
 este gran rio están cubiertas por todas  
 partes de graciosos bosques de platanillos  
 y cañabrava, que humillándose con doci-  
 lidad bajo las olas de las crecientes, vuelven

á levantarse cuando éstas pasan, adquirien-  
do nuevo vigor con el fecundante limo  
que á sus pies se vá depositando. El Sr. Her-  
nández fué en esta ocasión para nosotros  
una verdadera Providencia, y Sin él, nos  
hubiera sido muy difícil encontrar los pa-  
sos vadeables, <sup>de los ríos,</sup> y no hubiéramos podido atra-  
vesar <sup>su</sup> corriente sin peligro de nuestras vi-  
das.

Mis compañeros marcharon delante,  
por la necesidad de dividirnos para encon-  
trar así más cómodo albergue, pues en una  
sola casa era imposible alojarnos todos, y yo  
debía hospedarme con el Sr. Hernandez en  
la casa de un compadre suyo, situada en  
un lugar llamado Gracia, algo distante  
del camino.

A las cuatro cruzamos el último bra-  
zo del Ariare, que lleva por nombre el  
Cibado, un poco más tarde la quebrada de  
Yrique, donde termina la gran cuenca del  
rio y se vuelve á subir al llano. A las  
siete, ya bien entrada la noche, pasamos el

419  
 arroyo Ontivón, de cauce estrecho y profundo, y media hora después llegamos al rancho de Gracia, donde fuimos recibidos con las mayores muestras de afecto por sus amables moradores, ~~si lo cual contribuyó~~ <sup>gracias</sup> sin duda al parentesco <sup>espiritual</sup> que con ellos tenía mi acompañante; si bien entre los llaneros, que todos se tratan de hermanos, costumbre que viene sin duda del tiempo de la conquista, no es necesario este aliciente para encontrar una hospitalidad franca y cariñosa.

El camino que <sup>anduvimos</sup> hicimos en este día, si-  
<sup>primero en</sup> que ~~la~~ dirección al E., después va cambiando al N. E. y al E. hasta que por último toma la del N. O. hacia el pie de la cordillera.

Domingo, 12 de Febrero.

Desde mi llegada a los Llanos de S. Martín, este día ha sido el primero en que he visto salir el sol con el horizonte ~~completamente~~ <sup>casi</sup> despejado. A poco de amanecer empezó a asomar en el oriente una

\* Era para mí tan extraño que pregunté de qué procedía. Dijéronme los llaneros con toda formalidad que eran los monos rezando, y que merecía la pena de salir á verlos. Fuimos entonces á una colina próxima, cerca de la cistá, sobre la copa de algunos árboles corpulentos, había una legión de monos araguatorios ó alvantes, de color leonado, formando un grupo. A corta distancia de ellos otro mono de la misma especie y de mayor tamaño producía con sus guturales algunas notas que los demás repetían á coro. En efecto parecían como que saludaban con aquellos gritos al sol nascente.

faja de luz de color blanco amarillento, que poco á poco fué adquiriendo un tinte ligeramente rosado, formando un bellissimo contraste con el azul oscuro que dominaba en Occidente, y confundiendo ambas tintas en la cúspide de la inmensa bóveda de los cielos, con esa degradación misteriosa que solo el pincel del Gran Artista sabe ejecutar en sus cuadros siempre admirables. La naturaleza parecía como que despertaba del profundo letargo de la noche; las aves cruzaban cantando de una faja de monte á otra; oíase el zumbido de los insectos; de cuando en cuando se escuchaba en lo más remoto de la llanura el bramido lastimero de la vaca, á quien el tigre, durante las horas de oscuridad, había arrebatado la cría; ó el ladrido del perro del llanero, que, husmeando la sangre, acababa de descubrir la pista de la fiera; pero el ruido que sobresalía entre todos era el de la algazara de una inmensa turba de ~~monos amarillos~~ <sup>araguatorios ó alvantes</sup> que encaramados en las copas de los más cor-

Grandiosos espectáculos de la Naturaleza intertropical



Salida del sol en los Llanos

~~fulentos árboles, manifestaban su gozo~~  
~~con desentonadas y continua griteria,~~  
 Después se dispersaron <sup>en</sup> ~~en~~ <sup>varias</sup> ~~en~~ direcciones,  
 saltando de rama <sup>en</sup> ~~en~~ otra rama y ha-  
 ciendo alarde de su agilidad y del po-  
 der de su musculatura vigorosa. Yo me  
 habia colocado sobre una ligera colina,  
~~próxima a la cabaña que nos habia ser-~~  
~~vido de albergue, y desde allí contemplé~~  
 Desde la colina en que me hallaba  
 con gozo infinito la salida del sol, que se  
 elevaba magestuosamente, como una bola  
 ensangrentada, entre las ligeras y diáfanas  
 brumas en que su propio calor iba contri-  
 tiendo el rocío de la noche. Aquel espectá-  
 culo no pudo menos de traer a mi memoria  
 las bellas mañanas de mi suelo natal, con  
 su atmósfera pura y diáfana, sus ecos dul-  
 cisimos y ese vago placer que se experimen-  
 ta en las risueñas horas en que todo pare-  
 ce renacer a la vida. La luz de aquel astro  
 habia iluminado cinco horas antes los cam-  
 pos de mi patria, en parte cubiertos en esta  
 estación de una espesa capa de nieve; esa  
 misma luz habia rielado en el mismo mes



del año anterior sobre la superficie del Océano, haciendo brillar la estela que dejaba en pos de sí el vapor que de mi hogar me alejaba.

Fomé un ligero apunte de aquel paisaje encantador para hacerlo reproducir más tarde, y regresé á la cabaña cuando me fueron á avisar que el <sup>almuerzo</sup> ~~desayuno~~ estaba ~~en~~ puesto la mesa.

Almorzamos con la frugalidad propia de las circunstancias, pero sazonados los manjares con la salsa por demás sabrosa de nuestro apetito y la buena voluntad de quien los ofrecía, y partimos después de las nueve, sin encontrar en nuestro camino nada de notable más que algunos caños ó arroyos que hacen detener muchas veces al viajero durante la estación de las lluvias, por no haber quien se tome la ligera molestia de cortar algunos árboles que se hallan á muy pocos metros de distancia y con los cuales en pocas horas y con mucha facilidad podrían construirse puentes bastante sólidos que

107.

evitarían ~~muchas molestias~~ y no pocas desgra-  
cias.

A eso del medio día llegamos á San Martín, antes capital del territorio á quien dá su nombre, y hoy reducido á una aldea de escasa importancia.

Mis compañeros que habían llegado ántes, se hallaban alojados en una cabana estrecha, donde apenas cabían con sus equipages y sus criados. Yo acepté la hospitalidad que mediante las relaciones del Sr. Hernández me fué ofrecida por un Sr. Martín Borrero, establecido en el lugar, y uno de los pocos que sostienen algun comercio por la vía del Meta; y tuve que agradecer á este caballero, además de sus muchas atenciones, varias noticias de importancia sobre aquella región casi desconocida.

El pueblo se halla situado sobre una ligera eminencia del terreno; fué fundado en 1585 por Pedro Daza con el nombre de Medina de las Torres, y, destruido por los indios algunos años despues; fué reedificado por

Juan de Zárate en 1641, llamándose desde entonces San Martín del Puerto del Ariari. Según Perex, "prosperó mucho á causa del oro que se sacaba entonces de este río; más hoy no se sabe cuales fueron los puntos de explotación. Sin duda fué este lugar, dice, el que los conquistadores conducidos por Espira llamaron Nuestra Señora; pues se halla antes del río Ariari. Hay un paraje más allá del Ariari, entre este río y el Güejar, llamado San Juan, el cual puede ser acaso el primer asiento de la ciudad de San Juan de los Llanos, fundada en 1555 por Juan de Arellaneda." Según mis datos, la población de Nuestra Señora, ó la Concepción de Arama, no ocupó nunca el lugar que este autor le asigna, sino el que dejó indicado anteriormente, al referir mi excursión al <sup>Pinjal</sup> ~~territorio~~ <sup>en busca</sup> de los indios salvajes.

San Martín cuenta hoy 700 habitantes á lo sumo; se halla elevado sobre el nivel del mar 405 metros y tiene una temperatura media de 27°

Lunes, 13 de Febrero.

A eso de las diez de la mañana se despidió de mí el Sr. Hernández para regresar á su hogar, y ambos experimentamos la misma sensación <sup>penosa</sup> ~~dolorosa~~ por nuestra despedida; pagando este tributo á una amistad que, no por tener sólo once días de fecha, habia dejado de impresionar nuestros corazones, impresión debida en él á su carácter franco y excelentes cualidades, y en mí á la gratitud que enjendran siempre las muestras de afecto y simpatía que de otra persona se reciben. [El Sr. Hernández fué para mí un excelente.\*]

Llevábamos andadas hasta aquí como unas 230 leguas, abrumados de privaciones de todo género; <sup>mi salud estaba algo quebrantada;</sup> ~~yo~~ deseaba recibir noticias de Europa, y aunque un amigo se habia encargado en Bogotá de remitirme mi correspondencia, encontré en San Martín solo algunas cartas atrasadas y varios paquetes de periódicos. Esto me decidió á regresar cuanto antes á la capital, y siendo ya mi colección muy voluminosa y encontrándose enfermo uno

\* amigos; por él conocí los interesantes detalles de la vida del llanero, sus cacerías de tigres, sus fiestas sencillas y animadas y sus grandes luchas con la Naturaleza.

de mis criados, tomé en alquiler otras dos mulas con un práctico que nos guiase, me despedí del Sr. Borrero y de mis compañeros de expedición, que trataban de hacer allí durante algunos días exploraciones puramente botánicas, y preferí descansar, para repormerme de mis fatigas y esperarlos, si no era muy larga su demora, en Villavicencio, población de muchos más recursos y de un clima algo más benigno, por hallarse situada al pie de la misma cordillera.

Partimos, pues, á la una de la tarde, atravesando en aquel día los arroyos Camuita, Corcorado, Cumaralito ó La Barrianca y el río Umadea, cuya corriente límpida y entonces relativamente escasa, iba á encontrarse más adelante con ~~el~~ Río negro, siguiendo su curso del N. O. al S. E.

Pasamos después otros cinco riachuelos más ó menos caudalosos, llegando á las cuatro y media de la tarde al río Guamal, de turbias aguas y cauce profundo, que corre en la misma dirección que el precedente.

A las seis llegamos á unos ranchos llama-  
dos Carnicerías, donde encontramos hospeda-  
je y nos dispusimos á pasar la noche.

Martes, 14 de Febrero.

Mientras nos disponían el desayuno y  
se arreglaban las cargas, fui á inspeccionar  
minuciosamente aquella rancharía compuesta  
de varias chozas, una de las cuales era solo  
un cobertizo bajo el cual se hallaba montado  
el trapiche para moler la caña de azúcar,  
aparato el más imperfecto que puede imagi-  
narse, que ya dejó descrito en otro lugar, y que  
aquí, además de las imperfecciones generales que  
en los demás había notado, tenía la de ser muy  
viejo y casi inútil para el servicio. Esto hacía  
que se perdiese lastimosamente una gran par-  
te del producto, y preguntando yo al dueño  
porqué no trataba de mejorarlo, me dió por úni-  
ca contestación que lo había encontrado de  
aquella manera, y que aun así le daba más  
dulce del que necesitaba. Otra cosa me llamó  
también la atención, y fueron los asientos de  
que se servían, consistentes en grandes conchas

de morrocoy ó tortuga terrestre, de que tambien  
llero hablado. Asi mismo presencié la muerte  
y Disección de un toro, para convertir la carne  
en tasajo, lo cual practican con una celeridad  
y destreza verdaderamente asombrosas; pues en  
tre ~~los~~ dos hombres redujeron en poco más de  
una hora toda la carne del animal á tiras  
delgadas de ~~dos~~ <sup>dos</sup> á ~~cuatro~~ centímetros de diá-  
metro, espolvoreándolas con sal, que refina y  
blanquean exponiéndola simplemente al fuego.  
~~para que se evapore y consuma la gran canti-~~  
~~dad de azufre que contiene. Hecho esto, se col-~~  
garon <sup>la carne</sup> al sol en grandes sartas, dispuesta así  
para el consumo y la venta.

Almorzamos, y salimos poco despues de  
las nueve, por si, caminando todo el dia, podia-  
mos llegar con la noche á Villavicencio. Como  
á una legua de Carnicerías hay varias la-  
gunas, donde me aseguraron que abundaban  
mucho los patos. Dejé seguir adelante las car-  
gas y atravesando una faja de monte me  
dirigi á una de estas lagunas, por si lograba  
cazar algunas aves acuáticas que nos pudie-

sen servir para la comida y cena en el caso de no poder llegar á la poblacion y vernos obligados á pasar la noche en un rancho desprovisto de otros comestibles. Maté algunas, en efecto, y apuré mi mula ~~con satisfaccion~~ para alcanzar pronto á los muchachos que me precedian; pero estos habian apurado tambien, segun mis órdenes, y no logré alcanzarlos sino á dos leguas de distancia, por haberme detenido en seguir inútilmente á un oso hormiguero, que corrió delante de mí á larga distancia, cubriéndose enteramente con su enorme cola, y que acabó por perderse entre la maleza, sin darme lugar á que le disparase un solo tiro.

Cuando llegué <sup>á</sup> donde estaban los peones, pregunté por mi perro Bogotá, que habia seguido delante de ellos, y me dijeron que como á una legua de allí se habia suelto sin duda á buscar carne, sin que ellos hubieran podido evitarlo. Hice en el acto detener las mulas á la sombra de un bosquecillo, y envié á Liberato en busca del perro, con orden expresa de no volver hasta haberlo encontrado. Allí permanecimos hasta



Las dos de la tarde, mortificados horriblemente por las nubes de mosquitos; y viendo que Liberato no volvía, me resolví á volver atrás para buscar por mi mismo á mi pobre y fiel compañero. Puse mi mula á galope, y en poco más de una hora llegué al punto donde me había separado del camino. Allí empecé á silbar de la manera que tenía de costumbre para llamarlo, y á los pocos momentos y en dirección á la laguna, oí entre el bosque los lastimeros ahullidos que me denunciaron su presencia. Dirigime hácia allá silbando y temeroso de que no acudiese por hallarse mordido de alguna culebra ó herido gravemente por algún tigre; pero mi sorpresa fué en extremo grata al verlo salir jadeante, y ~~cuando~~ casi sin fuerzas del mismo lugar en que yo había estado cazando. El pobre animal había corrido sin duda muchas leguas en aquellas cuatro horas y no se atrevía á separarse por último del lugar en que había encontrado las huellas de su amo, por ser aquel el único punto en que yo había echado pie á tierra para recoger las aves muertas.

tas por la mañana. Excuso referir aqui los extremos de cariño que el pobre animal hizo al encontrarme, pues ~~era~~ habria <sup>posos</sup> uno solo de mis lectores que no las hayan recibido de igual genero en circunstancias análogas.

Encontrado mi perro e ignorando hasta donde hubiese podido ir mi criado en su busca, regresé ~~hasta~~ <sup>a</sup> donde habian quedado los otros con las cargas, llegando ya cerca del oscurecer al bosquecillo. Miré por todas partes; grité, silbé, disparé algunos tiros; pero solo me respondió el eco de los bosques y luego todo permaneció al rededor de mí en un silencio absoluto. Atravesé un arroyo en que el bosquecillo terminaba, tendí la vista á uno y otro lado para orientarme sobre el camino que debia seguir; pero la senda se dividia allí en muchos ramales y no sabia por cual de ellos dirigirme. Lancéme por último á la ventura por el que me pareció más trillado, y cuando ya las sombras de la noche empezaban á extenderse por aquellas soledades inmensas, divisé á lo lejos una ligera columna de humo, que me sirvió de guia

para encontrar albergue, como la estrella de Belén sirvió á los Reyes orientales para hallar el pesebre que sirvió de cuna al Salvador de los hombres.

Media hora despues, algunos perros salieron á recibirme con sus ladridos á larga distancia de la humilde choza; la actitud de mi fiel Bogotá, que se adelantó en mi defensa, les impuso sin duda respeto, porque se volvieron hacia la choza gruñendo sordamente y como pesados de no haber podido <sup>o asustarme ni</sup> detenerme ~~en mi mano~~. Al llegar á la cerca que rodeaba la cabana, vi con satisfacción que se hallaban allí tambien mis mulas y que mis peones salian contentos á recibirme cuando ya no me esperaban.

Como yo habia supuesto, mis patos fueron un gran recurso para aquella noche, y dos de ellos hervian ya en una gran olla con arroz y plátanos. Los dueños de aquel pobre hogar, que eran una anciana y su hijo, joven de unos 28 á 30 años, me cedieron para suspender mi hamaca el mejor lugar de su choza; me prepararon una buena taza de café con pa-

nela para Despues de la comida, en <sup>la</sup> que nos  
 acompañaron, merced á mis ruegos; y, despues  
 de fumar nuestro <sup>cigarro</sup> tabaco de ordenanza, nos  
 entregamos todos al reposo, de que yo parti-  
 cularmente me encontraba muy necesitado,  
 por haber recorrido más de diez leguas, casi  
 sin descansar, pasando tres veces varios arro-  
 yos, alguno de ellos de caudal muy consi-  
 derable.

Miércoles, 15 de Febrero.

Nos levantamos apenas clareaba el dia;  
 y mientras se preparaban las cargas y se  
 disponia el almuerzo, se presentó Liberato que  
 habia pasado la noche anterior en Carnicerias  
 despues de buscar inútilmente el perro, habien-  
 dose apresurado á volver á encontrarme por la  
 noticia que un llanero le trasmitió, de mi  
 orden, de que ya habia parecido. Terminado  
 el almuerzo, consistente en el unico pato que  
 del dia anterior nos quedaba y una taza de  
 chocolate del que allí se produce sin cultivo,  
 continuamos nuestra marcha, atravesando otra  
 multitud de arroyos semejantes á los del dia

anterior, hasta que llegamos al río Guayurivira, que, á pesar de pasarlo por donde su cauce se divide en cuatro, en el segundo y tercero casi cubria el agua nuestras monturas. Más adelante encontramos otra corriente llamada Guayurivita, que, aunque de cauce muy estrecho, pues su anchura mayor sería de unos diez metros próximamente, tiene tal profundidad y corre el agua con tanta fuerza, que no hay sitio por donde vadearlo. Fuimos, pues, que apeas las cargas y pasar las á hombro, así como las monturas, por un puentecillo formado de dos troncos de una palmera llamada corneto, teniendo por pasar manos una sola guadua. Las mulas pasaron á nado, no sin alguna dificultad, y cargadas de nuevo, seguimos adelante. Nos hallábamos ya bastante cerca de la cordillera, que impedía la corriente de las brisas, lo cual hacia el calor horriblemente sofocante. A las doce atravesamos, vadeándolo, á Rio-negro, de aguas turbias y cauce pedregoso; pasamos luego algunas estrechas sabanas circunseri-

tas por tupidas fajas de bosque, donde encontramos un crecido número de mariposas de colores vivos y brillantes, de las que cogimos algunas, á pesar de no llevar á mano la manga ó mariposero, indispensable para esta caza. Entramos despues en la famosa llanura de Apicai, donde el calor nos sofocaba hasta el punto de tener que detenernos á reposar cerca de dos horas en una cabaña que encontramos al paso. Las cuatro y media serian cuando llegamos á la boca del monte, donde el terreno empieza á mostrarse ligeramente accidentado, y el camino es tan fangoso, que aun en la estación seca <sup>en</sup> que lo pasábaros, tiene algunos puntos casi intransitables. A las cinco ~~ya~~ vadamos la corriente del Ocoa, y luego otros varios arroyos que bajan de la montaña á reunirse con Rio negro, llegando á Villavicencio ya bien entrada la noche.

Jueves, 16 de Febrero.

Nos hemos alojado en una casa relativamente cómoda, situada en un ángulo de la plaza. Las casas de Villavicencio son todas pa-

jizas y la población se extiende al mismo pie de la cordillera, en una loma inclinada hacia la llanura y en un terreno bastante pedregoso. Las calles son anchas y algunas están empedradas; pero los techos pajizos y excesivamente bajos, dan al conjunto un aspecto de pobreza y miseria que no puede ocultarse. El calor es casi tan intenso como en la mitad de los Llanos, y sus habitantes pálidos y demacrados en lo general, ~~lindos~~, revelan lo mortífero del clima.

He empleado el día en mis apuntes y en investigar la manera de extraer el cau-chut del árbol que lo produce, y que se encuentra por aquí en grandísima abundancia. Consiste este absurdo sistema en derribar el árbol para extraerle el jugo con más facilidad, despoblando de este modo los bosques de un vegetal tan útil y privándose para en adelante de sus productos. Esto mismo hacen con los árboles de quina (1), de modo que

---

(1) De este asunto hemos hablado ya, aun.

dentro de algunos años, habrían desaparecido para Colombia estas dos grandes fuentes de riqueza.

Siernes, 17 de Febrero.

He continuado mis apuntes. Por la noche me han despertado agradablemente algunos jóvenes de la población, dándome una serenata con guitarras, tiple y bandolas.

Domingo, 19 de Febrero.

Acaban de llegar mis compañeros. El D.<sup>r</sup> Cuervo ha sido atacado otra vez por la fiebre, y

---

que ligeramente en el tomo anterior, durante la corta visita hecha en Sibate' á nuestro amigo el Sr. D. José M.<sup>a</sup> Samper, mientras se hallaba enfermo, en la posesion ó hacienda de su hermano, situada en las cercanias de Soacha.

Este sistema bárbaro ha sido ya sustituido por otro más racional, gracias á los consejos de personas ilustradas y al ejemplo de pueblos más cultos.



a pesar de nuestros ruegos, no ha querido de-  
jar de celebrar hoy el sacrificio de la misa. Lo  
hemos acompañado todos, y yo he aprovecha-  
do la ocasión para inspeccionar la iglesia.  
Esta no es más que una cabaña como cual-  
quiera otra, cubierta ~~de~~ de cielo <sup>solo</sup> raso, en la par-  
te que ocupa el presbiterio; en sus paredes hay  
colgados algunos cuadros, entre los cuales se ve  
uno, representando á la Magdalena, con el  
lienzo agujereado para adornar el cuello de la  
santa con cuentas de vidrio de colores; hay  
además otras dos imágenes de santas para  
mí desconocidas y de un aspecto tan <sup>extravagante</sup> ~~repugnante~~  
~~de~~ y antiartístico, como el de los ídolos ó tun-  
jos de los antiguos indígenas. Después de la  
misa, el D.<sup>o</sup> ha tenido que detenerse á cantar  
un número inmenso de responsos que los fie-  
les le encomendaban, pagándolos á razón de uno  
ó ~~de~~ dos reales, con lo cual se marchaban satis-  
fechos y complacidos. Esto ha hecho que el pobre  
anciano se retirara del templo bastante tarde  
y en un estado de debilidad lastimoso. Al  
medio día le ha repetido la fiebre, obligándolo

129

á guardar cama.

Por la noche hemos concurrido á un baile popular que no me detengo á describir, por ser en un todo semejante á los demás de tierra caliente, que ya conocen mis lectores.

Lunes, 20 de Febrero.

Me he levantado temprano y he ido á tomar un baño en el río Guatiquia, que pasa muy cerca de la población, por la parte del E. y corre de N. á S. sobre un lecho pedregoso y cuyas aguas son muy cristalinas.

Continúa la enfermedad del D.<sup>o</sup> Cuervo, que nos tiene profundamente alarmados. Mi opinión es que se traslade pronto á un clima más benigno; pero mis compañeros no opinan como yo, y como están en mayoría, prevalecen sus determinaciones. Quiera Dios que no sea víctima de ellas el pobre y virtuoso anciano.

Martes, 21 de Febrero.

Hoy me ha llevado un Sr. Agustín Rey, dueño de la casa en que habito, y á quien debo muchas consideraciones de deferencia, á visitar lo que aquí llaman un chireal, ó sea

una fábrica de teja y ladrillo que acaba de es-  
tablecer muy cerca de la población, porque en  
todos los pueblos se observa ya la tendencia  
á ir sustituyendo la efímera y frágil techum-  
bre de paja por otra más sólida y que ofrez-  
ca mayores garantías. Hallase el chircaol si-  
tuado cerca de un arroyuelo de cauce profundo,  
del cual se surte de agua para la prepara-  
ción del barro, pero la operación de conducir el  
agua á su destino se practicaba allí de una ma-  
nera tan laboriosa y difícil, cuanto que se em-  
pleaba constantemente la fuerza de dos hombres,  
que, con grandes vasijas formadas de medios ca-  
labazos, tenían que subirla á la altura de más  
de tres metros para verterla allí en un cauce  
casi sin declive, donde se evaporaba ó consumía  
en gran parte antes de llegar á su destino. sien-  
do este sistema tan defectuoso, aconsejé al dueño  
hacer una represa, cosa facilísima donde la made-  
ra es muy abundante, y emplear un aparato su-  
mamente sencillo, ~~que he visto usado en mi~~  
~~país natal con muy buen éxito, consistente en~~  
<sup>de brazos desiguales,</sup>  
una palanca á uno de cuyos extremos se adap-

ta un ~~gran~~ odre con un aro de madera, ~~en otro~~  
~~receptáculo~~ ~~análogo~~, que se hace bajar y subir sin  
trabajo alguno por medio de un contrapeso, y que  
puede dar una corriente continua bastante con-  
siderable. El Sr. Rey, que agradeció mucho mis  
observaciones, me rogó que le hiciese un peque-  
ño modelo para poderlo imitar en grande esca-  
la, lo que hice con mucho gusto, y él puso en se-  
guida manos á la obra. Este aparato se conoce  
en algunos puntos de Andalucía con el nombre  
de cigüenal, <sup>res muy comunes en el N. de Africa,</sup> y presta muy buenos servicios, tan-  
to para los abrevaderos de ganado como para  
las labores de regadío en terrenos de extensión  
limitada.

Por la tarde salí á pasear con el mismo  
Sr. á un montecillo próximo, donde logré matar  
un pauji, un pollo de monte y una zumaya,  
<sup>o chat de gbras.</sup>  
semejante en un todo á las europeas.

El Dr. Cuervo continúa enfermo.

Miércoles, 22 de Febrero.

Sigo <sup>desarrollando</sup> ~~formalizando~~ mis apuntes.

Llegan sin cesar grandes reuas de mulas  
y caballos, que, aprovechando el tiempo de seca,

acuden de diferentes puntos de los Llanos á proveerse de sal de Upin, haciendo algunos treinta y más leguas de camino. La salina de Upin se halla á una jornada de Villavicencio, en el lugar que antes dejo indicado; se trabaja á tajo abierto; carece de aparatos de concentración, y por consiguiente se expende según se saca de la cantera á razón de cinco reales de vellón la arroba castellana. El gobierno de la Unión ~~que~~ tiene estancada <sup>la sal;</sup> ~~este artículo~~ y hace de ella un monopolio <sup>que</sup> perjudicial ~~para~~ al país, <sup>haciendo</sup> ~~porque constituye~~ <sup>este artículo</sup> una de sus principales rentas, ~~con~~ <sup>sin considerar</sup> ~~precios tan elevados (y eso que recientemente han sido reducidos á la mitad)~~ <sup>no obstante</sup> que el encarecimiento de un artículo tan necesario impide el desarrollo de la ganadería, que es la industria principal de Colombia.

Jueves, 23 de Febrero.

Hoy he subido por primera vez á los elevados cerros que por el O. dominan la población, sirviendo de estribo á la cordillera. Desde el primero ~~de ellos~~, que se eleva como unos doscientos metros sobre la llanura, <sup>se</sup> goza ~~de~~

~~vista~~ de un espléndido panorama, viéndose hacia el frente la extensa y plana región por donde lleva sus aguas el Guatiquira, hasta que se pierde en el horizonte, y á la izquierda un ramal de colinas elevadas que se destacan un poco de la cordillera y tras de las cuales se oculta la antigua ciudad de Medina.

El D.<sup>o</sup> Cuervo continúa de gravedad; y uno de los peones, ~~que~~ también ha <sup>sido atacado de</sup> ~~contraído~~ la fiebre.

Siernes, 24 de Febrero.

He salido <sup>temprano</sup> a la montaña temprano, de donde he traído un mono socay, cazado por un indio y disecado por él con bastante destreza. Este mono tiene la piel de un color gris amarillento en la parte superior y de un amarillo rojo en la inferior; es del tamaño de un gato ordinario, y, como todos los de su especie, tiene la cola prensil, y no se ve en ella parte alguna desprovista de pelo. También he adquirido hoy muestras de una <sup>gomo-resina</sup> ~~sustancia~~ ~~betuminosa~~ ~~de color negro~~ y de la consistencia de las ~~per~~ llamada caraña, ~~algunas~~ á la que los indios ~~atribuyen~~ <sup>atribuyen</sup> ~~varias~~ <sup>muchas</sup> propiedades medi-

cincales. Así mismo he adquirido <sup>2</sup> ~~de~~ <sup>otras</sup> dos clases, ~~de~~  
~~resina~~, llamada la una anime, que puede  
muy bien sustituir al incienso, y la otra pera-  
mán, que se tiene por un específico excelente  
para curar la tos de cualquier género que sea,  
sobre todo la tos ferina de los niños. Estas sus-  
tancias, con una hermosa piel de oso hormi-  
guero, <sup>o tamandúa,</sup> para añadir á mi colección, han sido  
regalo debido al profesor de instrucción prima-  
ria del lugar, Sr. Castilla, grande <sup>amigo y admirador</sup> ~~aficionado~~ de  
los españoles.

A sus ruegos he visitado la escuela á cuyo  
frente se halla, y á la cual asisten ordinaria-  
mente solo unos 15 ó 16 niños de los 40 ó más  
que se hallan matriculados. El pobre profesor  
en su vida penosa tiene que luchar á un mis-  
mo tiempo con la desaplicación é incivilidad  
de los muchachos, con la incuria de los padres  
y el abandono en que el gobierno lo tiene, dejan-  
do pasar en ocasiones muchos meses sin pagar  
le su mezquino sueldo. Esto no ha podido mé-  
nos de recordarme la situación análoga de la  
misma clase en mi país, cuya suerte espero en

contrar á mi vuelta muy mejorada, si el gobierno de la revolucion de Setiembre ha sabido realizar en el poder una de sus más bellas aspiraciones

La enfermedad del Dr. Cuervo continúa.

Sábado, 25 de Febrero.

El Sr. Federico Silva, joven bogotano, dotado de una grande actividad y notable inteligencia, me ha invitado á que visite una hacienda formada por él en pocos años á orillas del Ocoa, riachuelo que como ántes dije baja de la montaña y entra en los Llanos á algunos kilómetros de Villavicencio. Aproveché este dia para cumplir su deseo, que era tambien el mio propio, y á las seis de la mañana salí con el Sr. Rey, que se prestó á servirnos de guia, y mi criado Liberato, por una estrechisima y tortuosa senda abierta al traves de los bosques. A poca distancia encontramos un objeto, sobre el cual el Sr. Rey llamó mi atención, y que en efecto no deja de ser notable; era este un hormiguero inmenso, compuesto de muchos millones de ~~individuos~~ <sup>hormigas</sup>



que, atravesando la estrecha vereda, se dirigia al traves del bosque en direccion al parecer incierta y guiados en su marcha por el raro instinto que distingue á esta original clase de hormigas nómades. En efecto, entre estos pequenísimos seres, sin duda para cumplir con una ley providencial de la naturaleza, existen tambien razas que viven errantes y sin domicilio fijo, alimentándose de lo que encuentran al azar y confiados en la Providencia. Cuando una de estas legiones de insectos, designados colectivamente en el pais con el nombre de ronda, emprende camino en direccion determinada, no hay obstáculo alguno excepto las corrientes de agua ó el fuego prendido en las rocas del bosque ó en los pajonales del llano, que pueda hacerle cambiar de rumbo. Todos los demás son pequeños obstáculos, que vencen con facilidad su constancia y su osadia. Si á su paso encuentran un gran árbol cargado de fruto, lo despojan de él en brevisimo tiempo, trepando algunas por sus ramas y haciéndolo caer al suelo, maduro ó verde, para que

114.

el grueso de la legión lo aproveche con más facilidad, sin separarse de su camino. Tambien devoran con una facilidad y prontitud admirable los restos de cualquier animal que encuentran á su paso, sea ~~cualquiera~~<sup>fuere</sup> el estado en que el cadáver se ~~halla~~<sup>halla</sup>, sin dejar otra cosa que los huesos perfectamente limpios y aquellas partes que como el pelo, las ~~pezuñas~~<sup>uñas</sup> ó las astas no se prestan á ser devoradas. Si es una humana habitación la que á su paso se interpone, se ve en pocos momentos invadida por todas partes, aniquiladas sus provisiones y destruidos cuantos insectos ó reptiles contenga. Y no sirve matar uno ó muchos millones de la invasora falange, porque ni esto intimida á las demás, ni es fácil con esta matanza hacer mella visible en sus ejércitos numerosos. Así es que los moradores del campo ó de cualquier casa en una población, que ven su hogar invadido por la especie de guerrilla que suele preceder al cuerpo compacto de la ronda, se resignan á sufrir la violación inevitable de su domicilio, ~~de propiedad~~, contentándose con retirar del

saqueo las provisiones de boca y cualesquiera otros objetos que pudieran ser devorados por aquellos vándalos <sup>en miniatura.</sup> ~~necesarios~~. Las consecuencias de esta invasión suelen ser á veces muy favorables para las familias, principalmente donde abundan los insectos que más molestan y mortifican á la especie humana, como cucarachas, mosquitos y chinches, así como los ratones y otras sabandijas que escogen para vivir la morada humana, haciendo al rey de la creación una cruda é interminable guerra.

Pasamos sobre la vonda, dejando los cascacos de nuestras mulas algunos cadáveres destinados sin duda á nutrir los estómagos de sus ~~benéficas~~ compañeras, que no perdonan ni á su misma especie, y continuamos adelante, llegando á la hacienda, que se denomina El Cármen de Ocoa, una hora después de nuestra salida.

La hacienda está situada como una legua ~~(S. S. E.)~~ al S. S. E. de Villavicencio, á la orilla izquierda del río de que toma el nombre y en un plano ligeramente inclinado, ocupan

do una superficie de algunos Kilómetros de terreno recién desmontado y circuido por todas partes de bosque virgen. El Sr. Silva ha hecho desmontar la tierra con más esmero del que se observa ~~ordinariamente~~ <sup>ordinariamente</sup> en lo general de las rozas, pudiendo en consecuencia hacer su plantación en líneas regulares, que dan al arbolado un aspecto más bello, y contribuyen á facilitar la recolección del fruto. Entre la tierra ya reducida á cultivo hay como unas cien fanegas destinadas á cafetal, que contienen 70.000 árboles, ciento veinticinco á plantanal y potreros y otro desmonte en que empiezan ya á fructificar como unas mil matas de cacao. Los terrenos están divididos en porciones hasta cierto punto simétricas y separadas por filas compactas de limoneros que forman un seto vivo impenetrable y de una belleza extraordinaria, además del fragante aroma con que embalsama continuamente ~~continuamente~~ <sup>continuamente</sup> el espacio el azahar de que casi siempre están cubiertos. Desde la entrada del desmonte hasta la casa, que aunque poxixa

tiene bastantes comodidades y varios departamentos espaciosos y bien distribuidos, hay una calle recta y ancha plantada á un lado y otro de algodoneros, naranjos, guayabos y otros frutales, á cuyo pie y continuando la línea, se ven en extraordinario número las piñas ó ananas de esquisito sabor y delicioso aroma.

Además del taller de carpintería y herrería, indispensables donde no hay artesanos de qué valerse, el sr. Silva ha sabido montar los aparatos mecánicos más necesarios á su explotación, tanto para limpiar el arroz y el café, artículos principales de su cultivo, como para desgranar el maíz, preparar la yuca para extraerle el almidón, y moler más tarde la caña de azúcar, añadiendo este producto más al de sus actuales cosechas. Para ello ha sabido aprovechar como fuerza motriz una corriente de agua que baja de la sierra, construyendo una rueda hidráulica que, aunque hoy tiene solo la fuerza de tres ó cuatro caballos, es susceptible de poderse aumentar hasta el doble. Todo está allí perfectamente <sup>calculado,</sup> distribuido,

y no se sabe qué admirar más, si la inteligencia del joven propietario ó su constancia y resignacion, al consagrarse á vivir en aquel desierto, lejos de su familia, y sometido á la influencia de un clima mortifero, por crear se una fortuna, que sin duda está ya tocando á sus puertas.

El sr. Silva nos hizo los honores de su hogar con el desembarazo del hombre culto, mostrándonos todas las dependencias de su finca, con una amabilidad extraordinaria y sin permitirnos salir de allí hasta tomar en su compañía un modesto pero agradable almuerzo. Una de las cosas que más llamaron mi atencion fué un aparato inventado por él para destruir las hormigas, insecto que en aquellos lugares suele devastar todo género de plantaciones, y enemigo cruel, de que hasta ahora no han sabido librarse los colonos. Consiste este aparato en un hornillo que tiene dos departamentos y que se puede construir fácilmente de hierro ó de barro. El inferior, que es el hornillo propiamente dicho, tiene en su centro una rejilla

destinada à quemar carbon vegetal ó leña se-  
ca partida en menudos trozos. Sobre este com-  
bustible se echa tabaco ligeramente desmenuza-  
do, ó qualquiera otra yerba cáustica,  
cuyo humo va á depositarse en la parte supe-  
rior, ó sea el segundo cuerpo del aparato, que  
puede ser de una forma qualquiera. Este re-  
ceptáculo tiene un agujero que comunica con  
la bálbula de un fuelle de tamaño proporcio-  
nado, y á la boca ó pico del fuelle se adapta un  
tubo de qualquier materia apropiada, en cuyo  
extremo se sujeta otro tubo estrecho de sustancia  
dura, que se introduce en la boca del hormi-  
guero, apretándolo al rededor con barro y fiján-  
dolo sólidamente. A cada golpe del fuelle se in-  
troduce en él por la bálbula una cantidad de  
humo que pasa á depositarse en el hormiguero.  
Si éste tiene alguna otra boca que se comuni-  
que con la en que el piton del tubo se ha in-  
troducido, pronto se observa la evasión y se cui-  
da de taparla con barro. Hecho esto, se conti-  
nua manejando el fuelle hasta que se calcu-  
la que el hormiguero está ya lleno de humo;  
entonces se retira el tubo; se tapa con barro aque-



*Aparato fumigatorio para destruir hormigas.*



lla boca, y las hormigas parecen todas asfixia-  
das, sea cualquiera el estado del desarrollo en  
que se encuentren. Yo creo que al humo del taba-  
co puede substituirse con ventaja el del azufre,  
donde sea ~~mas~~ abundante esta materia.

Alli estuvimos hasta las once, agradable-  
mente entretenidos con las explicaciones minu-  
ciosas que el Sr. Silva nos <sup>habia</sup> sobre el cultivo  
de su hacienda, donde solo hace cuatro años que  
empezó á trabajar, y hace ya más de uno que  
recoge ~~el~~ café en abundancia, sin embargo de  
que los árboles de más prematuro desarrollo lle-  
gan apenas á dos metros de altura.

Antes de despedirnos, el Sr. Silva me rega-  
ló algunas semillas de preciosas enredaderas  
para mi colección y una cerbatana de las que  
usan los indios de las orillas del Guayavero para  
arrojar sus flechas envenenadas con curare.

A las once nos despedimos al fin hasta el  
dia siguiente, en que el Sr. Silva me ofreció ir  
á visitarme á Villavicencio, y aun me hizo vis-  
lumbrar la esperanza, muy agradable para mí,  
de acompañarme hasta Bogotá, si conseguia dejar

arreglados ciertos asuntos.

Al volver á la poblacion, logré matar en el camino dos pájaros bastante raros; llamado ~~el~~ un pollo de monte, ~~sin duda por su manera de picar,~~ y ~~el~~ otro conocido con el nombre de ca-  
cas, porque, al cantar, pronuncia distintamen-  
te esta palabra. También vi ~~las~~ grandes  
arañas velludas, ~~en~~ la parda y la rojiza,  
que solo ~~allí~~ adquiere tan enormes proporciones.

Hoy he adquirido una preciosa hamaca, te-  
jida con filamentos de la palma moriche por  
los indios de Rio negro, con vivos y agradables co-  
lores.

He pasado gran parte de la noche junto al  
lecho de nuestro anciano D.<sup>r</sup>, cuya enfermedad  
me inspira un temor profundo.

Domingo, 26 de Febrero.

Esta madrugada han vuelto á obsequiar-  
me con otra serenata de despedida.

Ha amanecido lloviendo de una mane-  
ra copiosísima, sin cesar la lluvia casi en todo  
el dia. Esto anuncia ya el invierno en los Llanos.

La necesidad que tengo de regresar á Po-



Grandes arañas velludas de los llanos de S. Martín y Casuará.  
Se alimentan no solo de insectos, sino de avciillas que caen en  
sus redes, de mucha resistencia.





*Grandes arañas velludas de los llanos de S. Martín y Casanare.*

gota para el despacho de mi correo á Europa, me ha hecho pensar muy seriamente en la enfermedad del pobre D.<sup>o</sup>, á quien la fiebre <sup>consume</sup> ~~traje~~ más cada dia. He propuesto á él y á los demás compañeros llevarlo conmigo á Ciénega ó Ubaque, donde el clima templado y las condiciones especiales de salubridad pueden contribuir á su pronto alivio; ellos sin embargo no se resuelven por el estado de debilidad en que el enfermo se halla, y tendré que partir solo.

A pesar de la lluvia, el sr. Silva ha venido á verme, y hemos convenido en salir juntos para Bogotá el martes próximo muy mañana.

Lunes, 27 de Febrero.

Hoy el dia se presenta menos lluvioso; he salido á recorrer una parte del bosque, encontrando entre otras cosas notables el palo de cruz, cuyas hermosas y grandes flores de un rojo vivísimo brotan en el tronco; <sup>Sumadula</sup> ~~Sumadula~~ ~~Sumadula~~ tiene la particularidad de hallarse ~~sus fibras~~ de tal manera dispuestas, que por

donde quiera que se corte el árbol, ya sea en el tronco, ya en alguna de sus ramas, aparece siempre una cruz formada de ~~color~~ <sup>color</sup> oscuro, que resalta sobre el blanco amarillento que tiene ~~en general~~ su parte leñosa.

Además encontré en mi excursión varios capullos de seda de un tamaño enorme, pendientes todos de las ramas de un árbol llamado laurelillo, ~~de hojas semejantes en su forma y color á las de la adelfa~~ y en cuya confección no trabaja un gusano solo, sino una <sup>legión</sup> entera, <sup>de orugas procesionarias,</sup> reunidas para pasar en aquella especie de sepulcro común su estado de crisálida. Este capullo es una gran bolsa que en consistencia y suavidad se asemeja <sup>á un</sup> tejido de ~~la batista, de seda,~~ ofreciendo en su cara interior y exterior un color blanco mate á veces un poco amarillento.

Debajo de uno de estos capullos y sirviéndose de él como de un <sup>techo amigo,</sup> ~~paraguas,~~ habia fabricado su diminuto hogar una pareja de colibríes, que afortunadamente habian sacado ya á volar sus polluelos. Cogi sin embargo el ca-



*Capullo de seda y nido de tamaño natural.*



pullo y el nido pendientes de una misma rama, pero dudo poder conservarlos sin que pierdan su ~~primitiva~~ forma.

Aunque mis mulas se van reponiendo de las fatigas de la expedición, he querido ahorrar á los pobres animales el trabajo de repasar cargadas la cordillera, contratando para este objeto otras tres con un arriero de Caguexa.

Martes, 28 de Febrero.

Despues de tener mi equipage arreglado, fui á despedirme del D.<sup>r</sup> Cuervo y de más compañeros de expedición, y volvi á mi posada donde ya me esperaba el sr. Silva. Almoxamos mientras que el arriero cargaba mis bultos, ménos pesados que voluminosos, y aunque las mulas me parecieron excesivamente pequeñas y flacas, tantas seguridades me dió el caguexeño, que al fin le dejé partir adelante, seguro de alcanzarlo muy pronto.

Las nueve serian apenas cuando el sr. Silva y yo salimos acompañados del sr. Rey, que quiso despedirnos despues de pasar la pri-

mera linea de montañas.

Empexamos á subir por una cuesta muy escabrosa y erizada de peñascos, dejando á la izquierda un arroyuelo, cuyas aguas, despeñadas sin cesar, forman un espumoso y bramador torrente.

Al llegar á un rancho que corona el primer estribo de la cordillera, el sr. Rey se despidió de nosotros y continuamos subiendo la pendiente cada vez más rápida y cubierta de bosque más corpulento. Antes de llegar á la cumbre de la segunda linea de montañas, encontramos ya al arriero que llevaba mi equipage y cuyas débiles mulas trepaban con gran dificultad las pendientes de aquel difícil y áspero camino, no obstante que las cargas, como llevamos dicho, eran ligeras; pero él, que era un indio de fuerzas hercúleas, donde quiera que habia un mal paso, levantaba mula y carga con una facilidad pasmosa y seguia adelante impertérrito. No era sin embargo este ejercicio para continuarse por muchas horas; así es que los animales, cada vez más fatigados,

130/  
 concluyeron por agotar las fuerzas del que en vano queria ya ayudarlas, y cayendo ~~se~~ a cada paso, se negaron por fin a continuar la marcha, a pesar de que el bueno de su amo habia echado sobre sus propios hombros uno de los bultos que más le embarazaban, y obligado a un hijo suyo, de diez años de edad, a cargar otro más ligero. Ni aun así las bestias podian seguir adelante; una de ellas cayó al fin en un atolladero donde se estrechaba el camino, y aun despues de descargada no habia medios de sacarla de allí, lo cual hacia imposible nuestro paso. En estos instantes de apuro, Dios me deparó otro arriero, que con buenas mulas de refresco, se encaminaba hácia el mismo lugar que nosotros; contraté con él la conducción de mi equipage; pagué al primero una indemnización aunque no la merecia, y ayudándonos el recién contratado a apartar el estorbo de la mula exánime que yacia tendida en tierra, continuamos nuestra marcha, más tranquilos y con más ventaja

sas condiciones.

Al llegar á la cumbre de un cerro llamado Buenavista, y que merece muy bien el nombre que lleva, tendimos la nuestra hacia los Llanos, que á nuestros pies quedaban, y que se perdian como un mar inmenso de vegetación entre las brumas del horizonte. Desde allí, con el sentimiento de admiración que producen siempre los espectáculos sublimes de la Naturaleza, di mi postrero adiós á aquellas interminables llanuras, que probablemente no volverían á contemplar mis ojos.

Las diez serian cuando llegamos á este punto, donde nos vimos envueltos por una densa niebla que más tarde se convirtió en abundante y molesta lluvia. El camino por aquella parte, más que camino es una vereda casi imposible de ~~se~~ transitar y que se abre entre el monte en vueltas y revueltas, donde cada uno busca al azar lo que no se halla porque no existe: terreno sólido en que los animales puedan caminar

sin embarazo. Junto á la estrecha y resbala-  
 diza senda que cruzabamos ~~nosotros~~ su-  
 perando enormes dificultades, veíase una  
 zanja profundísima y cubierta ya de ma-  
 leza: este era el camino antiguo, y el nue-  
 vo no tardará mucho en hallarse en las  
 mismas condiciones, profundizado por las  
 aguas, que no tienen otro cauce que el tra-  
 zado por <sup>el paso continuo</sup> ~~el tránsito~~ de los viajeros.

A eso de las doce llegamos á la cum-  
 bre de otro ramal, desde donde sentimos pri-  
 mero el agitado rumor y vimos despues la  
 espumosa corriente de Rio-negro, que bajaba  
 por nuestra izquierda hácia los Llanos, y cu-  
 yas márgenes no debiamos abandonar has-  
 ta la tercera jornada.

Para descender á una cañada profunda  
 que se abria delante de nosotros, atravesamos  
 la falda de un empinadísimo cerro, en cu-  
 ya superficie gredosa se abria la senda en  
 zics-zacs, ya sobre enormes barrancos, ya so-  
 bre atolladeros de ~~una profundidad~~ espanto-  
 sos, donde nuestras mulas quedaban á veces

casi enterradas y de donde no era posible salir sin los prodigios de agilidad y fuerza á que se hallan acostumbrados estos vigorosos animales. Llámase este lugar las Siete-vueltas, por ser otros tantos los rodeos del camino para descender al fondo de la quebrada; y puedo asegurar que conservaré siempre de este sitio un penoso recuerdo, á pesar de encontrarme ya familiarizado con todos los inconvenientes y peligros que ofrecen en este país las detestables vías de comunicación, que son el mas invencible obstáculo para sus progresos.

Pasadas las Siete-vueltas el camino forma un recodo y toma resueltamente la dirección occidental por la orilla izquierda de Rio negro, en sentido contrario á su curso, siguiendo la ladera ó falda de un cerro elevadísimo que dejamos á la derecha. Esta falda es casi perpendicular, y durante toda su extensión, que es de <sup>mas de un</sup> ~~alguna~~ Kilómetro, la trocha tiene apenas la suficiente anchura para dar paso á una caballería. El terreno

en su mayor parte es ~~dequistoso~~ <sup>dequistoso</sup>, los derrum-  
 bes de la parte superior son muy frecuentes y  
 la senda se halla á veces obstruida á conse-  
 cuencia de estos derrumbes, de modo que es pre-  
 ciso pasar por sus movedizos despojos, sin que  
 las caballerías encuentren donde asegurar su  
 casco. En un terreno de poca inclinación, éste  
 no sería grave inconveniente, pero allí, don-  
 de el monte se levanta á la derecha como  
 una muralla inaccesible, mientras que á la  
 izquierda se abre un abismo de muchos cen-  
 tenares de metros, en cuyo fondo apenas se  
 percibe ni escucha la tumultuosa y rápida  
 corriente de Rio-negro, es imposible poderse sus-  
 traer á las impresiones de terror que se ex-  
 perimentan á cada paso, porque el peligro  
 es amenaxador, constante y terrible. Si á esto  
 se añade la posibilidad de encontrarse con  
 algun viajero que camine en sentido contra-  
 rio, donde es <sup>tan</sup> imposible pasar dos á la vez, <sup>como</sup> ~~de~~  
~~no es posible~~ que uno de los dos retroceda,  
 por falta de espacio para que pueda volverse  
 una caballería, erizase el cabello á la sola

idea de que esto pueda suceder; y para evitarlo se toma la precaución de ir silbando ó gritando continuamente, para que el que se halla en mejor disposición de hacerlo, se detenga oportunamente en alguno de los poquitos parajes en que el camino se ensancha solo algunos palmos para dar paso á dos personas.

A la una de la tarde llegamos á una rancharia llamada Servitá, donde el sendero se hace más practicable, y á las dos y media, con una lluvia molestísima, nos apeamos en otro rancho, donde tomamos un ligero almuerzo. Cerca de allí hay un arroyuelo que lleva por nombre Quebrada colorada, y entre ella y el camino se elevaban dos cruces formadas de palos toscos en conmemoración de un triste y reciente acontecimiento, ocurrido poco antes con dos jóvenes recién desposados, que al pasar por allí se sentaron á descansar, y sufrieron una muerte instantánea por la súbita caída de un tronco á impulsos de una violenta ráfaga de <sup>viento.</sup> ~~un huracán~~ impetuoso. Hallábanse fijas



las cruces en una grieta ó hendidura del mismo tronco homicida y el musgo empezaba ya á cubrir los palos de que estaban formadas.

Más adelante pasamos, por un puente, cillo sumamente estrecho y movible, la ruidosa quebrada del Pipiral, cerca de la cual salvamos milagrosamente otros varios y á cual más horrorosos precipicios.

Como á las cinco de la tarde llegamos á otra quebrada llamada de **Chusumuco**, no menos torrenciosa que la precedente, la cual tuvimos que pasar por un tronco en extremo resbaladizo, mientras las bestias pasaban casi á nado. No lejos de allí se halla la confluencia de esta quebrada con el Rio negro, y aquel punto sirve de límite entre el territorio de San Martín y el Estado de Curdinamareca.

Para bajar hasta el arroyo, la cuesta es tan escarpada y se halla por todas partes cubierta de piedras rodadas de tal magnitud, que las caballerías tienen que descender á

saltos enormes de escalón en escalón, y guardando un equilibrio que parece inverosímil. La subida es más difícil aún que la bajada, hasta tal punto, que es necesario desmontarse y subir las cargas á hombro de los peones, y aún así, las bestias apenas pueden trepar por aquellos derrumbaderos formidables. No hay otro camino, y por consiguiente es forzoso entregarse en brazos del azar y jugar la vida á cada paso. Tal es la incuria de estos habitantes, que prefieren el peligro continuo al empleo de algun trabajo en abrir una via más fácil y cómoda por la falda de la montaña. A las seis de la tarde y despues de trepar por una estrecha cuchilla con un precipicio á cada lado, llegamos á un rancho miserable, llamado tambien **Susumuco**, donde nos detuvimos á pasar la noche, más que por nuestra comodidad propia, por haber allí un mediano potrero para nuestras caballerias.

En la jornada, que sería apenas de cinco á seis leguas, el camino describe una curva, tomando primero la dirección del N., despues la

124.  
del N. O. y por último la occidental, que sigue la cuenca del Rio negro.

El rancho de ~~Busumues~~ Busumues no tiene más que dos piezas estrechas, sucias y desmanteladas; la una de ellas sirve de cocina y se comunica con la otra por un gran agujero que da entrada al humo y á una molesta corriente de aire cuando el fogón no está encendido. En esta última tuvimos que acomodarnos ~~como~~ unas diez personas, entre las cuales se hallaba una mujer indígena, medio desnuda, que pasó la noche en un rincón, sentada y exhalando profundos suspiros. Pregunté á la dueña del rancho qué era lo que tenía aquella mujer, y me contestó que estaba sacona. Pedí explicaciones sobre la palabra para mí ininteligible, y de la explicación resultó que estaba embarazada y en días ya próximos á su alumbramiento. ¡Pobre mujer! ella, como otras muchas de su infima condición social, viven como bestias; satisfacen del mismo modo las necesidades de su instinto, y dan á luz seres tan desgraciados como ellas, que viven

en la degradación y el embrutecimiento; y después de un trabajo, que en nada los redime de su desgracia, mueren como animales en la soledad de los bosques, abandonados de todo el mundo, sin un consuelo en sus pesares y sin una lágrima sobre su oculta ó ignorada tumba.

Hice suspender mi hamaca entre aquel grupo de seres idiotizados por las privaciones; el Sr. Silva hizo lo mismo y pasamos una noche desahacible y fría como si nos hallásemos en medio del páramo.

Miércoles, 1.º de Marzo.

Venia apenas rayando el alba, cuando nos levantamos aterrorizados de frío; hicimos encender lumbre para calentarnos y preparar nuestro desayuno, y poco rato después, vimos llegar un peón de Villavicencio, que llevaba á Bogotá la noticia de un siniestro horrible. Como dos horas después de nuestra salida de aquel pueblo, habíase incendiado una de sus casas pajizas, y tras de ella la iglesia y como dos terceras partes de sus pobres habi-

taciones, dejando en el mayor Desamparo á una multitud de familias. Nuestros amigos, y entre ellos el D.<sup>o</sup> Cuervo, no habian tenido que sufrir sino la impresion consiguiente á esta desgraciada catástrofe, por haber sido la casa en que habitaban, una de las pocas que se libertaron del incendio.

A las ocho salimos de **Qusumuco**, con lluvia tenaz como el dia precedente, y á las diez llegamos á unos ranchos que llevan el nombre de <sup>Chirajara</sup> ~~Chirajara~~, cerca de los cuales corre un arroyo con la misma denominacion, que se despeña en cascadas bellisimas hácia Rio negro. La lluvia, cada vez más recia y pertinax, nos molestaba mucho; pero no quisimos detenernos, por evitar las penalidades de otra jornada. A las once y media llegamos á San Miguel, que es otra rancheria tan pobre como las anteriores, y á las doce empezó á despejarse la atmósfera y cesó enteramente la lluvia, cuando llegábamnos á la cumbre de un empinado cerro, desde el cual se presentó á nuestros ojos un bellí-

simo panorama, en cuya contemplación nos  
detuvimos un instante. Abriase á nuestros pies  
un valle ancho y profundo, en cuyo fondo se  
alzaba una meseta perfectamente nivelada  
y como de un kilómetro de extensión, rodea-  
da por todas partes de terreno cultivado y  
cabañas medio ocultas entre las anchas ho-  
jas de los plátanos á su alrededor agrupados;  
al pie de esta meseta veíase la confluencia de  
Rio blanco, Rio negro y otras varias que-  
bradas más ó menos espumosas, que, bajando  
de las cordilleras, venían á tributar el caudal  
humilde de sus aguas; los campos de caña y  
de yuca, alternando en las laderas, osten-  
taban el variado matiz de sus hojas, y for-  
maban un bello contraste con los terrenos más  
estériles, cubiertos de gramíneas, y las anchas  
cejas de bosque primitivo que en masas os-  
curas se extendían hasta la cumbre de las ele-  
vadas montañas que cerraban el horizonte.

Para descender á este valle, bajamos una  
cuesta muy larga y penosa, por un terreno de cas-  
cajo, greda y piedras areniscas con algunas <sup>vetas</sup> ~~cajas~~

de cuarzo, y en el fondo, despues de atravesar una quebrada llamada de Perdices, nos detuvimos á descansar y tomar un bocado en un ranchito del mismo nombre, mientras que, nuestras mulas, fatigadas en extremo, recobran un tanto sus agotadas fuerzas con un pienso de maiz y caña de axucar.

Mientras que despachábamos nuestra frugal comida, el pájaro compran-pan, por allí muy abundante, nos divertió con su canto monótono, posado en el árbol mismo bajo cuyas ramas descansábamos y haciéndome recordar por la absoluta semejanza de su tono plañidero, á los valencianos vendedores de queso, que durante la primavera y parte del verano atormentan á los moradores de Madrid con su grito de formaché repetido diez veces en cada minuto.

Llegando cerca de aquel lugar la explicación del nuevo camino que desde Bogotá se está abriendo para los Llanos, tratamos de bajar hasta él para aprovechar sus ventajas, y tuvimos que hacerlo por la falda de un cer-

ro empinadísimo, de greda esquistosa, donde á pesar de desmontarnos, tanto nosotros como nuestras mulas esturimos á punto de rodar cien veces. ~~hasta el abismo~~. Por fortuna y á fuerza de incesantes precauciones, llegamos hasta la nueva vía, única racionalmente concebida y medianamente ejecutada que hemos hallado hasta hoy en el territorio de Colombia.

Antes de bajar, vimos en una falda queus- ta los restos de un antiguo pueblo de indige- nas, que hubiéramos ido á examinar de buena gana; <sup>pero,</sup> ~~y á suya idea~~ tuvimos que re- nunciar, por la falta absoluta de recursos <sup>para alimentarnos</sup> en muchas leguas á la redonda.

En la nueva vía encontramos ya algunos puentes <sup>bien</sup> ~~construidos,~~ ~~con arreglo á las curvas~~ ~~cientos del ante~~ y á las cinco y media de la tarde llegamos á un lugar llamado Marsellita, donde nos alojarnos en un rancho cómodo y espacioso, y pasamos una noche relativamente agradable.

Jueves, 2 de Marzo.

Desde el punto á que habíamos llegado



la noche anterior, vuelve á interrumpirse el trazado del nuevo camino cuya explicación se va haciendo á trozos para unirlos despues; medio que solo debiera emplearse cuando el exceso de brazos no permitiera el empleo de fuerxas en un mismo sitio y se buscase con el trabajo simultaneo en diferentes puntos la terminación más rápida de la obra; pero aqui sucede todo lo contrario: faltan los peones y se abre la via por trozos distantes entre si, lo cual ocasiona el deterioro de los trozos ya terminados, cuando los otros vienen á concluirse; y de este modo la via no se hallará nunca en el estado de perfección de que es susceptible, por falta de operarios que cuiden de su conservación como se verifica en Europas.

A las nueve, despues de un ligero almuerzo, continuamos nuestro camino pasando una profunda quebrada por unpuentecillo frágil y sumamente estrecho, cuya oscilación era tal, que nuestras mulas se resistian á dar los primeros pasos. Como una legua, ó poco más, anduvimos por la antigua trocha, y al cabo

de este espacio, encontramos otro trozo de la nueva explanación, no tan bien hecha como la primera, pues habia grandes desniveles de todo punto innecesarios, por economizar <sup>algunas</sup> ~~pequeñas~~ curvas, con las cuales se hubieran evitado las cuestas que hacen aun penoso el tránsito para las caballerías cargadas.

Tanto el camino nuevo como el viejo, siguen invariablemente á distinto nivel la orilla izquierda de Rio negro, faldeando montañas cubiertas de bosque ó casi desprovistas de vegetación, <sup>segun la altura y</sup> ~~conforme á~~ la formación geológica del terreno, cubierto en unas partes de una densa capa de humus y dejando asomar en otras á la superficie, ya los estériles bancos de pizarra ó arcilla esquistosa, ya los desnudos estratos de roca arenisca. En los valles intermediarios veíanse algunos ranchitos, rodeados de un espacio más ó menos grande de terreno reducido á cultivo, y á veces se nos presentaban en medio de las agrestes rocas paisajes bellísimos animados por corrientes cristalinas, que bajaban al rio

en cascadas espumosas.

A las once llegamos al paso de Rio negro y sitio llamado Las juntas. El rio, que corre allí con una velocidad de treinta á cuarenta metros por minuto, forma un recodo al rededor de un gran monolito que se levanta en su centro y que sirve de apoyo al frágil y movable puente formado de troncos y ramas, que solo puede servir de paso á los peones, teniendo que pasar las bestias á nado, á distancia de algunos Kilómetros. Las cargas y monturas hay que pasarlas á hombro, no sin grave dificultad é inminente riesgo, porque el puente se mueve como un columpio y las menudas ramas que forman el piso ceden á la presión del pié, como si el cuerpo fuera á hundirse entre los maderos. El monolito tiene una gran escotadura hácia la parte del S. E. que da paso de un puente á otro. Durante el paso, me propuse tomar una vista del puente desde la orilla izquierda, que casi no me dejó concluir un enorme aguacero, que nos sorprendió cuando

menos lo esperábamos.

Antes de llegar á este sitio, dejamos á la izquierda el río Contador, y más adelante el Síname, tributarios de Río negro. Continuamos nuestra jornada, á pesar de la lluvia, que duró hasta bien entrada la tarde. A eso de las cuatro dejamos á la derecha un valle á que dan el nombre de Oro podrido; á las cinco llegamos frente á la confluencia del Cáuquera con Río negro y seguimos la márgen derecha de aquel, mientras que este cambiaba su curso hácia las montañas del est. Seguimos por las colinas que dominan el ancho y fértil valle de Cáuquera, en extremo poblado y en su mayor parte reducido á cultivo, encontrando agostados sus campos, porque la estación verdaderamente estival empieza en Diciembre y concluye á principios de Abril, cuando los años son normales.

A las cinco y media llegamos por fin al pueblo, donde encontramos mediana po-



J. S. A.

Puente sobre Rio Negro en las cercanías de Quetame.  
(Sustituido hoy por otro de hierro.)

129.  
sada, cena abundante y cama o menos molesta que en las noches anteriores.

Siernes, 3 de Marzo.

A las siete de la mañana se despidió de mí el sr. Silva, que iba directamente á Bogotá, mientras yo tenía que pasar á Ubague, donde había mandado conducir mis caballos, con ánimo de pasar allí algunos días para evitar la transición violenta del calor de los Llanos al frío clima de la capital, transición que muchas veces suele producir fiebres intermitentes.

Mientras me disponían el almuerzo, di una vuelta por la población, que se halla situada en la falda oriental de una serranía que lleva el nombre de Pasote, en una especie de meseta que domina gran parte del valle, por cuyo fondo corre el riachuelo que dió su nombre al mismo poblado. Desde las colinas próximas á él se divisan las erizadas crestas de los montes que por la disposición y forma de los estratos que las constituyen han sido denominadas Los Organos.

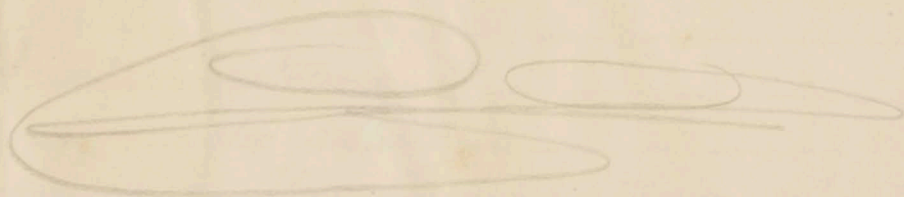
Cáqueza, que es una de las poblaciones del E. de Cundinamarca, donde se halla más adelantada la industria agrícola, fué erigida en villa durante la época colonial; contiene apenas en su distrito unos 8.000 habitantes; sus casas son casi todas pajizas y en su modesto templo no hay ningún objeto artístico que llame la atención del viajero. Su temperatura es bastante agradable, pues su término medio es de  $20^{\circ}$  y su altura sobre el nivel del mar es la de 1.782 metros.

A las ocho y media de la mañana salimos para Ubaque, á donde mis caballos habían llegado con dos días de anticipación, y en dos horas escasas atravesé la serie de colinas que se levantan entre ambos pueblos, pasando el río de Cáqueza y luego el de Ubaque por dos puentecillos muy semejantes entre sí, contruidos de troncos que se apoyan en otros que avanzan de ambas orillas, sujetos con piedra y tierra á uno y otro lado del cauce.

Al llegar á este último pueblo, tuve el gusto de abrazar á <sup>varios</sup> ~~los~~ amigos que me esperaban, temerosos ya con mi retardo, de que me hubiese invadido la fiebre de los Llanos, tan terrible para todos los que van á visitar aquellas regiones.

Del Sábado 4 al Lunes 6 de  
Marzo.

Descanso en Ubague y regreso á Bogotá.





# Indice

## de las láminas contenidas en el tomo 5.<sup>o</sup>

<u>Pag.</u>	<u>Asuntos.</u>	<u>Formas.</u>
7	Vista del valle del Bogotá desde la Mesa	ac. - m.
8	Id. del valle del Ajulo desde Id.	ac. - m.
11	Fuente del Ajulo	lap. - m.
12	Paseo del río Bogotá en Portillo	ac. - m.
16	Cementerio de indígenas	ac. - m.
22	Viajeros de tierra caliente	ac. - m.
24	El rey de los gallinazos	ac. - m.
25	Beneficiencia vegetal	ac. - m.
26	Caica ó Peralonso	ac. - m.
27	Coeli, gran insectívoro de tierra caliente	ac. - m.
34	Cuesta de Dolores	ac. - m.
37	Barba de palo	ac. - m.
38	Despenadero frente al río Cabrera	lap. - m.
39	Chicelá	ac. - m.
49	Árbol monstruoso	lap. - m.
52	Paují, macho adulto	ac. - m.
56	Carpintero - Hormiguero de tierra caliente	ac. - m.
59	Encuentro con un tigre	ac. - m.
72	Entrada en los Llanos	ac. - m.
73	Familia de indios Charruyes	ac. - m.
76	Rancho de llaneros	ac. - m.
82	Llerra de la Alpacarena	ac. - m.
88	India bisanigua	ac. - m.
90	El Pinal, pueblo de indios salvajes	ac. - m.
92	Baita Joaquin, jefe indio	ac. - m.
93	Escena entre los indios salvajes	ac. - m.
97	Llanero pasando un río	ac. - m.
98	Llaneros de S. <sup>ta</sup> Martín	ac. - m.
101	Salida del sol en los Llanos	ac. - c.c.
117	Apparato fumigatorio para destruir hormigas	ac. - m.
118	Grandes arañas de los Llanos	ac. - m.
119	Capullo de seda y ruido de colibrí	ac. - m.
129	Fuente de Tuctame en Río Negro	lap. - m.

